

# LEGADO

La revista del Archivo General de la Nación  
de la República Argentina

Publicación digital N° 12 - agosto de 2018



Un espacio en Palermo en torno a la figura  
de José de San Martín

### Viaje al corazón del AGN

El ojo fotográfico de Claudio Larrea

### Un héroe de la Independencia en el norte

Fondo Juan Antonio Álvarez de Arenales

### Fondo Figueroa Alcorta

Una pieza clave para la verdad histórica

### Iconografía sanmartiniana e identidades sociales

Combate de Ayacucho y la batalla de Maipú

### Un médico argentino

La historia del Dr. Pedro Antonio Pardo



Vista del Monumento de los dos Congresos; atrás, el edificio del Congreso.  
*Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 193534.*

# SUMARIO

Publicación digital N° 12: agosto de 2018

	> <b>MÁRMOL Y BRONCE</b> (Por Nicolás Gutierrez) <b>Un espacio en Palermo en torno a la figura de José de San Martín</b>	06
	> <b>FONDOS DEL AGN</b> (Por María Teresa Fuster) <b>Un héroe de la Independencia en el norte</b> Fondo Juan Antonio Álvarez de Arenales	14
	> <b>ICONOGRAFÍA</b> (Por María Inés Rodríguez Aguilar y Miguel José Ruffo) <b>Iconografía sanmartiniana e identidades sociales</b> Pinturas sobre el combate de Ayacucho y la batalla de Maipú	20
	> <b>FOTOGRAFÍA</b> (Por María Jaeschke) <b>Viaje al corazón del AGN</b> El ojo fotográfico de Claudio Larrea	38
	> <b>BIOGRAFÍA</b> (Por Guada Aballe) <b>Fondo Figueroa Alcorta</b> Una pieza clave para la verdad histórica	46
	> <b>SINGULAR</b> (Por María Teresa Fuster) <b>Un médico argentino</b> La historia del Dr. Pedro Antonio Pardo	60
	> <b>BICENTENARIO</b> <b>Bicentenario de la batalla de Cancha Rayada</b> (Por Carlos Ávila)	78
	<b>De Cancha Rayada a Maipú, visto por sus contemporáneos</b> (Por Roberto L. Elissalde)	82
	> <b>CONFERENCIAS</b> <b>Homenaje a Manuel Belgrano</b>	103
	<b>Fronzizi y las Relaciones Exteriores durante la Guerra Fría</b>	104
	> <b>POLICIALES</b> <b>Patrimonio cultural en riesgo</b> Marcelo El Haibe y Teresa Fuster reflexionan sobre el negocio negro de bienes culturales	106
	<b>Robo de bienes culturales en Cusco</b>	110

## Nuestros números anteriores



Para leerla online:

[www.issuu.com/legadolarevista](http://www.issuu.com/legadolarevista)

Para descargarla:

[www.agnargentina.gob.ar/revista.html](http://www.agnargentina.gob.ar/revista.html)

### Fotografía de tapa:

Desazón de un hincha. Estadio de Nueva Chicago, Buenos Aires 1961.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (ARGENTINA). Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 4994.



Ministerio del Interior,  
Obras Públicas y Vivienda  
Presidencia de la Nación

PRESIDENTE DE LA NACIÓN  
Mauricio Macri

MINISTRO DEL INTERIOR,  
OBRAS PÚBLICAS Y VIVIENDA  
Rogelio Frigerio

SECRETARIO DEL INTERIOR  
Sebastián García De Luca

DIRECTOR DEL ARCHIVO GENERAL  
DE LA NACIÓN  
Emilio Leonardo Perina

# LEGADO

La revista del Archivo General de la Nación  
de la República Argentina

EDITOR  
Emilio Leonardo Perina

REDACTORES PRINCIPALES  
María Teresa Fuster  
María Jaeschke

DISEÑO  
María Jaeschke

CORRECCIÓN DE TEXTOS  
Paulo Manterola

Número 12: agosto de 2018

ISSN: 2524-9592

## COLABORADORES DE ESTA EDICIÓN

Guada Aballe

Carlos Ávila

Roberto L. Elissalde

Marcelo Daniel El Haibe

Nicolás Gutierrez

María Inés Rodríguez Aguilar

Miguel José Ruffo

Carolina Tocci

Av. Leandro N. Alem 246 C1003AAP - CABA

Teléfono: (54 11) 4339-0800 int. 71037

E-mail: [revistadigitalagn@gmail.com](mailto:revistadigitalagn@gmail.com)

# EDITORIAL

En este número damos a conocer la historia de un sitio de homenaje permanente a la memoria de don José de San Martín en Palermo, de la réplica de su casa en Grand Bourg que es la actual sede del Instituto Nacional Sanmartiniano y una plaza conmemorativa a su figura.

Luego, María Inés Rodríguez Aguilar y Miguel José Ruffo realizaron un interesante análisis de la amplia iconografía del general José de San Martín, en su mayoría, la que se encuentran en el Museo Histórico Nacional. En especial se enfocan en las pinturas sobre el combate de Ayacucho y la batalla de Maipú.

Además, damos a conocer fondos privados alojado en sala VII. En primer lugar, el Fondo Juan Antonio Álvarez de Arenales, un héroe de la independencia. En segundo lugar, Guada Aballe realizó una investigación exhaustiva sobre el Fondo Figueroa Alcorta y nos muestra un perfil distinto de este personaje. En tercer y último lugar, intentamos rescatar del olvido la memoria y el aporte de Pedro Antonio Pardo, que hizo mucho por la salud de las mujeres argentinas a fines del siglo XIX.

También, contamos con las magníficas fotografías del fotógrafo Claudio Larrea, quien recorrió y retrató la sede central del Archivo General de la Nación. Aprovechamos para contar la historia del edificio.

En el bicentenario de las batallas de Cancha Rayada y de Maipú dos historiadores destacan la importancia histórica de estos acontecimientos.

Como siempre, compartimos con ustedes los eventos y actividades que se llevaron a cabo en el Archivo como, por ejemplo, el ciclo de conferencia "Pensar la Historia" en sus dos ediciones: en homenaje a Belgrano y a Frondizi.

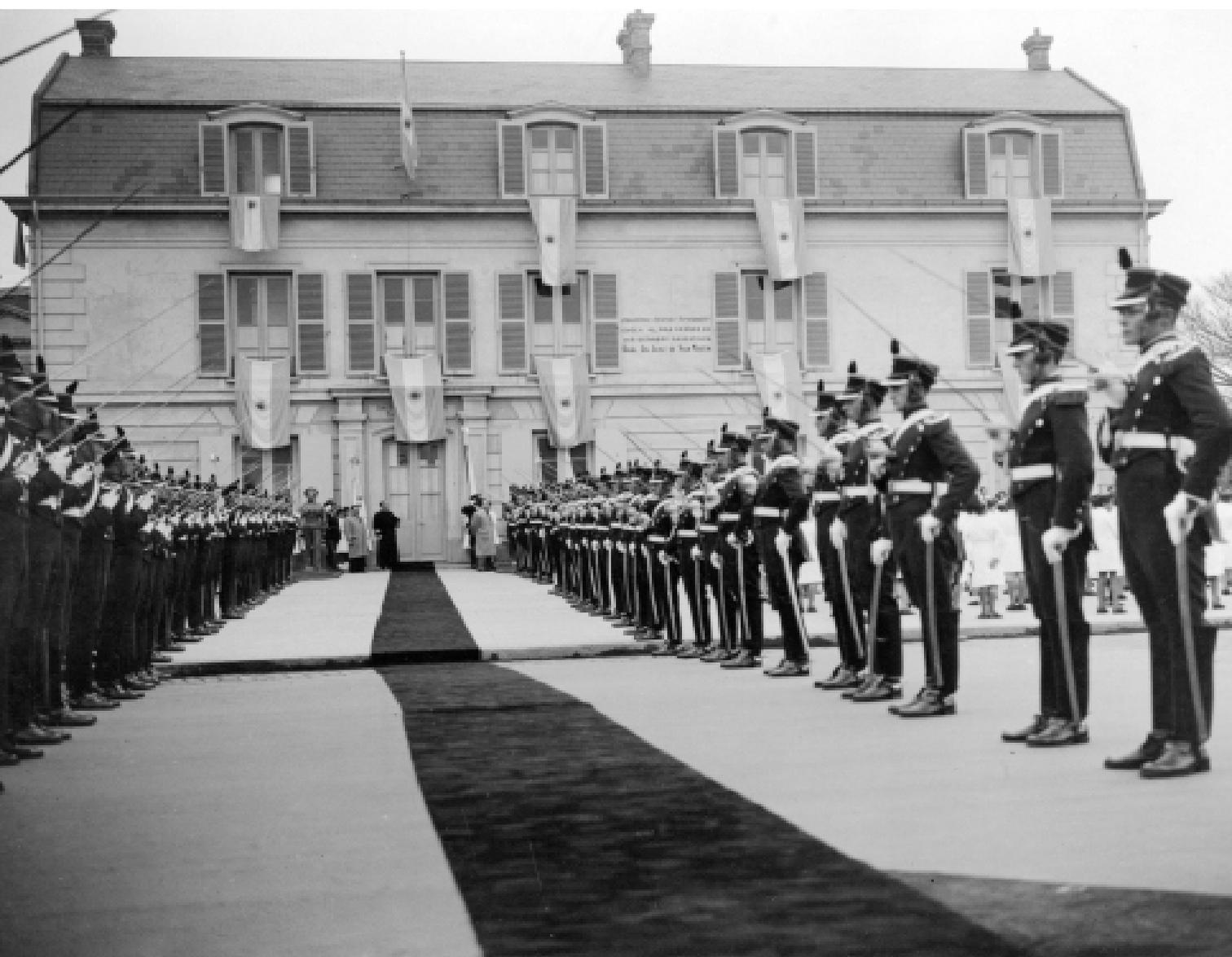
En la sección Policiales, reflexionamos acerca del riesgo del patrimonio cultural. Por último, las alertas sobre la búsqueda de bienes culturales, con el fin de dar a conocer objetos hurtados o robados que hacen a la cultura de las naciones.



Emilio L. Perina



En la residencia del Sr. Federico Jesup Stimson, embajador de Estados Unidos, diciembre de 1917. Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 74249.



Vista general del acto inaugural de la réplica de la casa que el General José de San Martín habitó en Grand Bourg, donada por la señora Manuela Stegmann de Otero esposa del fundador y primer presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano, 11 de agosto de 1946.  
*AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 80646.*

# Un espacio en Palermo en torno a la figura de José de San Martín

por Nicolás Gutierrez\*

En un sector del barrio de Palermo se constituyó un sitio de homenaje permanente a la memoria de don José de San Martín. Se construyó una réplica de su casa en Grand Bourg que es la actual sede del Instituto Nacional Sanmartiniano y una plaza conmemorativa

## La casa de Grand Bourg en tierras sudamericanas

La señora Manuela Stegmann, viuda del señor José Pacífico Otero, había requerido a la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires la cesión de un terreno para construir la sede del Instituto Nacional Sanmartiniano, fundado por su marido el 5 de abril de 1933, para cumplir de esta forma con su voluntad testamentaria. El intendente Basilio Pertiné atendió el deseo y, el 12 de agosto de 1943, decretó la cesión de un terreno de 290 metros cuadrados en la manzana delimitada por las calles Sánchez de Bustamante (desde 1950, Castilla) y Rufino de Elizalde (desde 1944, Alejandro María de Aguado). La ejecución de la obra estuvo a cargo del arquitecto Julio Salas y fue inaugurada el 11 de agosto de 1946. La edificación es réplica, a mayor escala, de la vivienda de Grand Bourg, en donde residió San Martín junto a su hija, su

verno y sus dos nietas. Don José adquirió la *petite maison* el 23 de abril de 1834, gracias a la ayuda económica de su amigo Alejandro María de Aguado, quien también era poseedor de una magnífica vivienda en aquella localidad, situada a veintisiete kilómetros de París. El general alternó su vida entre Grand Bourg y la capital francesa hasta que la revolución de 1848 y su aquejada salud precipitaran su definitivo traslado a la ciudad costera de Boulogne Sur Mer, en búsqueda de un clima más benigno y tranquilo. La vivienda era una edificación de dos plantas, de paredes blancas y rematada por una pizarra negra. Ventanas y postigones, también en inmaculado blanco, complementaban la fachada del inmueble. Desde 2017, goza el título de Monumento Histórico Nacional.

\* Es contador público y vive en Bahía Blanca. Es escritor e investigador. Es autor de *Mármol y Bronce: escultura de la Ciudad de Buenos Aires* (Olmo Ediciones, 2015).

## Plaza Grand Bourg, tributo al general San Martín

Teniendo como centro la sede del Instituto Sanmartiniano, los espacios verdes que la circundan son a la vez tributo y homenaje al gran Libertador. Por Decreto Municipal N.º 4114 del 29 de septiembre de 1944, se la denominó plaza Grand Bourg y allí fueron emplazadas una serie de esculturas relacionadas con la vida de San Martín. En concreto, la Ley N.º 13661 de 1949 decretaba que el año siguiente sería el del Libertador José de San Martín, que coincidía con el centenario de su paso a la inmortalidad. Esta ley, en su art. 8 inc. d, contemplaba un programa de cimentación de obras de arte conmemorativas. En atención a esta norma, durante 1950, fueron inaugurados los bustos de San Martín en su vez, el de Mercedes Tomasa San Martín de

Balcarce, Remedios de Escalada de San Martín, las estatuas de un granadero, de un soldado de ejército, de uno de la marina, de uno de la aviación y un relieve alegórico a las campañas militares de San Martín. Los bustos surgieron de un concurso de artistas convocado por el propio Instituto Sanmartiniano. Resultaron ganadores, para el busto de San Martín, los escultores Juan Patrizi y Juan Sartori; para el de Mercedes, el señor Quintino Piana; y, para el de Remedios de Escalada, Santiago Parodi. Por su parte, las esculturas de los soldados y el relieve fueron donados por las Fuerzas Armadas. Más tarde, en 1983, al cumplirse el cincuentenario de la fundación del Instituto Sanmartiniano, fue inaugurado el busto de José Pacífico Otero, obra del escultor Juan Carlos Ferraro.



En el centro, José Pacífico Otero (1874-1937) siendo presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano. Fue el fundador y primer presidente de dicha institución.  
*AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 8409.*

## El abuelo inmortal

La Ley N.º 13661 también instruía, en el art. 8 inc. C, la construcción de un monumento al general San Martín frente a la plaza Grand Bourg. La obra escultórica fue encomendada al artista Ángel Ibarra García e inaugurada el 11 de diciembre de 1951. A diferencia de las esculturas tradicionales del Libertador, en donde es representado a caballo y luciendo su uniforme militar, en esta obra, se pretendió rendir tributo al hombre y hacer prevalecer sus valores humanos por sobre los laureles por él conquistados. En tal sentido, don José es personificado en su edad adulta en una escena netamente familiar. Inspirado, sin dudas, en el daguerrotipo de

1848, el padre de la Patria se encuentra sentado en un sillón, luce levita y corbata de lazo. Se presumen su blanca cabellera y el bigote que complementó su marcada personalidad en aquellos años. Extiende su brazo derecho, en gesto elocuente. A uno de sus costados, sus dos nietas lo escuchan entusiasmadas. El grupo se alza sobre una base de granito, la cual cuenta con tres relieves en bronce que atestiguan tres momentos del Libertador en su retiro: “Cultivando dalias”, “Limpiando sus armas” y “En la rivera del Siena”. El Decreto N.º 1056 de 2017, le otorgó el estado de patrimonio de interés artístico nacional.



Inauguración del grupo escultórico “El abuelo inmortal” de Ángel Ibarra García, 11 de diciembre de 1951.  
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 193567.

## Plaza República de Chile, homenaje a los colaboradores de San Martín

Frente a la sede del Instituto Sanmartiniano se halla la plaza República de Chile. Este espacio fue bautizado así en honor al país trasandino por medio de un decreto sancionado el 23 de noviembre de 1943. Siendo San Martín el libertador de Chile, en su espacio, también se ubican una serie de esculturas que complementan los homenajes a su vida a través de los principales colaboradores en su plan emancipador. Se trata de los monumentos al marqués Alejandro María de Aguado, al mariscal Ramón Castilla, al director supremo Juan Martín de Pueyrredón, al general Juan Antonio Álvarez de Arenales, a Martín Miguel de Güemes, a Juan Gregorio Las Heras y a la virgen del Carmen de Cuyo. También se emplaza el monumento a Bernardo O'Higgins

Alejandro María de Aguado (1784-1842), fue un banquero, militar y noble español. Se lo recuerda en nuestro país por la amistad que lo unió con San Martín, a quien ayudó económicamente una vez que el Libertador se asentara en Europa. A su muerte, lo nombró su albacea testamentario. La bronceína figura de Aguado se manifiesta en actitud fraternal, extendiendo su mano derecha en gesto de donación. La obra, de Vicente Roselli, fue inaugurada el 22 de mayo de 1950.

Ramón Castilla y Marquesado (1797-1867) fue un militar y político peruano. Héroe de la independencia del Perú, se unió al ejército libertador del general San Martín. Participó de la decisiva batalla de Ayacucho. Asimismo, fue presidente del Perú, dos veces de manera constitucional y otras dos de manera provisional. Su escultura, obra del artista Vicente Torró Simó, fue inaugurada el 20 de abril de 1953. Sobre un pedestal revestido en granito, se alza la figura del Mariscal Castilla. Al frente del basamento, se

ubican dos relieves representativos de la Libertad y el Progreso y, a los costados, los escudos de Perú y de Argentina, todos en bronce. Complementa la obra una figura femenina alegórica de la Patria ubicada al frente del fuste.

Juan Gregorio Las Heras (1780-1866) fue un militar argentino, héroe de las luchas por la independencia en Sudamérica. Comandó la columna central del Ejército de los Andes e intervino en batallas decisivas como la de Chacabuco y la de Maipú. Además, fue gobernador de la Provincia de Buenos Aires de 1820 a 1824. La estatua de Las Heras en la ciudad de Buenos Aires había sido autorizada por medio del Decreto N.º 5689 de 1908, junto a las de Arenales, Pueyrredón y Güemes; sin embargo, el diseño se diluyó en los años subsiguientes, quizás, ante los demás proyectos escultóricos, a los cuales se les concedió carácter prioritario. Así, sería retomada su cimentación a inicios de la década de 1970, dando lugar a la sanción de la Ley N.º 19003 del 20 de abril de 1971. Hubo concurso de maquetas y la correspondiente a Las Heras fue concedida al escultor Orio Dal Porto. En la escultura, el general es representado con uniforme militar; su mano izquierda se posa en la empuñadura de su sable.

Juan Antonio Álvarez de Arenales (1770-1831) fue un militar hispano-argentino, héroe de la independencia en Sudamérica. Adhirió a la Revolución de Chuquisaca de 1809; depuestas las autoridades españolas, fue nombrado comandante general en armas y en 1813 gobernador de la provincia de Cochabamba. Repelido el alzamiento por parte del ejército realista, fue tomado prisionero y enviado al Callao, de donde escaparía con destino a Salta. Luchó bajo las órdenes de Belgrano en el Ejército



Izquierda: Monumento a Alejandro Aguado emplazada en la Plaza Grand Bourg, 1965.

*AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 287433.*

Derecha: Monumento al mariscal del Perú, Ramón Castilla emplazada en la Plaza Grand Bourg, 1965.

*AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 287432.*

del Norte e intervino en las batallas de Salta, de Vilcapugio y de Ayohuma. Posteriormente, bajo el mando de Rondeau, combatió en la Florida, donde recibió graves heridas, y en Venta y Media y Sipe Sipe, derrotas definitivas del Ejército del Norte en el plan de avance por tierra hacia el Alto Perú. En 1919, se unió al general San Martín comandando una de las divisiones del Ejército Libertador del Perú y fue vencedor en importantes batallas, como la de Pasco. Declarada la independencia del Perú, fue nombrado presidente del Departamento de Trujillo, gran mariscal del Perú y también le fue otorgada la Orden del Sol, entre otros reconocimientos. Asimismo, fue gobernador de la provincia de Salta de 1824 a 1827. La escultura que le rinde homenaje, obra de Horacio Ruiz Pombo fue inaugurada en 1971. La figura del brigadier general Álvarez de Arenales se presenta de pie con uniforme militar, aquel que vistió durante toda su vida, y exhibe en su pecho la insignia de la Orden del Sol. Descansa su cuerpo sobre su sable, el mismo que le valió el reconocimiento por su arrojo y valentía.

Juan Martín de Pueyrredón (1776-1850) fue un militar, político, comerciante y hacendado argentino. Fue quien organizó la resistencia que logró la Reconquista de Buenos Aires luego de las invasiones inglesas de 1806. A su vez, fue comandante en jefe del Ejército del Norte entre 1811 y 1812. También, fue vocal del Primer Triunvirato y diputado por San Luis en el Congreso de Tucumán de 1816, en el cual sería honrado con el cargo de director supremo, apoyando el plan de San Martín y ayudando económicamente en la formación del Ejército de los Andes. Su conmemoración en el bronce fue concedida al escultor Wilfredo Viladrich e inaugurada en 1971. Pueyrredón es representado con uniforme militar y, al igual que Las Heras, su mano izquierda descansa en la empuñadura de su sable.

Martín Miguel de Güemes (1785-1821) fue un militar y político argentino. Cumplió una decisiva labor en el proceso independentista como comandante del Ejército de Gauchos, que defendió la frontera del norte ante los embates realistas y sirvió de apoyo al general San Martín en su gesta libertadora. Asimismo, fue gobernador de la provincia de Salta, ciudad en la cual había nacido. Herido de bala, falleció en 1821, en el que sería el último avance realista sobre el norte argentino. La maqueta de Mario Arrigutti, inaugurada también en 1971, fue merecedora del primer premio para la estatua de Güemes. El general es representado con el uniforme que usó en la defensa de las fronteras de la Nación, con un sable corvo en su cintura y su pie izquierdo adelantado sobre el resto del cuerpo.

La virgen del Carmen de Cuyo, patrona del Ejército de los Andes, a quien San Martín le ofrendó su bastón de mando, también tiene su lugar en el espacio reservado a su memoria. La escultura, obra de Quintino Piana, fue inaugurada el 18 de agosto de 1950. Está formada por un pedestal de piedra martelinada, en la cual se ubican cinco altorrelieves que exhiben la entrega del bastón de mando, el paso de los Andes, la procesión del pueblo mendocino frente a la iglesia de San Francisco, el abrazo entre San Martín y O'Higgins y la proclama de la Independencia del Perú. Corona el basamento la figura de la virgen portando en su mano derecha el bastón de mando, junto al niño Jesús.

Por último, mencionamos la estatua de Bernardo O'Higgins (1778-1842). Este fue un militar, estadista y político chileno. Participó del movimiento emancipador de su país. Fue congresal por Los Ángeles en el Primer Congreso Nacional de Chile. Integró las filas del Ejército de los Andes y destacó en las batallas de Chacabuco y de Maipú, decisivas para la declaración definitiva de la independencia

de Chile en 1818. Participó también de la Expedición al Perú. Fue nombrado director supremo de ese país, cargo que ocupó de 1817 a 1823. Además, se le adjudicó el cargo de comandante en jefe. En 1823, renunció a ambos cargos y se exilió en el Perú hasta su muerte. Fue el creador de la bandera nacional de Chile, donde es reconocido como uno de los padres de la Patria. La realización de su homenaje tuvo algunos pormenores.

El monumento en homenaje al general O'Higgins fue autorizado durante el curso de los festejos del centenario de la Revolución de Mayo. Concretamente, la Ley N.º 7026, sancionada el 25 de mayo de 1910, autorizó a la Comisión del Centenario a erigir una escultura en recuerdo del héroe chileno. Siendo O'Higgins compañero de armas de San Martín y baluarte en las decisivas batallas de Chacabuco y de Maipú, se decidió que el lugar idóneo para su cimentación era junto a la estatua ecuestre del Libertador. La ley fue aprobada con premura por el Congreso Nacional, aprovechando la visita del señor Pedro Montt, presidente de Chile, para que colocase la piedra fundamental del futuro monumento. Este acontecimiento fue celebrado al inicio de la jornada del sábado 28 de mayo de 1910, en el cual se reinauguró el monumento a San Martín y sobre cuyo basamento se colocó el memorial del Ejército de la Independencia. El concurso de bocetos fue desarrollado en abril de 1911, del que solo pudieron participar artistas chilenos. El jurado decidió otorgarle la ejecución de la obra a una de las dos maquetas presentadas por Guillermo Córdova. El sitio para su emplazamiento fue modificado en 1915 en una decisión, por cierto, razonable. Se resolvió que la plaza Rodríguez Peña fuera el lugar oportuno para su localización. Tres años más tarde, en 1918, fue finalmente determinado el espacio: frente

al palacio del Consejo Nacional de Educación. El acto inaugural fue celebrado el 18 de septiembre de ese mismo año. Posteriormente, el 26 de noviembre de 1943, la estatua fue trasladada a su actual emplazamiento.

Con respecto a la escultura, esta se compone de un basamento revestido con granito rojo lustrado. En sus extremos inferiores, se complementa con un remate artístico. Al mismo tiempo, la parte superior del pedestal luce en cada uno de sus extremos un "fascio". Al frente, se halla una escalinata que conduce a la imagen de la Patria, encarnada por una figura femenina que porta gorro frigio, escudo en su brazo izquierdo y lanza elevada hacia el cielo en su mano derecha. A un costado de ella, se encuentra la figura de un cóndor en referencia al macizo cordillero de Los Andes que enmarca a la Nación chilena. En los costados del basamento, por otro lado, se encuentran los relieves en bronce de las batallas de Chacabuco y de Maipú (a derecha e izquierda, respectivamente). Ambos relieves se complementan por una corona de laureles, que es cruzada por un sable. En la parte dorsal, se sitúa otro relieve en bronce que representa la escena del abrazo entre O'Higgins y San Martín. Corona el monumento la espléndida estatua ecuestre del general. En una abrupta detenida, el corcel hunde sus patas delanteras, al tiempo que gira el cuello hacia su costado derecho. O'Higgins tensa las riendas y observa para el lado opuesto. El escultor Guillermo Córdova logró plasmar en el bronce una escena sumamente intensa.

Palermo tiene un lugar reservado para el estudio, la investigación y la admiración. Esto último, a través de la escultura pública, de la vida y obra del general San Martín. Sitio digno para ofrendar las honras y la gratitud que, como argentinos, le debemos a don José, el Padre de la Patria. 

000256

ANTONIO ALVAREZ ARENALES

**CNRPH**  
DONACION  
DEL  
DR. J. E. URIBURU  
ARCHIVO DEL GRAL. ARENALES



**EL GENERAL ARENALES,**

*Maiscal de Campo del Chile, Gran Maiscal del Perú, Brigad-  
de las Provincias Unidas, 88. - Nació en la villa de Rosillos,  
(Castilla la vieja) el 13 de Junio de 1770, se educó en Buenos-  
Aires y abrazó la causa americana desde la 1ª revolución de  
Chugusaca el 25 de Mayo de 1809*

*L. de Bustos del.*

# Un héroe de la Independencia en el norte

## Fondo Juan Antonio Álvarez de Arenales

por María Teresa Fuster

El 12 de junio de 1963, la señora Agustina Roca de Uriburu, dando cumplimiento a la última voluntad de su esposo José Evaristo Uriburu Tezanos Pintos, hijo del que fuera presidente de la República José Evaristo Uriburu, donó al Archivo General de la Nación el fondo que hoy se conoce como “Juan Antonio Álvarez de Arenales”, compuesto de veintitrés legajos fechados entre 1793 y 1918. José Evaristo Uriburu (h), que era descendiente de Arenales<sup>1</sup>, guardó con cuidado los papeles de su antepasado; de hecho, utilizó la documentación para escribir dos obras históricas: *El general Arenales en la época de la colonia* e *Historia del general Arenales*. Gracias a su cuidado en la conservación de estos y a su voluntad de que permanezcan en el Archivo General de la Nación, hoy disponemos de este inapreciable testimonio para nuestra historia.

La mayor parte de la documentación que compone este archivo se centra en un período clave de nuestra historia, los años que van desde 1809 hasta 1821, momento en que nuestra región logró emanciparse de España, lo cual le da valor agregado a una documentación de por sí valiosa. Pero antes de centrarnos en lo que contiene este fondo, recordemos brevemente quién fue Arenales y su actuación en la gesta patria.

Juan Antonio Álvarez de Arenales nació en Castilla la Vieja en 1770.<sup>2</sup> Militar de vocación, perteneció desde joven al Regimiento

de Burgos. Arribó a la ciudad de Buenos Aires en 1784, en ese momento capital del virreinato del Río de la Plata. Debido a sus aptitudes, el virrey Arredondo lo promovió, en 1794, a teniente coronel de milicias provinciales y, el año siguiente, lo designó como jefe y juez subdelegado de la ciudad de Arque<sup>3</sup> perteneciente a la Intendencia de Cochabamba. Cuando sucedió el levantamiento en Chuquisaca<sup>4</sup> (actualmente Sucre) el 25 de mayo de 1809 –que tuvo como consecuencia (aunque breve, por cierto) la destitución del gobernador y la formación de una junta de gobierno–, Arenales se colocó desde el principio decididamente del lado de los rebeldes. Esto, ante la sofocación de la revuelta, le costó la cárcel y la confiscación de sus bienes. Pasó por infinidad de peripecias tras escapar de la prisión ante la inminencia de su fusilamiento; naufragó en las costas de Mollendo (actualmente Perú), sufriendo pobreza y hambre, en su condición de prófugo.

Ya en Salta, contrajo matrimonio con una joven de la elite salteña, Serafina González Hoyos. Su adhesión a la causa revolucionaria le valió ser nombrado alcalde y regidor del Cabildo de Salta. En 1812, cayó nuevamente prisionero tras la invasión realista. Posteriormente, se unió al ejército de Belgrano, quien rápidamente simpatizó con el austero militar y con el que participó en la batalla de Salta el 20 de febrero de 1813.<sup>5</sup> Ante su valiente desempeño, el gobierno de Buenos Aires le concedió

la ciudadanía. Un año después, el general Manuel Belgrano lo nombró gobernador de Cochabamba, pero las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma ocurridas en octubre y noviembre de ese año lo dejaron aislado. De este modo, tomó la decisión de posicionarse en Santa Cruz de la Sierra, donde inició una estrategia de guerra de guerrillas. En sus memorias, el general Paz describe así la situación del militar:

Arenales quedó en Cochabamba, cortado, abandonado y en un completo aislamiento. Este bizarro jefe tuvo que abandonar la capital, pero sacando la fuerza que el mismo había formado y los recursos que pudo se sostuvo en la campaña, retirándose a veces a los lugares desiertos y escabrosos y aproximándose otras a inquietar a los enemigos a quienes dió serio cuidado.<sup>6</sup>

Asimismo, el 25 de mayo de 1814 participó en la batalla en la Florida,<sup>7</sup> “donde el mismo recibió las horribles heridas, cuyas cicatrices hacían más imponente su semblante, lo acompañaron hasta el sepulcro”<sup>8</sup>. Esta batalla fue verdaderamente una proeza. Arenales la comandó, junto con Ignacio Warnes, y obtuvo un notable triunfo ante fuerzas muy superiores. Con esta victoria, se aseguró la entrada al Alto Perú de los ejércitos patriotas. Capturó Chuquisaca, tomó Cochabamba y se unió al Ejército del Alto Perú, comandado por José Rondeau. Tras la derrota del 29 de noviembre en Sipe-Sipe, se retiró a Tucumán, donde formó parte del Ejército Auxiliar hasta principios de 1819. Ese año, debido a diferencias con otros militares, decidió pasar a Chile para ponerse bajo las órdenes del general José de San Martín. Su desempeño fue brillante. Las fuerzas bajo su mando entre octubre y diciembre de 1820 vencieron en Ica, Nazca y Pas-

co.<sup>9</sup> Cuando recibió instrucciones de dirigirse a Quito para liberarla, cayó enfermo, lo cual lo determinó a pedir su retiro tras quince años de servicios a la causa patria. Regresó a Salta, donde fue designado gobernador, cargo que ejerció entre 1824 y 1826.<sup>10</sup> Fue un buen gobierno caracterizado por la eficiencia y la equidad.

Cabe destacar que, en ese tiempo, publicó el primer órgano de prensa de la provincia: *La Revista Mensual de Salta* (1824-1825), y fomentó la navegación del río Bermejo para explorar sus costas. Su última campaña militar la realizó en 1825, cuando derrotó en Tumusla (Potosí, Bolivia) a las fuerzas de Pedro Antonio Olañeta.<sup>11</sup> Tras ser reelecto como gobernador en 1826, se enfrentó a la oposición federal. Hubo un levantamiento que terminó con su exilio en Bolivia, donde falleció en 1831 en Moraya –un pequeño pueblo ubicado a dos leguas<sup>12</sup> de Tupiza– luego de haberse refugiado junto con su esposa e hijas. Su viuda reclamó en vano a las autoridades bolivianas ayuda económica y reconocimiento por la lucha de su esposo. El entonces presidente de Bolivia, el mariscal Andrés de Santa Cruz, de manera definitiva, denegó su pedido.<sup>13</sup>

Sus restos permanecieron en Bolivia hasta la década 1870, cuando su calavera fue remitida a su hija Josefa Álvarez de Arenales de Uriburu por el coronel Pizarro, quien la había rescatado años antes por temor a que fuera profanada. Durante décadas, permaneció en poder de sus descendientes. En la década de 1950, sus familiares decidieron trasladar sus restos a Salta ante el deseo de los salteños de tributarle los honores merecidos a un héroe de la Independencia. Así fue como, en 1959, el doctor Atilio Cornejo<sup>14</sup>, historiador salteño, miembro de la Academia Nacional de la Historia, los condujo desde Buenos Aires.<sup>15</sup> En un principio, fueron provisoriamente depositados

en la capilla privada del arzobispado de Salta y, un año después, exactamente el 25 de mayo 1960, en ocasión de los festejos del sesquicentenario de la Revolución de Mayo, fueron trasladados a la catedral salteña y colocados en el Panteón de las Glorias del Norte,<sup>16</sup> donde en la actualidad reposan.

La documentación del Fondo Juan Antonio Álvarez de Arenales es original y, en su mayoría, manuscrita. Está organizada en veintitrés legajos, entre los que se encuentran correspondencia con José de San Martín, Manuel Belgrano, Simón Bolívar, Bernardo de O'Higgins, Bernardo de Monteagudo, Tomás Guido y Juan Manuel de Rosas. Contiene también partes de batalla, como de la de Florida (25 de mayo de 1814), Sumaipata (6 de agosto de 1814), Sipe Sipe (29 de noviembre de 1815), Maipú (5 de abril de 1818), Pasco (6 de diciembre de 1820), Pichincha (28 de mayo de 1822), entre otras; planos de batallas (Florida, Cerro de Pasco), comunicaciones

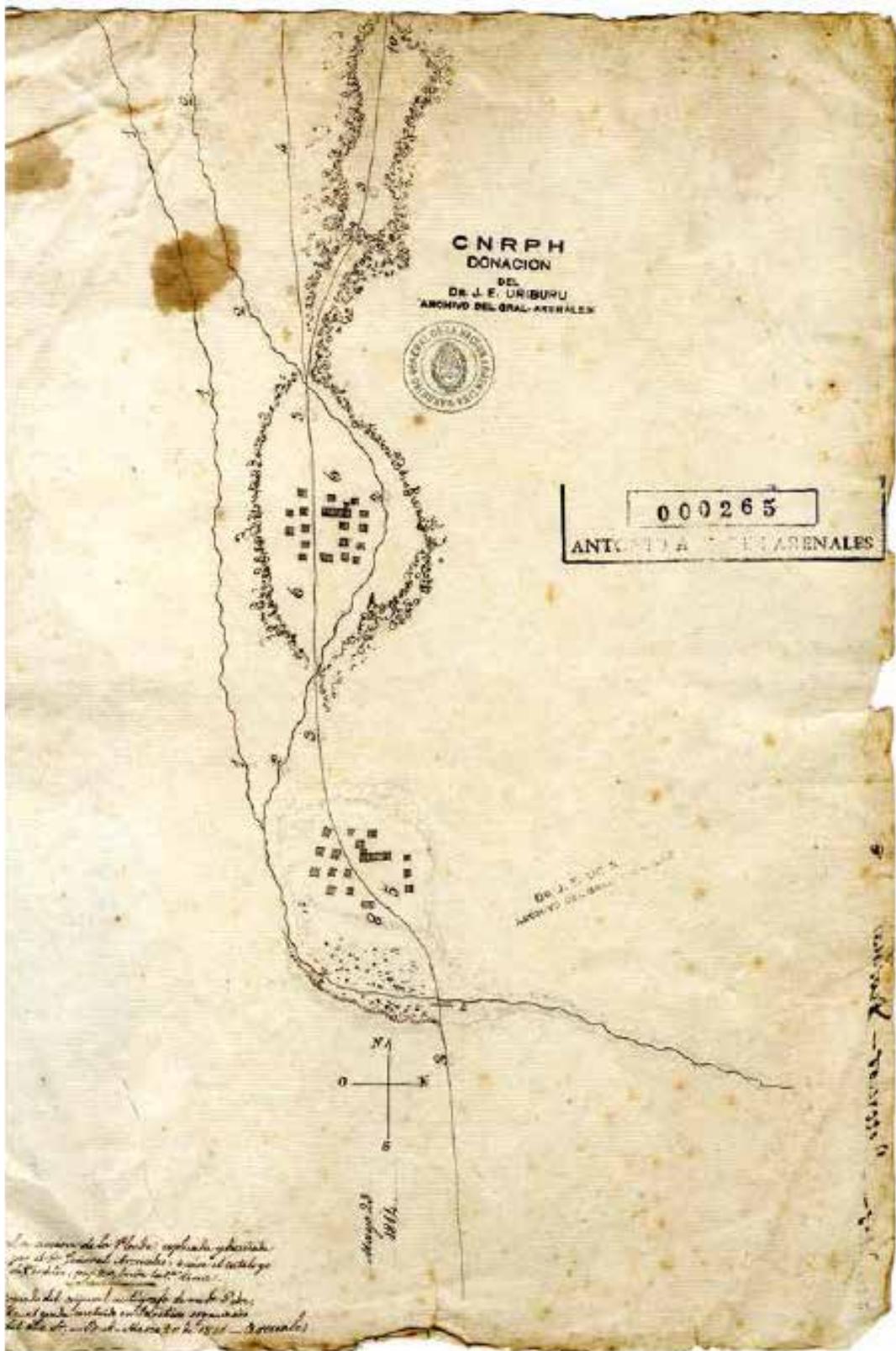
oficiales, documentación sobre la campaña al Alto Perú, inventarios de armamentos y municiones, colección del periódico *La Gaceta de Lima* publicada entre 1821 y 1825, proclamas del general José de San Martín, detalles de su gobierno en Salta, procesos judiciales, sumarias, una litografía de Arenales, despachos oficiales. Además, correspondencia personal de Arenales, certificados o fe de bautismo de algunos de sus hijos, su testamentaria, partición de bienes entre sus herederos, una carta de la viuda de Arenales solicitando ayuda económica al presidente de Bolivia en virtud de los servicios que su esposo prestó a ese país y su respuesta, entre otros documentos.

Este invaluable testimonio de las campañas de la Independencia es otro de los tesoros que el Archivo General de la Nación custodia para beneficio de todos. Su consulta está abierta al público y puede realizarse de lunes a viernes de 10 a 17 horas en el Departamento Documentos Escritos de nuestra institución. ~~~



Dos retratos de Juan Antonio Álvarez Arenales (1770-1831).

Izquierda: Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 325971. Derecha: Departamento Álbum Notables I, N°11.



Plano de la batalla de Florida diseñado y explicado por Juan Antonio Álvarez de Arenales, 1817. Departamento Documentos Escritos. Fondo Juan Antonio Álvarez de Arenales. Sala VII, N° 2562.

## NOTAS

1. José Evaristo Uriburu, presidente de la Nación entre 1895 y 1898, era hijo de Evaristo de Uriburu y Josefa Álvarez de Arenales, hija del general Álvarez de Arenales.
2. Algunos investigadores sostienen su origen americano y señalan Salta como su lugar de nacimiento, aunque las pruebas documentales indican que fue el Viejo Continente. Para una completa biografía de Arenales, véase: CUTOLO, V. (1971): *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino: 1750-1930 (tomo 1)*, Buenos Aires: Elche.
3. Archivo General de la Nación (AGN): Sala VII, Legajo 2554, Fondo Arenales, hechos de la noche del 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca.
4. AGN: *ibidem*.
5. AGN: Sala VII, Legajo 2561, Fondo Juan Antonio Álvarez de Arenales, Diploma otorgado al Arenales por su desempeño en la batalla de Salta.
6. PAZ, J. M. (1855): *Memorias póstumas del brigadier general José María Paz*, Buenos Aires: Imprenta de La Revista, p. 257.
7. AGN: Sala VII, Legajo 2562, Fondo Juan Antonio Álvarez de Arenales, Detalle y plano de la batalla de la Florida explicada por el mismo Arenales.
8. PAZ, J. M. (1855): *op. cit.*, p. 257.
9. AGN: Sala VII, Legajo 2561, Fondo Juan Antonio Álvarez de Arenales, Diploma acordando medalla a Arenales como vencedor en la batalla de Pasco.
10. AGN: Sala VII, Legajo 2561, Fondo Juan Antonio Álvarez de Arenales.
11. Esta batalla se la considera como la que sella definitivamente la liberación del Alto Perú de la dominación española. En tal sentido, el gobierno boliviano declaró este enfrentamiento como parte del patrimonio histórico y cultural de su nación según la Ley N.º 606 del 24 de noviembre de 2014.
12. Nueve kilómetros y medio.
13. AGN: Sala VII, Legajo 2560, Fondo Juan Antonio Álvarez de Arenales.
14. Atilio Cornejo nació en la ciudad de Salta en 1899 y falleció en 1985. Fue un destacado abogado e historiador. En su casa en la ciudad de Salta, hoy funciona una biblioteca que lleva su nombre.
15. Para más detalles, véase el periódico *El Tribuno* (Salta) del 13 de junio de 1959.
16. AGN: Sala VII, Legajo 2563, Fondo Juan Antonio Álvarez de Arenales, División y partición de bienes del general Álvarez de Arenales.



Arriba: *La batalla de Chacabuco* de Pedro Subercaseaux, Chile, 1908.  
*Colección Museo Histórico Nacional, Argentina.*  
Abajo: *La batalla de Maipú* de Pedro Subercaseaux, Chile, 1904.  
*Colección Museo Histórico Nacional, Chile.*

# Iconografía sanmartiniana e identidades sociales

## Pinturas sobre el combate de Ayacucho y la batalla de Maipú

por María Inés Rodríguez Aguilar\* y Miguel José Ruffo\*\*

La complejidad de los procesos sociales que conforman las identidades en un colectivo de infinitos pliegues incluyen procesos en el que confluyen los poderes de las imágenes –emergidos de las obras de arte– y, en especial, los provenientes de la pintura de historia. Esta puede ser concebida como un privilegiado ámbito de la memoria, en razón de la persistencia de su poder icónico, por sus ricas y dinámicas configuraciones a lo largo de sucesivas etapas históricas de una sociedad.

Una selección de acontecimientos, protagonistas y paisajes contextuales detentan diversas resoluciones estéticas con mensajes y sentidos devenidos, en cierto modo, en agentes históricos, testimonios con una organización escenográfica que se inscriben en la mirada de comunidades de receptores de cada época. Así, configuran memorias de los acontecimientos, junto a otras estrategias educativas y de comu-

nicación, que contribuyen a conformar identidades culturales conciencias políticas.

Podemos inferir que las sucesivas generaciones de espectadores –incluso el propio artista– pueden construir y percibir significados diferentes de los propuestos originariamente. Desde de su libre interpretación, tanto las significaciones originarias como las implicaciones están condicionadas por una tradición cultural y genealógica de ideas. Así, conocer la dimensión en que tales vínculos culturales se conforman y dialogan, consciente e inconscientemente en las identidades de cada individuo, luego de asociarlas a su propia existencia en la historia del colectivo, implica transitar por la configuración y los consumos de la cultura visual. Evolución que, durante sucesivas etapas, articula procesos de aprendizaje y socialización, e interiorizan y resignifican los vínculos culturales forjados históricamente.

\*Es licenciada en Historia, archivóloga, directora del Museo Roca e interventora en el Museo Histórico Nacional. Escribió, en colaboración con la doctora Carmen Sesto: *Hebe Clementi. Una vida con historia*, entre otras publicaciones.

\*\*Es profesor y licenciado en Historia (UBA), jefe del Área de Investigación del Museo Histórico Nacional. Ha escrito: *La Semana Roja de 1909*, *Iconografía de la Revolución de Mayo*, y *Genio y figura de un patriota: Manuel Belgrano*, entre otros libros.

Ambos ganaron el Concurso Arte y Antropología de la Fundación Espigas (Telefónica) con su trabajo “Alfredo Gramajo Gutiérrez: ¿Pintor de la Nación o documentalista antropológico?”.

Esta específica y dinámica naturaleza de vínculos converge en la conformación de la nación y le permite subsistir a los múltiples cambios estatales y territoriales, a lo largo de su historia, e incorporar y trascender las transformaciones funcionales impuestas por la vida económica, política, cultural y tecnológica. La nación, por tanto, no puede ser analizada si no es considerando su doble naturaleza: social y cultural.

En este trabajo realizamos una selección de la amplia iconografía del general José de San Martín, en su mayoría, la que se encuentran en el Museo Histórico Nacional, institución fundada en 1889 con el objeto de mantener las tradiciones de la Revolución de Mayo y de la Guerra de la Independencia. En ese año, el doctor Adolfo P. Carranza había fundado el Museo Histórico de la Capital, luego Nacional

con el objeto de evocar las tradiciones de la Revolución de Mayo y de la Guerra de la Independencia se había convertido en la sede ceremonial de Patrimonio, sustentando a un discurso histórico-museográfico, condensado en objetos y grandes cuadros, cuya exhibición y difusión organizaba en un régimen semiótico las vinculaciones simbólicas, que enunciaban las argumentaciones sobre un relato de la historia nacional, y definían a una topografía memorial hegemónica.<sup>1</sup>

Desde su época fundacional, siendo su director Adolfo P. Carranza, el Museo fue conformando una nutrida colección de testimonios sanmartinianos. Ello se debía al rol trascendental desempeñado por San Martín en la independencia, a lo que cabría agregar la particular admiración y devo-

ción que por el general de los Andes tenía el director del Museo. Este último, además, poseía un lejano parentesco con la familia Escalada, es decir, con la familia de la esposa del Libertador.

El Museo se inscribe en la dinámica política del proceso de formación del Estado nacional argentino, después de la batalla de Pavón en 1861. La nación necesitaba de sus correspondientes expresiones ideológicas y culturales en el ámbito de la historiografía, la política y la literatura. Con respecto a la historiografía argentina, sus padres fueron Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. A los fines de este trabajo, nos interesa el primero, autor de dos obras medulares: *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina* e *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. En este último, el proceso histórico-social que condujo a la emancipación del Río de la Plata y de Sudamérica está vinculado a dos figuras que, debido a su construcción historiográfica, se convirtieron en arquetipos o símbolos: Manuel Belgrano y José de San Martín.

Si bien Mitre se insertaba dentro de la tradición de la historiografía liberal positivista, no estaba exento de matrices propias del romanticismo. Dentro de esta corriente del pensamiento, por su relevancia cultural, descuellan los conceptos de nación y de genio o héroe. Para el romanticismo, el presente es la culminación del pasado y, en este sentido, el presente de Mitre era la culminación de un pasado en el que la personalidad y acción del general José de San Martín habían revestido el carácter de una fuerza que trasciende los hechos y se inserta dentro de las leyes o mecanismos del destino. San Martín era un hombre pero, al mismo tiempo, era el héroe en que se corporizó una necesidad trascendental: la libertad e independencia de la Sudamérica.

## Iconografía sanmartiniana y nación

La iconografía sanmartiniana es muy vasta. En ella, debemos distinguir las obras sincrónicas con los acontecimientos emancipadores de aquellas otras obras que, siendo posteriores a estos, adquirieron una dimensión evocativa. En este sentido, cabe señalar que “evocar” es traer a la memoria o a la imaginación un acontecimiento o un personaje determinado. Evocar presupone acudir al pasado para tornarlo presente, pero no a la manera de un historiador positivista que se ocupa solo de la reconstrucción de los hechos, sino a la de un cantor épico que rememora lo acontecido para elogiarlo.

Cuando decimos pinturas evocativas, estamos haciendo referencia a un conjunto de producciones plásticas que trabajan con el recuerdo, la memoria y la proyección hacia el futuro de una semblanza. Es una forma de mirar el pasado para construir íconos que, por su difusión, adquirieron un alto valor pregnante y se constituyeron en un *corpus* ideal, para recordar, glorificar e inmortalizar el pasado. Entre otros, los trabajos de Julio Fernández Villanueva, Pedro Subercaseaux, José Bouchet, Ángel Della Valle, evocan los acontecimientos fundadores relacionados con las campañas sanmartinianas.

En cierta medida, y con otros recursos, estos artistas son al pasado argentino lo que Homero fue al pasado de Grecia. Como pintores de historia, se proponían una reconstrucción fidedigna del pasado, pero previamente seleccionado y despojado de las aristas que, para las dirigencias y la elite dominante, podían tornarse ríspidas.

Es por ello que el San Martín de estos artistas es el héroe que posibilita el surgimiento de una nueva nación.

En esta etapa [después de 1850] la historia de San Martín se transforma en el mito nacional por excelencia, que muestra no pocas facetas de su singular personalidad. Entre los héroes de América de comienzos del siglo XIX, sólo le son comparables en prestigio Simón Bolívar y George Washington. [...] Algunas razones de la primacía mítica de San Martín son evidentes, puesto que resultó el único prócer argentino cuya actuación política y militar fue breve y meteórica, casi siempre brillante, exitosa, atinada y, política y económicamente desinteresada, sólo discutible –según Mitre– al final del período peruano, cuando las intrigas políticas, la salud seriamente quebrantada, el agotamiento físico por la gran tensión que debió vivir entre 1815 y 1822 y la sagaz y lúcida comprensión de la cruda realidad social y política que lo rodeaban hicieron que vacilaran sus concepciones republicanas, así como el empuje y la visión certera que normalmente aplicaba a sus empresas militares.<sup>2</sup>

La heroicidad y la nacionalidad están interrelacionadas en la reconstrucción de un pasado, que se interpreta como el de la génesis o el nacimiento de una nueva comunidad. San Martín y la emancipación constituyen una unidad indisoluble y su acontecer es la “esencia” de la nación, que reconoce en ellos su acta de nacimiento.

Desde 1850, año de la muerte de José de San Martín, la vida del general fue una realidad definitivamente concluida. Pero, a partir de 1862, con la afirmación del federalismo hegemónico de Buenos Aires, en el orden político,

se iría modificando la imagen sanmartiniana: por un lado, por el conocimiento de las fuentes que permitió una visión más profunda y completa de su trayectoria y, por el otro, por la dinámica en la elaboración del mito, fenómeno social que adquiere una especial configuración de acuerdo con la cultura vigente plena de tensiones y acuerdos, a la vez que diferentes necesidades sociales y políticas.

Hacia fines de la década de 1870, el mito sanmartiniano fue objeto de estudios más detallados y producciones literarias. Se propusieron revisiones tendientes a una mayor universalidad, en especial, luego de la aparición de la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* de Bartolomé Mitre en 1887, obra que consolidó la representación histórica de San Martín para la sociedad argentina a lo largo de su historia, con la configuración mítica clásica de un general heroico, victorioso, profundamente patriótico, portador del ideal de Mayo, libertador de medio continente.

Asimismo, hacia 1900, se subordinó el heroísmo guerrero al heroísmo de las virtudes cívicas. Por lo tanto, en las celebraciones del Centenario y en las estrategias de la configuración definitiva de una identidad nacional ante la inmigración masiva, la figura de San Martín se concibió como un emblema disponible para definir la argentinidad e integrar el capital simbólico indispensable para esta empresa. Su imagen difundiría, entonces, modelos cívicos que fortalecerían la pertenencia nacional y una adhesión emotiva y mística del Estado.<sup>3</sup>

### **Producciones pictóricas y relatos historiográficos**

Aspiramos a compartir los significados de las obras seleccionadas desde el momento de su génesis, sus condiciones de producción, representación practicada por el artista con

un plan determinado, sea este propio o bien impuesto por los comitentes. Los abordajes propuestos de las obras desarrollarán una noción general de los hechos y protagonistas, en relación con las formas y el significado o contenido temático, así como la vinculación al acontecimiento, registrado desde su diferenciación esencial, en relación con la historiografía, imbricada en la misma raíz del proceso interpretativo de la iconología. De este modo, abordaremos el análisis de tres óleos –uno de Julio Fernández Villanueva y dos de Pedro Subercaseaux–, relacionados con las tres batallas más importantes protagonizadas por San Martín en la lucha emancipadora: el combate de San Lorenzo (1813), la batalla de Chacabuco (1817) y la batalla de Maipú (1818).

La primera batalla librada por el general José de San Martín, teniendo en perspectiva la emancipación sudamericana, y la única que se desarrolló en el actual territorio argentino, fue el Combate de San Lorenzo, en la provincia de Santa Fe. El Museo Histórico Nacional cuenta entre sus colecciones pictóricas el boceto y el óleo de Julio Fernández Villanueva *El Combate de San Lorenzo*, que alude al momento (muy conocido por todos) en que San Martín quedó aprisionado debajo de su caballo muerto. Un par de realistas iban a rematarlo cuando se aproximaron dos granaderos, Baigorria y Cabral, a auxiliar a su jefe militar.

Se reproducen sus escenas bélicas en cuadernos y libros de texto. No hay pequeño escolar argentino que no conozca su “Combate de San Lorenzo” aunque ignore el nombre del autor. Esa caída del caballo sobre la pierna del coronel ¿Quién la

olvidará? Contarles la vida meritoria, el arte pasional del autor de esos dibujos, de esos óleos, será una tarea grata de los maestros de escuela. Fernández Villanueva se lo tiene merecido.<sup>4</sup>

En su *Historia*, Mitre refiere:

Al llegar a la línea recibió a quemarropa una descarga de fusilería y un cañonazo a metralla, que matando su caballo le derribó en tierra, tomándole una pierna en la caída. Trabóse a su alrededor un combate parcial al arma blanca, recibiendo él una ligera herida de sable en el rostro. Un soldado español se disponía ya a atravesarlo con la bayoneta, cuando uno de sus granaderos, llamado Baigorria (puntano), lo traspasó con su lanza. Imposibilitado de levantarse del suelo y de hacer uso de sus armas, San Martín habría sucumbido en aquel trance, si otro de sus soldados no hubiese venido en su auxilio echando resueltamente pie a tierra y arrojándose sable en mano en medio de la refriega. Con fuerza hercúlea y con serenidad, desembaraza a su jefe del caballo muerto que lo oprimía, en circunstancias que los enemigos reanimados por Zabala a los gritos de “¡Viva el Rey!”, se disponían a reaccionar, y recibe en aquél acto dos heridas mortales gritando con entereza: “¡Muero contento! ¡Hemos batido al enemigo!”

[...] Llamábase Juan Bautista Cabral este héroe de la última fila: era natural de Corrientes, y murió dos horas después repitiendo las mismas palabras.<sup>5</sup>

Regresando a nuestro artista:

El nombre de Julio Fernández Villanueva llena una página breve pero luminosa del arte pictórico argentino. Era médico pero cultivaba con amor la pintura. Se había dedicado especialmente a la evocación de los grandes acontecimientos de la historia patria en las pocas telas que alcanzó a pintar. “La Batalla de Maipú” que se exhibe en el Museo Histórico Nacional y el “Combate de San Lorenzo” que figura desde hace años en uno de los salones de la Cámara de Diputados.

[...] Sábese que antes de acometer la tarea de componer un cuadro, se documentaba escrupulosamente, consultaba a los historiadores de su tiempo y aun a los testigos de los grandes hechos.

Para preparar su cuadro del combate de San Lorenzo se trasladó al propio campo de batalla y vivió durante algún tiempo en el célebre monasterio. En esa ocasión trazó en un postigo del convento un boceto en que ya se acusaban los lineamientos de la obra definitiva.<sup>6</sup>

Este óleo pintado por Julio Fernández Villanueva en 1890 ingresó al Museo el 20 de abril de 1934 como donación de la Cámara de Diputados de la Nación. En los modos de generar estas representaciones, a Julio Fernández Villanueva,

le enardecía el tema de sus composiciones. Hervía en él fiebre de acción, anhelo de arremeter, desesperado impulso arrollador.

[...] Es el pintor que siente, en lo íntimo, el heroísmo de los hombres de la independencia. Y, además, el artista que, cuando se presenta la oportunidad – esa oportunidad heroica que ya creía perdida para siempre-, sabe aprovecharla. Y su vida se consume en ella. complacía en la frecuentación y la amistad del general Mitre, a quien solicitaba informaciones y consejos, para sus composiciones históricas o de asunto histórico, lo mismo que a don Ángel Justiniano Carranza [...] Además de pintor, el doctor Fernández Villanueva fue aficionado a la música, siendo un distinguido violoncelista.<sup>7</sup>

Es importante señalar que Subercaseaux también pintó un *Combate de San Lorenzo* (actualmente en el Museo de Armas de la Nación), pero la imagen es sustancialmente distinta a la de Villanueva. Mientras este último nos mostraba a San Martín aprisionado por su caballo muerto, Subercaseaux lo pintó al frente de sus hombres, montado en un caballo blanco, conduciéndolos al combate. Este San Martín es aún el “sableador” al que se refiere Mitre en su *Historia*.

Pedro Subercaseaux (1880-1956) fue un pintor chileno íntimamente relacionado con las pinturas de historia y, por ende, con el género pictórico, que las academias del siglo XIX consideraban la más elevada de las expresiones plásticas. Parte de sus pinturas expresan momentos culminantes de la gesta sanmartiniana, ya que sintió desde joven la atracción por el pasado heroico al convivir espiritualmente con el vencedor de Chacabuco y Maipú. En los recuerdos de su sobrina Margarita Valdés Subercaseaux, nos permite saber el sentir del autor: “... su pintura respondía a

un tiempo heroico, a un tiempo de hombres nobles de ideales puros...”.

Enamorado de la época de la génesis de las naciones chilena y argentina, dejó en sus telas manifestaciones estéticas orientadas a inmortalizar el pasado. Un pasado en el que Subercaseaux convivía con O’Higgins y San Martín. Este artista perteneció a prominentes familias chilenas vinculadas a la industria vitivinícola y a la política; desde temprana edad, sintió inclinación por el arte y encontró en la pintura la posibilidad de expresar su vocación humanista y estética. En Europa –había nacido en Roma–, estudió en diversas escuelas y talleres de pintura y obtuvo sus primeros premios como artista. Al regresar a Chile en 1902 abordó la pintura histórica para narrar el pasado de su patria, cuya independencia está íntimamente vinculada al movimiento emancipador del Río de la Plata y a San Martín. Luego, su vinculación con el director y fundador del Museo de Historia Nacional, Adolfo Carranza, lo llevó a incursionar en el pasado argentino, en particular, en la Revolución de Mayo y Mariano Moreno.

El óleo de Pedro Subercaseaux *Chacabuco* nos presenta al general José de San Martín, montado en un caballo blanco, sobre un promontorio, observando el avance de sus fuerzas en la cuesta de Chacabuco. Es casi habitual en la iconografía sanmartiniana ver al “héroe de los Andes” en un caballo blanco. Es una cuestión simbólica. Como el general José de San Martín es el máximo héroe nacional, su caballo –por ser el que corresponde a un héroe– es el de la luz y se representa con el color blanco. En efecto, en el periplo del héroe, este asciende de la tierra al cielo y transforma las energías telúricas o de la tierra en energías celestes: asciende hacia la luz y entonces su cabalgadura se torna blanca. Son las suyas

energías celestiales o lumínicas. Asimismo, y atendiendo a la dimensión polivalente del símbolo, el color blanco del caballo nos remite a la Antigüedad clásica.

Los diferentes significados que se atribuyen al blanco y a la blancura ponen de manifiesto la conocida distinción entre los textos complejos y los sencillos materiales visuales considerados carentes de valor. El blanco nos conduce al lugar al que se le atribuyó el origen del arte occidental y sus mayores formas conocidas: la escultura griega y romana. En el siglo XIX, la belleza de estas esculturas se realzaba con el mármol blanco puro.<sup>8</sup>

En efecto, siendo las esculturas griegas de la época clásica formas artísticas de dioses y héroes, el color blanco del caballo de San Martín asocia su figura a la de los héroes de la Antigüedad. No interesa aquí la contradicción entre el proceso histórico real y la iconografía; no importa cómo eran los caballos reales de San Martín, solo cuenta el simbolismo del héroe.

Bartolomé Mitre señala que, al momento de producirse la batalla de Chacabuco, San Martín se encontraba debilitado de salud. Sin embargo, el San Martín de 1817 ya no era el militar que, sable en mano, atacaba a los enemigos, sino el estratega que ganaba las batallas con su inteligencia y dirección:

Ya no era San Martín el sableador de Arjonilla o de Bailén y San Lorenzo; ganaba las batallas en su almohada, fijando de antemano el día y el sitio preciso. Era su cabeza y no su cuerpo la que combatía [...] El mérito militar de la batalla de Chacabuco consiste

precisamente en lo contrario de lo que constituye la gloria de las batallas. Resultado lógico de las hábiles combinaciones estratégicas de la invasión, estaba ganada por el general antes que los soldados la dieran, respondiendo a un plan metódico en que hasta los días estaban contados y los resultados previsto.<sup>9</sup>

¿Debemos entonces considerar que la representación de Subercaseaux constituye una falsificación histórica? Pensamos que no, por los siguientes motivos. En primer lugar, porque los cánones estéticos del arte académico, su ideal de belleza, en la que esta obedece a determinadas proporciones y reglas de composición, conducen de manera inevitable a incorporar dentro de determinados moldes arquetípicos a los hombres que, por los acontecimientos que protagonizaron, fueron convertidos por la historiografía en los páters de la nación. En segundo lugar, porque, al construirse el pasado como gesta heroica, las luchas sociales e individuales en su idealización no carecen de contradicciones, sino que estas operan, podríamos decir, casi sin la fuerza que en su momento tuvieron, como oposiciones, obstáculos o dificultades por superar. Por último, porque la pedagogía didáctica sobre la que están construidos estos óleos responde a la exaltación de un héroe y, como la heroicidad de San Martín se construye en su victoria, esta no podía aludirse más que por medio de su idealización, siguiendo cierto simbolismo y representación figurativa.

Hacia la derecha del óleo aparece, como ya dijimos, representado San Martín con estos sentidos: sobre un caballo blanco, casi de espaldas al espectador, dejando ver su perfil izquierdo. Se destacan su pronunciada patilla, el falucho o sombrero elástico, la parte trasera de

su uniforme, el sable corvo y la bota granadera de su pie izquierdo. Lo acompañan oficiales que integran su Estado Mayor y dos banderas, una de ellas a dos franjas horizontales de color celeste y blanco. San Martín observa el ataque de sus fuerzas: la infantería baja la cuesta y ataca frontalmente al enemigo, mientras que la caballería, lo rebasa por el flanco derecho, en una maniobra envolvente. También se divisan hacia el centro, por debajo del promontorio donde se encuentran San Martín y sus oficiales, piezas de artillería abriendo fuego. En el fondo, se recuestan las últimas estribaciones montañosas y un cielo parcialmente nublado. La geografía está dada por la cordillera de los Andes. Dice Mitre de este paisaje:

La serranía de Chacabuco, sobre la cual estaba calcado el plan, es un cordón transversal de altas montañas, que se desprende de los macizos contiguos de Uspallata y de Tupungato de la gran cordillera en dirección al oeste, y se prolonga hasta la costa del mar, midiendo su cumbre 1.280 metros de elevación. En su promedio está situada la cuesta, que se desenvuelve en suaves planos inclinados por la parte del norte en una extensión de seis kilómetros, siendo más largo y más áspero el descenso por la parte sur.

El de la izquierda, que es el más corto y el más recto, pero más pendiente, conduce a la llamada “Cuesta Vieja” –que era entonces el camino real, y hoy es de herradura–, y que desde aquél día se denominó “Quebrada de los cuyanos”.

El otro, situado más al oeste, conduce a la “Cuesta Nueva Ambos caminos desembocan en el llano opuesto

de Chacabuco con intervalo como de 2.500 metros.

A su pie se extiende la planicie que comienza entre las quebradas del este de Chacabuco, y se prolonga como doce kilómetros hacia el sur en dirección a Santiago hasta el portezuelo del cordón de Colina, que lo limita. Hacia el oriente, se levanta la gran cordillera con sus estupendos nevados entre el Aconcagua y el Tupungato.

Al occidente, negras y agrestes, se prolongan las montañas achatadas que forman la continuación del crestón de Chacabuco hasta unirse con la cordillera marítima.<sup>10</sup>

Entre la descripción geográfica que hace Mitre de la cuesta de Chacabuco y la representación plástica de Subercaseaux hay notables diferencias. En principio, en el óleo, no hay bosquillos de quillay ni grupos de laureles. El cielo ocupa toda la parte superior del óleo, pero plásticamente no podemos decir “que es uno de los cielos más bellos del mundo”; no se destaca el cielo respecto del conjunto de la composición como para que su presencia deslumbrase al espectador hasta crear la sensación de una belleza magna e incomparable. Podríamos decir, incluso, que es el cielo común a un paisaje sin mayores pretensiones estéticas. Por otra parte, el paisaje está subsumido en el acontecer bélico. San Martín y su Estado Mayor, en un primer plano, a la derecha del óleo, dominan el conjunto de la escena y, por consiguiente, el paisaje. Este no envuelve la acción, sino que esta impone su presencia.

Se trata de un óleo bélico, de la pintura de una batalla. El arte pictórico inmortaliza en la tela la batalla de Chacabuco, la primera de las libradas por San Martín para la liberación del

país trasandino. La batalla se libró en febrero de 1817. No habían aún concluido de atravesar los Andes el conjunto del ejército sanmartiniano cuando ya se estaba librando el primer combate.

Asimismo, la batalla de Maipú en abril de 1818 resolvió la lucha por la independencia de Chile. Bartolomé Mitre evalúa su importancia en los siguientes términos:

Esta victoria, la más reñida de la guerra de la independencia sudamericana, fue comprada por los independientes a costa de más de 1.000 hombres entre muertos y heridos, pagando el mayor tributo los libertos negros de Cuyo, de los cuales quedó más de la mitad en el campo. Más que por sus trofeos, Maipú fue la primer gran batalla americana, histórica y científicamente considerada [...] Por su importancia trascendental, sólo pueden equipararse a la batalla de Maipú la de Boyacá, que fue su consecuencia inmediata, y la de Ayacucho, que fue su consecuencia ulterior y final; pero sin Maipú, no habrían tenido lugar Boyacá ni Ayacucho [...] Maipú fue la precursora de todas las ventajas sucesivas.<sup>11</sup>

O'Higgins, que había sido herido en Cancha Rayada, no participó en la batalla de Maipú, que se libró en las afueras de Santiago de Chile. Al no tener noticias de lo que acontecía en el campo de batalla, resolvió presentarse allí mismo. Cuando llegó, la contienda había concluido con el triunfo de San Martín. Este último informó al Supremo Gobierno:

Sé que ofendo la moderación del valiente Exmo. Sr. Supremo Director de

este Estado D. Bernardo O'Higgins: pero debo manifestar a V. E. que hallánadose gravemente herido, montó a caballo, y llegó al campo de batalla a su conclusión, teniendo el sentimiento que de estas resultas se ha agravado de su herida.<sup>12</sup>

Posteriormente, Mitre refiere:

En ese instante oyéronse grandes aclamaciones en el campo. Era O'Higgins que llegaba. El director, al saber que la batalla iba a empeñarse, devorado por la fiebre causada por su herida, monta a caballo, y al frente de una parte de la guarnición de Santiago se dirige al teatro de la acción. Al llegar a los suburbios, oye el primer cañonazo y apresura su marcha. En el camino, un mensajero le da la noticia de que el ala izquierda patriota ha sido derrotada, y sigue adelante sin vacilar, pero al llegar a la loma, tuvo la evidencia del triunfo.

Adelantóse a gran galope con su estado mayor, y encuentra a San Martín a inmediaciones de la puntilla sudoeste del triángulo, en momentos en que disponía el último ataque sobre la posición de Espejo: le echa al cuello desde su caballo su brazo izquierdo, y exclama: "¡Gloria al Salvador de Chile!". El general vencedor, señalando las vendas ensangrentadas del brazo derecho del director, prorrumpe: "General: Chile no olvidará jamás su sacrificio presentándose en el campo de batalla con su gloriosa herida abierta. Y reunidos ambos, adelantáronse para completar la victoria.

Eran las cinco de la tarde, y el sol declinaba en el horizonte”.<sup>13</sup>

En palabras de Ricardo Rojas: “Aquella escena ha sido fijada en el lienzo por el artista Subercaseaux, como otros han pintado a San Martín en la hora de otras grandes batallas, y en encuentros como el de Guayaquil, igualmente gloriosos en su vida”.<sup>14</sup>

Así como la historia de Bartolomé Mitre es la base documental del óleo de Subercaseaux, la pintura del artista chileno *El abrazo de Maipú* refuerza en el imaginario social el abrazo de ambos libertadores, tal como queda de manifiesto en el libro de González Arrili: “Al llegar a encontrarse con San Martín, [O’Higgins] aproxima su caballo, echa el brazo izquierdo por encima del hombro del general y exclama: “¡Gloria al vencedor de Chile!”.<sup>15</sup>

En la representación, hacia el centro del óleo, San Martín y O’Higgins están a punto de abrazarse. Mientras el chileno extiende su brazo izquierdo hacia el Libertador, este alza el suyo sosteniendo con su mano el sombrero elástico o falucho. El abrazo es el centro de una composición en la que se destacan, hacia el lado derecho, los oficiales del Estado Mayor, aclamando la victoria: levantan sus sables y fusiles y lanzan gritos de júbilo. En el extremo inferior derecho, mientras un tambor aclama el abrazo, un soldado herido, con un vendaje en la frente, sentado en el suelo, junto a un fusil y un cañón, testimonia lo cruento de la batalla. Por otro lado, hacia la izquierda del óleo, mientras en el fondo se observan disparos de cañón, un grupo de oficiales –seguramente, chilenos– avanzan detrás de O’Higgins, hacia el centro de la escena. Hacia ellos se dirige una columna de soldados de infantería, marcando el paso, también con vítores de triunfo. Entre los infantes la mayoría son negros y al sacrifi-

cio heroico de estos se debió en gran parte el triunfo de Maipú.

Las tropas se componían mayormente desde los sectores populares: campesinos trabajadores pobres de la campaña, plebe urbana, migrantes internos y regionales, negros, pardos, indios y mestizos.<sup>16</sup>

Estas experiencias de la guerra de la independencia fueron vividas por una parte significativa de la población nuevas condiciones materiales y nuevos parámetros culturales vividas con intensidad la duración introduciendo modificaciones de efectos en la sociabilidad, estructuras sociales y mentales.

El tema del abrazo de Maipú fue largamente trabajado por el artista chileno, quien recuerda que, mientras estudiaba en Europa,

todos los sábados corregía uno de los profesores los bocetos que se presentaban sobre algún tema indicado de antemano. Podían también presentarse bosquejos sobre cualquier otro tema, por lo que habiendo hecho yo un apunte al óleo que representaba el abrazo de O’Higgins y San Martín en Maipú, lo llevé al concurso. Más tarde me sirvió de base para el cuadro que fue premiado en Buenos Aires, en 1910.

De todos modos consideraron mis amigos que la expedición había sido un éxito, pues el gobierno argentino, además de las dos telas ya nombradas, me adquirió “El abrazo de Maipo” y varios cuadros más de menor tamaño para diversos museos.

A O’Higgins y a San Martín me parecía conocerlos personalmente y veía

las hazañas de ambos como si actuaran ante mis ojos. La austera tumba del Libertador, con sus Granaderos de perpetuos centinelas en la Catedral de Buenos Aires, me causaba una impresión que no se ha borrado a pesar de los cambios políticos que, más tarde, pudieron alterar mis opiniones de chileno patriota y democrático.<sup>17</sup>

Era Subercaseaux un pintor que tenía un particular sentido para percibir el pasado histórico. Lo sentía como si este fuese su verdadero contemporáneo. Por eso, sobre esta cuestión, dice Parpagnoli:

¿Y quién prefiere volver a imaginar cómo había sido el abrazo de Maipú, cuando el general O'Higgins se dirigió a gran galope hacia donde estaba el general San Martín y, echándole al cuello su brazo izquierdo, exclamó “¡Gloria al salvador de Chile!?”. Para documentar esta escena, podría ensayarse un pincel realista, pero si fuera fiel a la consigna del realismo que hace gala de admitir en una pintura lo bello y lo feo, lo elegante y lo deforme, lo brillante y lo turbio, no habría obtenido un abrazo tan indiscutiblemente histórico.<sup>18</sup>

En la composición del cuadro, se observan claramente la bandera del ejército de los Andes y la bandera chilena. Más atrás, también flameando, una bandera de color rojo oscuro. Esto se corresponde con Mitre cuando dice que “la enseña del cuartel general sería una bandera tricolor, y cuando se levantasen tres banderas, la tricolor de Chile, la bicolor argentina y una encarnada, gritaban todas las tropas: ‘¡Viva la Patria!’ y enseguida cada cuerpo cargara al arma blanca al enemigo que tuviese al frente”<sup>19</sup>.

Por oposición, y caída hacia el suelo, mientras la sostiene un soldado, podemos observar una bandera española, trofeo de guerra. Mitre señala que, en Maipú, fueron tomadas cuatro banderas de los realistas. El uniforme de San Martín está basado en el retrato que José Gil de Castro le pintara en Chile poco después de la batalla de Chacabuco en 1817. Tal como lo señala Bonifacio del Carril, viste uniforme de granadero en el grado de coronel mayor llevando la banda de general. Debemos señalar que el grado de San Martín al momento de la batalla de Maipú era el de general de brigada.

*El abrazo de Maipú*, por su técnica académica y neoclásica, no es una pintura que se inserte funcionalmente en las corrientes pictóricas internacionales de la época. En efecto, las dos obras comentadas hasta el momento fueron pintadas sincrónicamente con el desarrollo en París del cubismo; por lo tanto, la pintura de Subercaseaux no es contemporánea de su tiempo. En una época en la que el impresionismo, el cubismo, el dadaísmo transformaban los criterios estéticos, la obra del artista chileno se mantiene dentro de los cánones de la pintura neoclásica y académica, aplicando en la composición y en el uso del color ciertos rasgos propios de los “manchistas” que, en Italia, habían introducido en las producciones académicas elementos del impresionismo. Consistían estos en libres pinceladas que le asignaban al color una mayor preponderancia y un ritmo plástico en la construcción y composición de la imagen. Estas formas estéticas permitieron recrear pictóricamente los acontecimientos fundadores de la nacionalidad chilena y argentina y así evocar nuestro pasado:

Las bellas artes, la escultura y la pintura, o mejor dicho, sus grandes intérpretes, tratando episodios dignos

de recordación, han personificado en el bronce, en el mármol y en el cuadro los hechos inmortales de la historia. Parece que los sucesos que dieron relieve a las grandes personificaciones de la humanidad, a los genios que han brillado en una época, inspirasen, sugestionasen, a otros genios, animaran el cincel, o los pinceles de los grandes maestros, para inmortalizar en el arte plástico y en el lienzo, el momento en que el personaje actúa en todo el brillo de su gloria o en el que realiza el hecho memorable al que da vida y cimenta la fama.<sup>20</sup>

La mirada artística hacia el pasado para evocar e inmortalizarlo forma parte de las tradiciones de todos los pueblos de occidente. Entre nosotros, San Martín tuvo en Blanes, Subercaseaux, Bouchet, Villanueva, Boneo a artistas capaces de representarlo en el lienzo. La historia sanmartiniana, desde el combate de San Lorenzo hasta la entrevista de Guayaquil, están noblemente evocados en nuestras pinturas. Es la epopeya del nacimiento de la nueva nación lo que narran estas obras.

En este sentido, *El abrazo de Maipú* de Subercaseaux ocupa un lugar importante en la iconografía sanmartiniana porque nos transporta a una batalla decisiva para la emancipación sudamericana. Sin embargo, no fue solo Subercaseaux el que evocó este acontecimiento histórico. Antes que él, en 1903, José Bouchet pintó *El Abrazo entre San Martín y O'Higgins*.

Posiblemente el tema del abrazo de Maipú tuviese una significación particular otorgada por los pactos de Mayo de 1902 sobre cuestiones limítrofes entre la Argentina y Chile.

La representación pictórica del abrazo de Maipú afirmaríala hermandad de dos pueblos en el presente apelando a un pasado histórico encarnado en la figura de los héroes nacionales.<sup>21</sup>

Así como Mitre, por medio de la historiografía, evocó a San Martín y la emancipación, los pintores y escultores se valieron del lienzo y del mármol o bronce para inmortalizarlo. La figura del Libertador se destaca radiante y admirable. Para el militar, hay estudio crítico de la estrategia; para el historiador, narración sobria y elevada; para el artista, descripciones acabadas transportadas al lienzo; y, para la generalidad, instructiva y placentera lectura.

Ricardo Jacob se vale del óleo de Subercaseaux para insertarse en la polémica relacionada con los colores y la forma de la primera bandera nacional. En efecto, en el óleo, aparece representada la bandera del Ejército de los Andes. Al ser una de las primeras banderas nacionales, se utiliza como testimonio para dilucidar las cuestiones atinentes a la enseña patria:

Si observamos con atención el cuadro conocido como *El abrazo de Maipú*, puede verse la distribución vertical de las franjas y la posición horizontal del emblema [escudo]. Lo ideal sería que las franjas fuesen horizontales y el escudo vertical, pero nuevamente se imponen las dificultades que acarrear la insuficiencia de la tela: las medidas de la bandera que actualmente se conserva en la Casa de Gobierno de Mendoza son de 1,45 m de alto por 1,22 m de ancho [...] por lo tanto sería poco estético que el alto fuera mayor que el ancho, en el caso de que las franjas fuesen horizontales.<sup>22</sup>

Consideramos que, siendo este óleo un testimonio casi del Centenario y no de la batalla de Maipú, no podemos valernos de él para sostener la forma de la bandera del Ejército de los Andes. Sabido es que esta bandera tuvo numerosas peripecias y que fue objeto de una restauración porque, al hallársela, estaba muy deteriorada. Bien pudo Subercaseaux basarse en la bandera restaurada para luego pintarla en el óleo. Miguel Ángel Scenna sostiene que cuando se restauró la bandera se cambió la disposición de las franjas horizontales a verticales. Y, entre otros testimonios, basa su argumentación en una representación iconográfica de la batalla de Maipú.

Hay una prueba muy clara de ello [es decir, de la composición horizontal de las franjas] Es un cuadro de la batalla de Maipú, pintado en Londres en 1819, bajo la supervisión de José Antonio Álvarez Condarco, donde aparece la bandera de Los Andes con las características dichas: pabellón rectangular, de dos franjas horizontales, con un escudo vertical colocado cerca del asta. Esta es la distribución lógica de la bandera y coincide exactamente con otro cuadro, un retrato de Belgrano pintado al natural por Carbonier, también en Londres en 1815.<sup>23</sup>

En cuanto al fondo del cuadro, en el que se observan disparos de cañones, esto puede corresponder a diversos momentos de la batalla de Maipú. San Martín, en el parte de batalla, se refería en dos oportunidades a la artillería:

Una batería de 8 piezas de Chile mandada por el comandante Blanco Cicerón se situó en la puntilla D y otra de

4 por el comandante Plaza en E desde donde principiaron a jugar con suceso y a cañonear la posición enemiga [...] El comandante Borgoño había remontado ya la loma con ocho piezas de la artillería de Chile, que mandaba, y que destiné a nuestra izquierda con el objeto de enfilar la línea enemiga: él supo aprovechar este momento, e hizo un fuego de metralla tan rápido sobre sus enemigos que consiguió desordenar su caballería.<sup>24</sup>

Mitre señala que el primer cuerpo del ejército estaba formado, aparte de la infantería y caballería, por la

artillería chilena, compuesta de 8 piezas de campaña, a cargo del mayor Blanco Encalada. El segundo cuerpo lo componían [también dejando a un lado la infantería y caballería] 9 piezas ligeras de artillería a cargo del mayor Borgoño. La reserva contaba [con piezas] servidas por los artilleros argentinos que habían perdido su artillería en Cancha Rayada.<sup>25</sup>

Uno de los momentos indicados por San Martín en el parte de batalla es el evocado por Pedro Subercaseaux. En cuanto al uniforme de la infantería, con casaca, pantalón y morrión azules, solo parcialmente se corresponde con el uniforme del Regimiento N.º 7 que

se uniformó de casacas azules sin solapas, con cuellos y vivos granas, faldones con vueltas blancas y sardinetas en el cuello. Pantalones azules y blancos, gorras de suela con cordones y penachos blancos los fusileros, verdes

con penachos verdes y granas los cazadores, y encarnados con mangas del mismo color los granaderos.

Pensamos que se corresponden más con el uniforme que originalmente había pensado San Martín para los granaderos “de ‘fraque’ –es decir casaca, forro, pantalón, capote, maletas, chaqueta y gorra de cuartel, azules...”.<sup>26</sup>

*El abrazo de Maipú* se inserta dentro de una vasta iconografía que tiene como tema esa batalla y dentro de la cual se destacan las litografías de Théodore Géricault, contemporáneas del acontecimiento y el óleo de Fernández Villanueva de fines del siglo XIX. La obra de Subercaseaux, pintado en Chile en 1908, ingresó al Museo Histórico Nacional el 28 de agosto de ese mismo año, donada por el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

En la iconografía de esta batalla, se distinguen claramente los siguientes momentos para las condiciones de producción: En primer lugar, la sincronía de los acontecimientos como el caso de la litografía de Théodore Géricault y el grabado coloreado, publicado por T. E. Brown. Estas obras pioneras se convirtieron en la base de inspiración para los famosos grabados litográficos de Géricault, un reconocido artista de la pintura francesa, figura del romanticismo. Este había trabajado en la figura de los generales San Martín y Belgrano y había hecho de ambos retratos ecuestres de 52 x 42 cm, impresos en papel. Se trata de dos litografías, sistema que revolucionó las artes gráficas. Resulta interesante destacar que este pintor trabajó sobre la base de descripciones verbales, recibidas fundamentalmente del militar francés Ambrosio Crámer, quien actuó en el Ejército del Alto Perú, donde fue ayudante de Belgrano.

En segundo lugar, dos óleos destacados durante la segunda mitad del siglo XIX: el de

Mauricio Rugendas, de la Biblioteca Nacional de Chile y el de Julio Fernández, del Museo Histórico Nacional). Importante y muy variada es la iconografía de la guerra que se conserva en los museos, iniciada por el movimiento integrado de jóvenes artistas argentinos, influenciados por la pintura italiana, entre ellos, Ballerini, Fernández Villanueva, Boneo, Giudici.

En tercer lugar, la representación épico-evocativa del Centenario en el óleo de Subercaseaux *El abrazo de Maipú* y en el boceto de José Bouchet *El abrazo de San Martín y O'Higgins*, con el fundamento de los textos de Bartolomé Mitre, realizada la primera a principios del siglo XX en el contexto de la proyección de los Pactos de Mayo y con el restablecimiento de la armonía en las relaciones argentino-chilenas. Completan este grupo las producciones *Tarde de Maipú* (1908), de Copini y *Batalla de Maipú* (1903) de Gerompini.

### Temporalidades complementarias

El itinerario de las representaciones de San Martín y su trayectoria configuró un ámbito memorial que contribuyó a generar una conciencia histórica firme. Estas representaciones polisémicas se elaboraron y luego se gestionaron con el fin memorial explícito y la función política de consolidar su consagración en el panteón cívico de los hombres ilustres de la sociedad argentina, modelos a imitar en la construcción de la nación. Hemos abordado en los análisis anteriores tres ejemplos de “pinturas de historia” y, al respecto, recordamos que:

los protagonistas de la pintura de historia están dotados, por lo general, de un valor excepcional que los

determina a ejecutar acciones singulares. Rara vez el género se “vulgariza” en la presentación de un quehacer cotidiano y común a todos los seres humanos y cuando lo hace se trata de personajes relevantes del pasado cuya “humanización” no es más que otra forma de engrandecerlos. Se puede hablar, por tanto, de una pintura de héroes, anónimos o individualizados.<sup>27</sup>

El recorrido por los óleos evocativos de la gesta sanmartiniana nos permite afirmar que las pinturas de batallas se constituyen en la expresión icónica por excelencia de la guerra emancipadora que se desarrolló entre 1810 y 1824, una guerra que cuenta con numerosos referentes a través de la historia del arte.

Expresión todos ellos, para decirlo con palabras de Nascimbene, de la siguiente matriz cultural: “San Martín es el genio de la guerra que vence gracias a su espíritu metódico, organizado, que no desperdicia energías y sigue fielmente un plan establecido”<sup>28</sup>. Es el héroe de la época magna y, como tal, forma parte de un conjunto de valores formulados para cohesionar la sociedad. Es el arquetipo de la nacionalidad. Y las pinturas que hemos analizado son los íconos que acompañan a la persona del héroe dentro de la conciencia social de la comunidad nacional. En suma, son un importantísimo apoyo sensible para estimular las identidades nacionales.

Con motivo de la conmemoración del Bicentenario del Cruce de los Andes, Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886), en la primera biografía integral de San Martín de 1863 escribe: “La historia ha celebrado el paso de los Andes en 1817 como la más famosa proeza del general San Martín, por-

que la imaginación del hombre se place en todo aquello que presenta el espectáculo de lo grande a los sentidos”.<sup>29</sup>

El Museo Provincial de Bellas Artes de San Juan Franklin Rawson realizó una excepcional exhibición de una amplia selección de patrimonios sanmartinianos con renovados abordajes para la iconografía sanmartiniana. Las condiciones de la producción del conjunto habilita a aplicar el concepto de “colección museográfica”, al disponerlo en el campo de la comunidad de objetos-monumentos que permanecen en el espacio inmemorial museístico, fuentes para el estudio de las ideas, los mitos y las estrategias de un determinado momento histórico para determinar los valores colectivos predominantes de la sociedad que los instituyó.

La disposición de estos cuadros en los recintos museográficos los instala en la intersección de dos temporalidades complementarias: una, producto de la recepción en el presente, y la otra, representación imaginable del pasado celebrado y representado, de protagonistas y acontecimientos de una tradición seleccionada para el porvenir.

Con objetivos semejantes, al implementar los amplios programas de historicismo nacionalista, el ámbito escolar modificó la difusión de la cultura visual. Es allí donde la publicidad entrecruzó la divulgación de las figuras históricas con la dinámica del consumo, las que podían ser decodificadas debido al éxito de los programas educativos.

En los decenios siguientes, con el propósito de difundir las representaciones de esta genealogía de la República, sus héroes y protagonistas, se elaborarán una multiplicidad de producciones culturales, definidas a partir una iconografía modélica que nos conmueve e identifica. 

## NOTAS

1. RODRÍGUEZ AGUILAR, María Inés y RUFFO, Miguel José (s/f): “Gestión patrimonial del Estado y la construcción de identidades: El caso de la producción de Pedro Subercaseaux en el Museo Histórico Nacional”, en RAMÍREZ LOSADA, Dení (coord.); *Espacio público, patrimonio e identidad(es) en América Latina*, Puebla: Universidad Autónoma de Puebla, pp. 273-274.
2. NASCIBENE, Mario (2002): *San Martín en el Olimpo nacional. Nacimiento y apogeo de los mitos argentinos*, Buenos Aires: Biblos, p. 46.
3. RODRÍGUEZ AGUILAR, María Inés y RUFFO, Miguel José (s/f): *op. cit.*, pp. 273-274.
4. GONZÁLEZ ARRILI, Bernardo (1967): “Una figura de excepción: Julio Fernández Villanueva (1858-1890), pintor de historia militar”, en “*La Prensa*”, Buenos Aires: 11 de junio.
5. MITRE, Bartolomé (1977a): *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana (tomo I)*, Buenos Aires: Eudeba, p. 111.
6. GONZÁLEZ ARRILI, Bernardo (1967): *op. cit.*
7. *Ibidem.*
8. MIRZOEFF, Nicholas (2003): *Una Introducción a la Cultura Visual*, Barcelona: Paidós, p. 92.
9. MITRE, Bartolomé (1977a): *op. cit.*, pp. 371-376.
10. MITRE, Bartolomé (1977b): *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana (tomo II)*, Buenos Aires: Eudeba, p. 80.
11. MITRE, Bartolomé (1977b): *op. cit.*
12. DE SAN MARTÍN, José (1818): “Detalle de la Jornada de Maipú”, en *La Gazeta de Buenos Aires*, Buenos Aires: 22 de abril.
13. MITRE, Bartolomé (1977b): *op. cit.*, p. 78.
14. ROJAS, Ricardo (1933): *El Santo de la Espada*, Buenos Aires: Anaconda, pp. 219-220.
15. GONZÁLEZ ARRILI, Bernardo (1945): *San Martín*, Buenos Aires: Sociedad Impresora Americana, p. 71.
16. RAVINOVICH, Alejandro (2018): *Ser soldado en las guerras de Independencia*, Buenos Aires: Sudamericana, p. 27.
17. SUBERCASEAUX, Pedro (1962): *Memorias. Santiago de Chile, 1962*, Santiago de Chile: Pacífico, p. 153.
18. PAPPAGNOLI, Hugo (1960): “Pedro Subercaseaux, pintor chileno de la gesta emancipadora”, en *La Prensa*, Buenos Aires: sección III, 22 de mayo.
19. *Ibidem.*
20. AMIGO, Roberto (s/f): “Un contrato del pintor José Bouchet”, en *Boletín del Instituto de Teoría e Historia del Arte Julio Payro*, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras (UBA), p. 115.
21. JACOB, Ricardo (1992): “Los colores nacionales”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires: número 300, junio-julio, p. 30.
22. SCENNA, Miguel Ángel (1988): “La bandera blanca y celeste”, en LUNA, Félix (dir.): *500 Años de Historia Argentina*, Buenos Aires: Siete Días, p. 50.
23. DE SAN MARTÍN, José (1818): *op. cit.*
24. MITRE, Bartolomé (1977b): *op. cit.*, p. 74.
25. *Ibidem.*
26. LUQUI LAGLEYZE, Julio Mario (1995): *Los cuerpos militares en la historia argentina. Organización y uniformes (1550-1950)*, Buenos Aires: Instituto Nacional Sanmartiniano-Comisión Argentina de Historia Militar, p. 205.
27. REYERO, Carlos (1989): *La pintura de historia en España. Esplendor de un género en el siglo XIX*, Madrid: Cátedra, pp. 150-151.
28. NASCIBENE, Mario (2002): *op.cit.*, p. 274.
29. VICUÑA MACKENNA, Benjamín (2000): *Vida de San Martín*, Buenos Aires: Nueva Mayoría Editorial, p. 53.

## BIBLIOGRAFÍA

AMIGO, Roberto (s/f): “Un contrato del pintor José Bouchet”, en *Boletín del Instituto de Teoría e Historia del Arte Julio Payro*, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras (uba)

CUENCA, Nepomuceno (1943): “Julio Fernández Villanueva, pintor de batallas”, en *El Hogar*, Buenos Aires: 20 de agosto.

DE SAN MARTÍN, José (1818): “Detalle de la Jornada de Maipú”, en *La Gazeta de Buenos Aires*, Buenos Aires: 22 de abril.

GONZÁLEZ ARRILI, Bernardo (1945): *San Martín*, Buenos Aires: Sociedad Impresora Americana.

GONZÁLEZ ARRILI, Bernardo (1967): “Una figura de excepción: Julio Fernández Villanueva (1858-1890), pintor de historia militar”, en “*La Prensa*”, Buenos Aires: 11 de junio.

JACOB, Ricardo (1992): “Los colores nacionales”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires: número 300, junio-julio.

LUQUI LAGLEYZE, Julio Mario (1995): *Los cuerpos militares en la historia argentina. Organización y uniformes (1550-1950)*, Buenos Aires: Instituto Nacional Sanmartiniano-Comisión Argentina de Historia Militar

MIRZOEFF, Nicholas (2003): *Una Introducción a la Cultura Visual*, Barcelona: Paidós, p. 92.

MITRE, Bartolomé (1977a): *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana (tomo I)*, Buenos Aires: Eudeba.

MITRE, Bartolomé (1977b): *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana (tomo II)*, Buenos Aires: Eudeba.

NASCIMBENE, Mario (2002): *San Martín en el Olimpo nacional. Nacimiento y apogeo de los mitos argentinos*, Buenos Aires: Biblos.

PARPAGNOLI, Hugo (1960): “Pedro Subercaseaux, pintor chileno de la gesta emancipadora”, en *La Prensa*, Buenos Aires: sección III, 22 de mayo.

RAVINOVICH, Alejandro (2018): *Ser soldado en las guerras de Independencia*, Buenos Aires: Sudamericana.

REYERO, Carlos (1989): *La pintura de historia en España. Esplendor de un género en el siglo XIX*, Madrid: Cátedra.

RODRÍGUEZ AGUILAR, María Inés y RUFFO, Miguel José (s/f): “Gestión patrimonial del Estado y la construcción de identidades: El caso de la producción de Pedro Subercaseaux en el Museo Histórico Nacional”, en RAMÍREZ LOSADA, Dení (coord.); *Espacio público, patrimonio e identidad(es) en América Latina*, Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.

ROJAS, Ricardo (1933): *El Santo de la Espada*, Buenos Aires: Anaconda.

SCENNA, Miguel Ángel (1988): “La bandera blanca y celeste”, en LUNA, Félix (dir.): *500 Años de Historia Argentina*, Buenos Aires: Siete Días.

SUBERCASEAUX, Pedro (1962): *Memorias. Santiago de Chile, 1962*, Santiago de Chile: Pacífico.

VICUÑA MACKENNA, Benjamín (2000): *Vida de San Martín*, Buenos Aires: Nueva Mayoría Editorial.



# Viaje al corazón del AGN

## El ojo fotográfico de Claudio Larrea

por María Jaeschke

Desde 2010, año en el que regresó a Buenos Aires, su ciudad natal, Claudio Larrea la recorre con otros ojos, con una mirada atenta que busca captar el momento justo, el ángulo perfecto. Al retratar espacios, busca dejar su huella, conmové, propone que las imágenes generen sensaciones.

En abril de 2018, en 49 fotografías en blanco y negro, registró la sede central del Archivo General de la Nación ubicada en la avenida Leandro N. Alem 246. Se trata de un edificio histórico que fue creado originalmente como parte del Banco Hipotecario Nacional, fundado en 1886. Entre 1888 y 1894, se construyó la sede de Paseo de Julio (hoy Leandro N. Alem) 232, obra del arquitecto Carlos Altgelt. El espacio les quedó chico y tuvieron que adquirir el lote contiguo hacia el norte. Estas obras comenzaron en 1914 y terminaron en 1920. El diseño del proyecto estuvo a cargo del ingeniero y arquitecto Arturo Prins. Fue construido con dos frentes, uno da a la calle 25 de Mayo y otro a la avenida Alem. Ambas fachadas tienen un estilo clásico. La de 25 de Mayo alude a la arquitectura francesa, de fines del reinado de Luis XV, en los cuales las arcadas y columnas abundan y le brindan majestuosidad al conjunto. Recién en 1950, el Archivo se trasladó aquí.

Antes, desde 1906, se hallaba en Balcarce 167, donde hoy se encuentra la AFIP y la Academia Nacional de la Historia. Es importante señalar que allí, antes de que se ubicara el Archivo, funcionaba el Senado de la Nación; el recinto de sesiones fue convertido en el salón de consulta del Archivo.

El proyecto fotográfico de Claudio Larrea se llama “El amante de Buenos Aires” y es recursivo, ya que sus hallazgos se van adicionando a su colección llamada *República de Waires*, que retrata piezas arquitectónicas, rincones y situaciones cotidianas de Buenos Aires y que, por la luz, las texturas y los encuadres, parecen extraídas del Berlín de la década de 1920, plena República de Weimar. Esta serie de casi cincuenta fotografías se llama “Archivo General de la Nación”. Las imágenes fueron tomadas en interiores y reflejan el silencio encerrado en la institución, producto de la creatividad y el arte de Larrea, quien aprovechó la luz del día para hallar las mejores perspectivas de los rincones del edificio. Además, Larrea tomó algunos planos exteriores, de los panoramas que se obtienen desde los balcones o ventanas del edificio. Desde los pisos más altos se alcanza una privilegiada vista panorámica de Puerto Madero.

Plano de las puertas que conducen al balcón del primer piso.

Todas las fotos que integran este artículo fueron tomadas por Claudio Larrea e integran la serie “Archivo General de la Nación”.



Arriba, la sala Celesia; Abajo, la sala de consulta de la Biblioteca.

En este recorrido de paisajes inanimados, ya que casi no aparecen personas, con los planos bien estudiados, descubre nuevos espacios, tanto vacíos como cargados, todo lo que se guarda detrás de las puertas, el pasado resguardado. Busca resaltar los detalles, lujos y ornamentos que datan del siglo pasado y se encuentran detenidos en el tiempo: la belleza oculta en los materiales como mármoles y maderas. Su registro es una verdadera obra de arte. Logra captar el contraste de las formas, las simetrías, las texturas con los materia-

les: los libros, los muebles, siempre orientado en las dimensiones; en definitiva, los ángulos acertados de una decoración funcional.

Es importante señalar el carácter documental que poseen estas imágenes porque, con un valor artístico predominante, no dejan de constituir un relevamiento de la arquitectura y de la identidad.

Gracias a la generosidad del autor, quien donó este material a nuestro acervo, este quedará disponible para la consulta en el Departamento Documentos Fotográficos.



Un detalle de los libros de la biblioteca de la sala Celesia.



Arriba, la sala de consulta del Departamento Documentos Fotográficos; Abajo, la sala de consulta del Departamento Documentos Escritos.



Dos vistas distintas de un área de trabajo, octavo piso.



Distintas tomas de sectores del edificio histórico, detalles, vistas del interior y del exterior.

## Sobre Claudio Larrea

Nació en Argentina en 1963. Estudió Periodismo e Historia del Arte en Buenos Aires y Técnicas Audiovisuales en Madrid. En 1986, comenzó su carrera profesional como director de Arte en la producción de portadas y artículos para revistas: *Rolling Stone*, *Playboy*, *Cosmopolitan*. En paralelo, desde 1999, se inició como director de Arte en publicidad. A comienzos de 2001, se trasladó a Barcelona (España) y allí fijó su residencia durante nueve años. En ese tiempo, se desempeñó como director de Arte en videoclips y en publicidades. Simultáneamente, realizó viajes fotográficos, concentrándose en los paisajes urbanos y su arquitectura. A principios de 2010, ya de regreso en Buenos Aires, comenzó a realizar un



relevamiento fotográfico de la ciudad. Algunas de sus exhibiciones fueron *República de Waires* (2016), *Lobbies de Buenos Aires* (2014) y *Arquitectura Peronista* (2013), entre otras. ~~~



Vista panorámica desde la terraza del Archivo General de la Nación.



Retrato de José Figueroa Alcorta.  
*Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 29336.*

# Fondo Figueroa Alcorta

## Una pieza clave para la verdad histórica

por Guada Aballe\*

Mediante este artículo se pretende acercar al lector a un Figueroa Alcorta totalmente desconocido aún para el historiador avezado, un Figueroa Alcorta humano, cercano y con características únicas.

Su fondo documental conservado en el Archivo General de la Nación es riquísimo en información personal, sin esta documentación hubiese sido difícil reconstruir los aspectos personales y desconocidos que aquí se plasman, sobre todo uno de sus aspectos más agradables: el interés por ayudar a sus semejantes. Convencido que no solo los “recomendados” podían acceder a él para pedir un socorro, abrió las puertas a todos y trató de solucionar las peticiones que le llegaban a través de cartas y documentos que conservó consigo durante toda su vida.

Asimismo el lector se sorprenderá al conocer la popularidad que gozó este presidente que se vio reflejada en las calles porteñas con motivo de su fallecimiento en 1931.

El Archivo General de la Nación es riquísimo en fondos documentales que guardan preciadas informaciones sobre nuestra Historia y sus protagonistas. Uno de ellos merece particular atención, el Fondo Figueroa Alcorta, el cual contiene documentación personal de quien estuviera a cargo de la primera magistratura entre 1906 y 1910. Figueroa Alcorta no solo atesoró documentación relacionada con su

actividad en la vida política, sino cientos de cartas y papeles de su vida personal que ayudan a reconstruir facetas de su personalidad desconocidas para el público. La información que circula tanto sobre su gobierno como su persona suele ser escasa y poco fiable. Luego de un estudio minucioso de la documentación compartiremos una breve semblanza sobre los aspectos menos conocidos de su personalidad.

\* Es docente e investigadora histórica independiente. Es autora de títulos como: *Algo más sobre Gardel* (Corregidor, 2003), *Niños del Ayer* (Corregidor, 2008), *Figueroa Alcorta. El hombre de los tres poderes* (Olmo Ediciones, 2013). Colaboradora también en *Para vos, Morocho* (Dirección General de Museos) y en *El tango y las instituciones* (UAI Editorial-Teseo, 2016). Asimismo, ha escrito numerosos artículos que pueden encontrarse en medios gráficos o en la web.

### La ayuda al semejante: característica de su personalidad

Una característica constante en Figueroa Alcorta fue su sensibilidad hacia los demás y el intento (desconocido para la mayoría) de hacer lo que estuviera en sus manos para solucionar los conflictos que atravesaban las personas y llegaban a su conocimiento. Estaba convencido de que no solo los recomendados podían llegar hasta él y obtener lo que deseaban. Supo encontrar el camino que va directamente “a los corazones de los humildes, de los honrados y de los buenos”.<sup>1</sup> Es decir, Figueroa Alcorta no solo escuchó a los “recomendados” (solicitudes de familiares, amigos o conocidos que intercedían por tal o cual) sino a la gente del pueblo, desconocidos, que pedían ayuda aproximándose a su persona o a través de una simple carta.

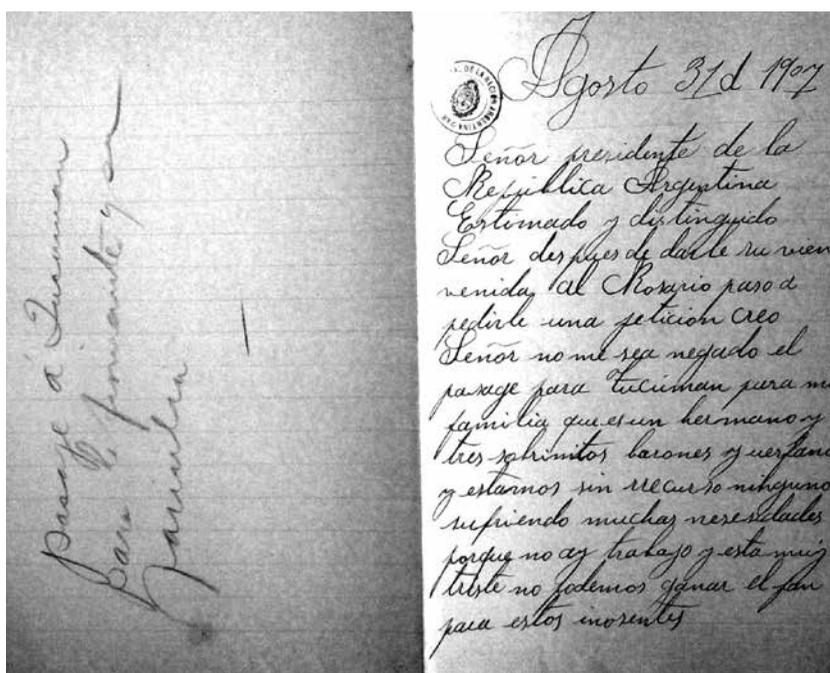
En el Fondo Figueroa Alcorta se conservan cartas de personas de humilde condición con indicaciones de puño y letra del presidente o de sus colaboradores<sup>2</sup> orientando lo que había

que hacer. Y sorprende saber que más de una vez se hacían seguimiento de los casos.

¿Una mujer había escrito desesperada porque había perdido una hija, tenía otras dos hijas enfermas y el hijo no tenía empleo? Llamar a ese joven al despacho, indicaba el presidente. ¿Había una viuda con una criatura de dos años sin recursos y con dos hermanitos menores a cargo? Llamar al hermano mayor de la señora para ver qué puede desempeñar, era la orden presidencial.

¿Ese empleado que con su sueldo no podía mantener a su familia? Preguntarle qué clase de empleo desea, decía Figueroa Alcorta.

Fue así que personas humildes consiguieron trabajo, accedieron a un estudio, tuvieron un pasaje para viajar, o se le entregaron libros gratuitos a quien no podía pagarlos. El presidente llegó a mandar dinero a un preso que le envió un mate labrado y no contaba con otros recursos que los que le proporcionaba



Carta de Amelia Oleas, uno de los tantos pedidos que recibía el presidente. A la izquierda, su respuesta. Departamento Documentos Escritos. Fondo Figueroa Alcorta. Sala VII, Legajos 3497-3553.

su trabajo. Todos los casos tienen nombre y apellido. Aquella joven, Rosa Martínez, quien le pidió poder ingresar a la escuela normal y luego le escribió nuevamente para agradecerle la ayuda. Un tal Agustín Peralta había rogado un empleo y una noche recibió una tarjetita para presentarse en la Prefectura General de Puertos. Conocemos los detalles porque Peralta tuvo el buen gusto de escribir al presidente una carta de agradecimiento, donde relata que lloró deseando que el Cielo colmara de bendiciones a Figueroa Alcorta. Se sabe que en una ocasión un joven humilde se acercó al coche presidencial para pedir un trabajo y a los pocos días el muchacho estaba en el despacho presidencial entrevistándose con Figueroa Alcorta. Con los años el joven muchacho, ya todo un hombre y abogado, visitó a Figueroa Alcorta en la Corte Suprema para agradecerle lo que había hecho por él.

Un artículo aparte sería necesario para detallar todos los niños que apadrinó (recordemos que fue él quien inició la tradición del padrinazgo presidencial en nuestro país).

Figueroa Alcorta se molestaba cuando una persona no era atendida correctamente, tal fue el caso ocurrido con la señora Gerónima de Mármol. Esta mujer le escribió a Figueroa Alcorta para referirle el destrato que su esposo habría sufrido a manos de uno de los edecanes presidenciales en ocasión de arreglar detalles para el bautismo del hijo que sería ahijado del presidente. Alguien le dijo al marido que mejor buscaran una persona que les diera algo y si querían podían anular el bautismo. El primer magistrado se fastidió y quedaron pruebas de esa ofuscación en la carta recibida, con subrayados y la indicación que no había que hacer esas proposiciones.

A propósito de bautismos, el 28 de junio de 1908 tuvo lugar en San Martín el bautismo

del niño Alberto José Miloni, ahijado del presidente quien fue representado por su prosecretario personal Héctor Gustavo Peña. Peña había acordado encontrarse con el padre de la criatura en la estación Villa Ballester y desde allí dirigirse juntos hasta San Martín. Vale la pena reflexionar sobre este punto: un hombre iba nada menos que a encontrarse personalmente con el prosecretario del presidente de la República en una estación alejada del centro (corría el año 1908) con el propósito de apadrinar Figueroa Alcorta al niño. ¡Qué emoción habrá sentido esta sencilla familia de sentirse tan cerca del presidente y ser tan tenidos en cuenta por él! Héctor Peña era un hombre de confianza de Figueroa Alcorta y a la vez, su sobrino político.<sup>3</sup>

También irritaba la tendencia de Figueroa Alcorta a indultar penados. Por citar un ejemplo, entre los indultados por Figueroa Alcorta se encontraba un muchacho de quince años preso por comer melones ajenos.<sup>4</sup>



Doctor Héctor G. Peña, siendo prosecretario del presidente de la Nación, 1906.  
*Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 102878.*

El presidente recibía cartas de personas necesitadas, pero también fue víctima de engaños (en una ocasión le solicitaron pagar un entierro que resultó inexistente), algo inevitable, pero la mayoría de los pedidos eran auténticos. Asimismo recibió cartas insólitas que conservó en su archivo personal: Emilio Sassenus le pidió ayuda para construir un aeroplano; un primo suyo, Pedro Lavaysse, a toda costa, por medio de cartas, le insistía para que publicara un libro de matemática; un hombre común le escribió para comentarle la conversación de dos individuos en un tranvía; un médico, el Dr. Camilo Clausolles, había hecho un viaje en 1895 y como su libro de firmas quedó sin terminar, quería completar las páginas que faltaban con la firma de hombres conocidos y deseaba que Figueroa firmara en él. En ese caso no accedió por no conocer a Clausolles. Hablando de firmas, el rosarino Alfredo Merello había llegado a juntar varias postales firmadas por Figueroa Alcorta que atesoraba en un álbum. Un amigo suyo vio dicho álbum y quiso tener uno igual, Merello no tuvo mejor idea que enviarle a Figueroa Alcorta veintitrés postales para que las firme. También guardó la misiva del atrevido Alejandro Reynalo: el 21 de mayo de 1910 le escribió para pedirle un billete de 500 a 1000 pesos solo para divertirse.

Al estar toda la documentación en su poder inferimos que las cartas que el pueblo escribía a su presidente eran entregadas a su correcto destino: llegaban a sus manos.

### *Coherencia entre pensamiento y acción*

El accionar de Figueroa Alcorta al brindar estas ayudas era consecuente con su forma de pensar, crítica con ciertas maneras en que se llevaba a cabo la beneficencia social de su época, “la que se ejerce por donativos y legados, se inclina un tanto a la vanificencia (sic), y desatiende

necesidades positivas directamente vinculadas con primordiales intereses, para consagrar sus valiosos recursos antes que a lo fundamental y a lo útil, a lo superfluo y decorativo”.<sup>5</sup> Figueroa Alcorta quería llegar a la necesidad concreta y subsanarla.

Las inclinaciones de Figueroa Alcorta hacia los más vulnerables eran conocidas y el diario *La Argentina* fue más allá, cuando directamente le aconsejó que “no busque más y que sea el *gefe* (sic) de las clases trabajadoras”.<sup>6</sup>

Destaquemos que Figueroa Alcorta también ayudó a la gente no solo de esta manera personalizada sino también a través de instituciones de caridad y no lo hizo solamente durante su período de gobierno, más bien fue una actitud personal que mantuvo durante toda su vida.

Al dejar la presidencia continuó auxiliando a la gente en la medida de sus posibilidades, sirve como ejemplo que estando de vacaciones en Madrid dejó mil pesetas para que se distribuyan entre los pobres del municipio. Al año siguiente, en 1912 (en un viaje oficial) brindó tres mil pesetas al alcalde de Cádiz para los desposeídos y, además, pidió se le diera un informe pormenorizado sobre el destino del dinero. Así sabemos que se ayudó a los asilados de las Hermanitas de los Pobres, comedores de caridad, enfermos del Hospital Mora, comidas para diferentes instituciones, ayuda económica a ciegos, viajes, compra de un aparato ortopédico, socorros a diversas familias; asimismo en ese viaje a Cádiz su hija Clara siguió los pasos de su padre y pidió indultos para diversos presos. Años más tarde la ayuda social que llevó a cabo Clara, cuando estuvo a cargo de la Casa del Canillita, nos recuerda el estilo de su padre.<sup>7</sup>

Siempre tuvo una mano abierta a todos y nunca hizo distinción de personas aunque sentía por los más humildes un afecto especial.



La hija de Figueroa Alcorta, Clara, con un grupo de señoritas vestidas con trajes de época, 1912.  
De izquierda a derecha: de pie: Clara Figueroa Alcorta, María Perreyra y Ernestina Soriano: sentadas: María García de Ramos Mejía, Emma Groussac y Susana Davison.  
*Departamento Documentos Fotográficos. Fondo Caras y Caretas. Inventario 316942.*

## *Desconocimiento de su lado humanitario*

Cabe preguntarse por qué estos hechos son desconocidos. La respuesta es sencilla, Figueroa Alcorta fue combatido, resistido, calumniado y humillado (el triste mote que le adjudicaron de *jettatore* es una de las pruebas de ello). Fue alto el precio que pagó por enfrentarse a Roca y a todo un sistema. Los colaboradores y amigos de Figueroa Alcorta también recibían coletazos de los golpes continuos que recibía el presidente, no deja de ser casual que el Dr. Armando Claros y Héctor Gustavo Peña, leales colaboradores suyos, hayan sido excluidos de las listas de invitaciones a los festejos del Centenario de 1910. Esta omisión en las invitaciones recuerda a otro hecho desagradable ocurrido durante la visita oficial de Figueroa Alcorta a la provincia de Córdoba en 1908: a Cayetano Ganghi, legendario caudillo que apoyó a Pellegrini y a Figueroa Alcorta, le negaron la entrada al banquete en homenaje al presidente en el Teatro Rivera Indarte, hecho inaudito dado que Ganghi era uno de los leales partidarios de Figueroa Alcorta y formaba parte de la comitiva que lo acompañó. Tuvo que intervenir un hermano del presidente, Alejandro, para que Ganghi pusiera asistir al banquete. Aclaremos que la figura de Cayetano Ganghi, ha sido ennegrecida con una leyenda que aún perdura. Volveremos más adelante sobre la figura de Ganghi.

David Peña, incondicional de Figueroa Alcorta, pionero del revisionismo histórico, prolífico cultor de las letras y padre del teatro histórico nacional, hombre que reivindicó a Facundo cuando nadie osaba hacerlo, defensor de la figura de Manuel Dorrego, recibió de Figueroa Alcorta estímulo para sus trabajos y fue David Peña quien interesó

al presidente en la idea de un monumento a Güemes cuya ley se promulgó el 10 de octubre de 1908. ¿Le pasaron factura a Peña por su lealtad al presidente? Miembro de la Comisión del Centenario, a los seis meses de integrarla tuvo ganas de renunciar porque no era tenido en cuenta (luego retiró su renuncia y se quedó). Siempre tuvo en mente un libro sobre la persona y la obra de gobierno de su admirado amigo, que no pudo cristalizarse por la resistencia del propio Figueroa; David Peña le insistió, sin lograr convencerlo por espacio de... ¡veinte años!<sup>8</sup>

Ganghi, a quien ya habíamos mencionado, es otra figura controvertida que pagó cara su lealtad y fidelidad a José Figueroa Alcorta. Flota en la Historia como un acaparador de libretas electorales a comienzos del siglo XX pero esta apreciación es incompleta, una vez más nos encontramos frente a omisiones sobre este caudillo político de la etapa pre-Yrigoyen.<sup>9</sup> Se olvida decir que Ganghi fue leal con sus amigos, un caudillo carismático y con don de gentes, que en tiempos de Pellegrini pagó de su bolsillo las propagandas electorales y gastos del Comité, ardiente defensor de Figueroa Alcorta y su política, esto le valió que los medios opositores se mofaran de él y ayudaran a construir la mala reputación que se le endilgó. Se desconoce que Ganghi era un hombre que diariamente asistía a su Comité donde lo esperaban largas filas de gente necesitada, que los atendía y escuchaba uno por uno y hacía lo posible para solucionarles la situación. Sostenía que no se debía dividir a los argentinos en dos clases: los que tienen derecho a todo y los que no tienen derecho a nada. Atendía a la gente hasta el mediodía y luego se dedicaba



Cayetano Ganghi, 1927.  
*Departamento Documentos Fotográficos. Fondo Caras y Caretas. Inventario 115296.*

a recorrer reparticiones nacionales y provinciales, molestándose si se demoraba la ayuda a un necesitado “¡Pero carache!... Hacémelo firmar hoy mismo. Se trate de un padre de familia. ¿Acaso vos no tenéshijite y mojer, che? ¡Moévase, amigue!”<sup>10</sup>, se le oía decir en su pintoresco cocoliche.

Figueroa Alcorta fue atacado de manera constante, en todos los flancos, en un claro intento de lograr su desgaste político y personal.

El incendio intencional del circo de Frank Brown puede encuadrarse también en estos ataques. Este circo estaba instalado en la calle Florida esquina Córdoba para dar funciones gratuitas a los pobres. Los medios opositores a Figueroa Alcorta bautizaron al circo como “adefesio” y abiertamente clamaron por su destrucción, tanto es así que un grupo de jóvenes exaltados lo prendieron fuego la noche del 4 de mayo de 1910. No faltó el diario que señaló ese ataque como una lección al gobierno actual.<sup>11</sup>

La prensa hostil no le daba tregua y lo sabía. Un centro patriótico estudiantil de Buenos Aires lo contactó para pedirle que les propusiera un tema a desarrollar en un certamen literario e histórico, Figueroa no dudó, *Influencia de la prensa en la política argentina*, fue su elección. Creía que la prensa argentina era el cartel de difamación y de ignominia del país y que se leían los diarios que escandalizaban. Doctorado en humillaciones recibidas por la prensa, sabía muy bien lo que era una campaña de desprestigio, en carne propia sufrió toda clase de insultos y calumnias publicadas en medios gráficos (mentiras que se repitieron a través de los años). No solo insultos, también el ninguneo y el silencio; basta decir que *La Nación* en su edición especial con

motivo del Centenario de unas trescientas páginas no se ven fotos de Figueroa Alcorta y las reseñas de las presidencias culminan con Manuel Quintana.

La lucha contra Roca tuvo su alto precio, Figueroa Alcorta fue la mayor fuerza contra el “gran oligarca” como lo llamaba un medio afín al presidente.<sup>12</sup> En esta lucha recibió apoyo popular como lo muestran las explosiones de alegría del pueblo y las cartas de apoyo que Figueroa recibió en ocasión del decreto de clausura de las sesiones extraordinarias del Congreso en enero de 1908.<sup>13</sup> Tras ese decreto se pudieron ver las caras “azoradas de los partidarios de la oligarquía”.<sup>14</sup> Entre ambos hombres, Roca y Figueroa Alcorta había grandes diferencias: “No podemos creer que algún día llegaran a coincidir el general Roca gran oligarca, y el doctor Figueroa Alcorta, que con tanto tesón ha seguido la campaña contra el viejo régimen”.<sup>15</sup>

No solamente lo humilló la prensa, también tuvo que sufrir menoscabos personales, citemos como ejemplo la silbatina que sufrió en la velada oficial en el Teatro Colón el 9 de julio de 1908 o el frío recibimiento, indiferente y sin aplausos en un acto en la Rural el 15 de septiembre de 1909.

Ante tantos ataques constantes y permanentes no debería llamar la atención que el verdadero Figueroa Alcorta haya quedado en las brumas de la Historia y solo nos quede la caricatura que sus enemigos quisieron hacer creer. Aislado y calumniado por muchos, a esta situación se agregó un autoaislamiento consecuencia del maltrato sufrido durante los años que estuvo en el poder. Esta combinación poco feliz permitió que poca información fidedigna llegue a nuestros días sobre el gobierno de Figueroa Alcorta y la personalidad de tan peculiar presidente.



Busto de José Figueroa Alcorta inaugurado en el 25° aniversario del Liceo Nacional de Señoritas, 1932.  
*Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 36030.*

¿Fue Figueroa Alcorta un presidente popular? Sí, lo fue aunque esta popularidad de Figueroa Alcorta fue minimizada, tergiversada y silenciada en la Historia por las razones ya expuestas. Valga repetirnos para esclarecer al lector la situación: víctima de calumnias, de mezquinas campañas de desprestigio y persecución tanto cuando se hallaba en ejercicio de su presidencia como cuando dejó el poder, (momento en el que se produjo un verdadero ensañamiento con su persona, de proporciones inauditas) la actitud reservada y aislada del propio Figueroa tampoco ayudó a que se conociera la verdad, llamándose a silencio y a vivir lejos de toda exposición periodística. Esto permitió que las deformaciones y mentiras ventiladas a los cuatro vientos fueran tomadas como verdades al no haber quién o quienes rebatieran con contundencia las falsas afirmaciones.

Cuando en Rosario alguien le gritó “Viva el presidente del pueblo”,<sup>16</sup> fue sin duda el grito de muchos. En ese mismo Rosario donde al salir de un banquete en el Teatro Colón prefirió ir a su automóvil acompañado por gente del pueblo presente, en ese Rosario donde al tomar conocimiento que familias pobres se agolpaban frente al palacio Pinasco donde se hospedaba, envió a su edecán Méndez para que entregara dinero. Se les entregó y mucho, se llegó a hablar de cinco mil pesos entregados a los pobres.

Identificado como *antisolemne* (sic)<sup>17</sup> había algo en él que lo llevaba a poner su sello personal en todo lo que emprendía, por eso cuesta tanto encuadrarlo dentro de una línea política. Era conservador, pero muy a su estilo y tenía un estilo propio. Ocurre que ese sello personal, ese estilo, molestó a

muchos. En su fiel diario *Tribuna*<sup>18</sup> llegó a salir una editorial sugiriendo que el Jockey Club, a la cual identifica como “fastuosa asociación”, dedique una parte de sus ingresos a construir casas para obreros, ya que tenía capital suficiente para construir dichas casas en los Mataderos, ofreciendo incluso un presupuesto. Teniendo en cuenta que el diario *Tribuna* reflejaba ciento por ciento el pensamiento de Figueroa Alcorta y que él mismo era autor de sueltos sin firma para dicho periódico,<sup>19</sup> la sugerencia no deja de ser una forma de provocación. Una carta que le enviaron en 1910 (y que Figueroa conservó) su anónimo autor le advierte que debían intervenir el Jockey Club o hacer municipal esa institución acaparada por enemigos que, con millones del pueblo, se transformaban en poderosos y que Beazley (quien en esos momentos estaba al frente del Jockey Club) estaba también al frente de la oposición a Figueroa Alcorta. Aclaremos que no fue la única vez que Figueroa recibió advertencias sobre intrigas que se urdían para perjudicarlo, en una oportunidad un tal Quiroga le escribió para avisarle que se tramaban cosas serias en su contra, pretendían involucrarlo en grandes robos y que la confabulación estaba en el Senado donde Figueroa tenía enemigos a muerte.

Por último en su entierro cuando se apreció de forma cabal el aprecio popular.

El expresidente había fallecido en el Sanatorio Podestá, el 27 de diciembre de 1931, por complicaciones de una apendicectomía que le fuera realizada pocos días antes. Fue velado en la Casa Rosada con honores de presidente en ejercicio, las fotografías y crónicas de la época no dejan lugar a dudas

del dolor popular: una multitud desfiló delante de su féretro en la Capilla Ardiente y lo acompañó al Cementerio del Norte. No fue pasado por alto el detalle que, cuando el ataúd era llevado a la Casa Rosada a la altura de Plaza de Mayo, la gente rompió el cordón policial establecido para impedir el acceso de la misma a la calzada y el pueblo presente rodeó a la carroza para acompañarla con visibles muestras de amor y respeto.

El acceso de la gente a la Capilla Ardiente tuvo que ser permitido y la multitud desfiló sin cesar delante de los restos desde las 11.15 horas de la mañana hasta las 16, momento en que se le trasladó al cemen-

terio. Durante el trayecto desde diversos balcones se arrojaron flores al paso del cortejo, se veían las columnas y faroles de alumbrado público con crespones. La multitud era tan grande en las inmediaciones de Recoleta que no se podía trasladar el ataúd e inútiles habían sido las previsiones de las fuerzas policiales, la gran aglomeración presente incluso demoró los discursos.<sup>20</sup> Antiguos empleados que lo conocían bien de tiempos pasados manifestaron que más que jefe había sido un amigo y rescatamos una frase lo resume todo. Se le escuchó decir a una anciana: “Fue tan bueno con nosotros don Pepe!”.<sup>21</sup>



Los restos de José Figueroa Alcorta son retirados de la Casa de Gobierno y conducidos por los cadetes del Colegio Militar, diciembre de 1931.  
*Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 44931.*

¡Miles de personas en la calle para darle el último adiós a un hombre que había dejado la presidencia veintiún años atrás y de quién la prensa, en los últimos años, publicaba alguna foto o referencia muy de tanto en tanto! Tuvo que haber sembrado mucho para lograr cosechar tanto amor del pueblo.

Rescatar a la luz de la verdad la popularidad de Figueroa Alcorta y su verdadera personalidad es tarea compleja, pero no imposible. La documentación que obra en el Fondo Figueroa Alcorta del Archivo General de la Nación es una base importante para quien se interese en la temática, cimientos de los cuales no podemos prescindir, allí conservados en 57 cajas se encuentra “su mundo”, los papeles personales que no destruyó y que al releerlos se humaniza la figura de este presidente de una manera impresionante, allí está el material para reconstruir su vida, su obra y su pensamiento.

También es importante rescatar los testimonios de aquellos que lo trataron como Ramón Cárcano y que nos legaron un importan-

te acercamiento a su personalidad.

Luego están los medios afines, su fiel diario *Tribuna*, el diario *Sarmiento* (para ambos Figueroa Alcorta escribió sueltos sin firma), recordemos que son pocos los medios gráficos de la época que eran honestos con el presidente. Otros como *La Nación*, *El País* o *El Diario* eran opositores. *El País* y *El Diario* se condujeron con una irrespetuosidad burda e insultante hacia la figura de Figueroa Alcorta. De toda la prensa de la época de su presidencia, el diario más afín a Figueroa Alcorta fue sin duda *Tribuna*, este periódico es de consulta obligada para quien se desee conocer su línea de pensamiento.

Haciendo un profundo trabajo de investigación con sus documentos y cartas personales, los testimonios de quienes lo trataron; y las publicaciones afines a Figueroa Alcorta o al menos, más objetivas, podemos acercarnos al verdadero José Figueroa Alcorta. Es momento en que su auténtico e imponente retrato desplace a la burda caricatura que nos dejaron de él. ~~~



Despedida de Figueroa Alcorta, diciembre de 1931.  
*Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 31642.*

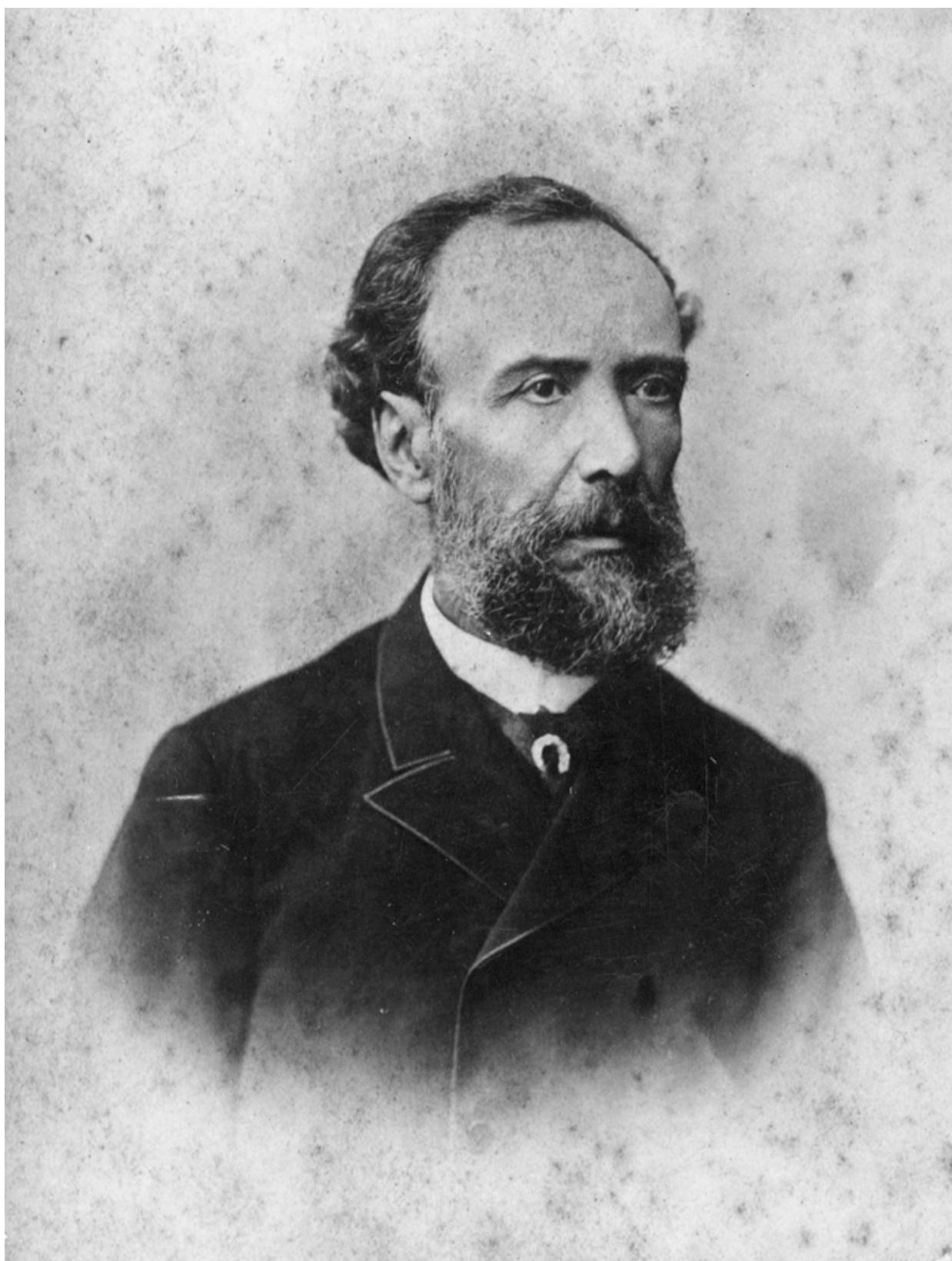
## NOTAS

1. *La Argentina*, 17 de diciembre de 1907.
2. Armando Claros y Héctor Peña se ocupaban de atender peticiones de la gente, a veces respondían las cartas en nombre del presidente.
3. Genealogía disponible en: <https://goo.gl/c9Fjqz>.
4. *Tribuna*, 29 de mayo de 1907.
5. ABALLE, G. (2013): *El hombre de los tres poderes*, Buenos Aires: Olmo Ediciones, p. 313.
6. *La Argentina*, 17 de diciembre de 1907. Nota editorial “La verdadera política”.
7. *Caras y Caretas*, 24 de junio de 1933, N° 1812.
8. ABALLE, G. *op. cit.*, pp. 201-231.
9. ABALLE, G. *Cayetano Ganghi, caudillo de leyenda*. Artículo inédito.
10. *Caras y Caretas*, 8 de abril de 1939.
11. *El Nacional*, 5 de mayo de 1910.
12. *Sarmiento*, 9 de enero de 1908.
13. ABALLE, G. *op. cit.*, pp. 319-324, 483-492.
14. *Sarmiento*, 27 de enero de 1908.
15. *Sarmiento*, 1 de febrero de 1908.
16. *La Argentina*, 31 de agosto de 1907.
17. *El Hogar*, 30 de mayo de 1930.
18. *Tribuna*, 8 de julio de 1910.
19. También escribía sueltos para el diario *Sarmiento*.
20. *La Prensa*, 29 de diciembre de 1931.
21. *La Nación*, 29 de diciembre de 1931.

## FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Archivo General de la Nación, Departamento Documentos Escritos, Fondo Figueroa Alcorta. Sala VII, Legajos 3497-3553.

ABALLE, G. (2013) *Figueroa Alcorta. El nombre de los tres poderes*, Buenos Aires: Olmo Ediciones.



Retrato de Pedro Antonio Pardo, diciembre de 1929.  
*Departamento Documentos Fotográficos. Fondo Caras y Caretas. Inventario 115341.*

## Un médico argentino

### La historia del Dr. Pedro Antonio Pardo

por María Teresa Fuster

En este trabajo recorreremos la labor de un médico argentino que fue docente, pionero e innovador en la Obstetricia durante la segunda mitad del siglo XIX, el doctor Pedro Antonio Pardo. Basándonos en fuentes primarias que se encuentran en el Archivo General de la Nación, ubicadas en un fondo prácticamente desconocido –cuyo nombre es Museo Histórico Sarmiento–, intentaremos rescatar del olvido la memoria y el aporte de este insigne médico, que hizo mucho por la salud de las mujeres argentinas a fines del siglo XIX. La documentación sobre Pedro Antonio Pardo no es mucha, consta apenas de ocho legajos, de los cuales cuatro contienen correspondencia y registros personales y familiares, tres detallan su actividad como médico y el último trata sobre su desempeño, al final de su vida, como embajador de la República Argentina en Viena y en Lisboa.

El avance de la ciencia médica en lo que hoy es la República Argentina tuvo un lento pero firme proceso de evolución. Con la creación del Protomedicato<sup>1</sup> en el Río de la Plata en 1780 podemos ubicar los orígenes de la salud pública en nuestro territorio, pues este organismo tenía la función, entre otras, de examinar la idoneidad de médicos, sangradores, cirujanos y parteras de la ciudad para habilitarlos a ejercer y, a la vez, de regular su actividad. También organizaba la carrera de Medicina, establecía medidas sanitarias en la urbe y asesoraba a las autoridades en casos de epidemias, hecho que era recurrente en la ciudad de Buenos Aires. El primer protomédico fue el doctor Miguel O’Gorman, a quien debemos destacar como

el introductor de la vacuna contra la viruela en 1805, que salvó miles de vidas, y a quien se considera el autor del primer texto sobre Medicina, al escribir un folleto que informaba al público sobre la importancia de prevenir la enfermedad mediante la vacuna.<sup>2</sup>

Por iniciativa de este organismo, en 1799, surgió la primera Escuela de Medicina del Tribunal del Protomedicato, antecedente de la Facultad de Medicina que, en 1810, dio la primera promoción de médicos en la ciudad. En ese tiempo, la ciudad de Buenos Aires contaba solo con dos hospitales: el conocido como Hospital de Hombres, San Martín de Tours o Militar –que databa de 1614–, ubicado en las actuales calles México y Defensa; y el Hospital

de Mujeres, situado en lo que hoy es Bartolomé Mitre y Suipacha. Este segundo hospital abrió sus puertas a mediados del siglo XVIII, dependiente de la Hermandad de la Santa Caridad, una asociación benéfica privada, de carácter laico, fundada en 1726 por un grupo de vecinos porteños. Un siglo después, en 1823, como todas las instituciones dependientes de la Hermandad, el hospital pasó por decisión gubernamental a la órbita del Estado y su administración quedó a cargo de la Sociedad de Beneficencia.<sup>3</sup>

Desde la creación del virreinato del Río de la Plata, la población de la ciudad de Buenos Aires venía en notorio aumento. Si comparamos el padrón de 1778 con el de 1810, podremos ver un incremento cercano al doble de población,<sup>4</sup> pasando de 24.205 habitantes a alrededor de 40.000.<sup>5</sup> Para mediados del siglo XIX, los primeros censos nacionales de 1869 y 1895 marcan un crecimiento aún mayor, en el cual incide la gran oleada inmigratoria europea que recibió el país y, en especial, la ciudad de Buenos Aires. Para 1869, el primer censo nacional indica una cantidad de 187.346 habitantes y, para 1895, de 663.854.<sup>6</sup> Por esta razón, el crecimiento poblacional hacía más urgente el avance de la profesión médica. En 1821, entonces, fue creada la Universidad de Buenos Aires y, al año siguiente, se instaló el Departamento de Medicina a cargo de los doctores Juan Antonio Fernández, Francisco de Paula Rivero y Cosme Argerich. Por decreto gubernamental del 11 de febrero de 1822, se determinó que las funciones que antes detenía el Protomedicato fueran ejercidas por los médicos que componían el Departamento de Medicina, con lo cual fue creado el Tribunal de Medicina.

En la apertura del curso lectivo de la Facultad de Ciencias Médicas, en 1884, el doctor Pedro Antonio Pardo, como su rector<sup>7</sup>, detalló

a los estudiantes y al plantel académico brevemente la historia de la Facultad.<sup>8</sup> Afirmó que, en aquellos primeros años, “célebres escuelas de Europa muy poco superaban a la nuestra”<sup>9</sup>, mostrando la calidad académica de la institución. Sin embargo, esta no estuvo exenta de dificultades: para 1829, el gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, había suprimido la ayuda económica a la facultad y esta solo pudo seguir funcionando gracias a los denodados esfuerzos de médicos como Claudio Cuenca y su hermano Salustiano, Teodoro Álvarez, Salvio Gafarot y José María Gómez de Fonseca y García, quienes dictaron las cátedras de manera gratuita durante quince años. Otros médicos, como Juan Antonio Fernández<sup>10</sup> y Juan José Montes de Oca, no tuvieron más alternativa que emigrar por presiones políticas. Según palabras del propio Pardo, la Medicina en la ciudad estaba en sintonía con los adelantos de la época; por ejemplo, desde 1849, aplicaban el cloroformo en las intervenciones de forma común en el Hospital de Hombres, una práctica novedosa pues, en Europa, hacía tan solo dos años (1847) que se lo había utilizado por primera vez.

En esa época, la Escuela de Medicina estaba reducida a cinco profesores, que enseñaban las materias de Anatomía, Fisiología, Materia Médica, Terapéutica, Higiene, Cirugía, Obstetricia, Clínicas Médicas y Quirúrgicas. No había laboratorios, bibliotecas ni instrumental para las prácticas, todo esto era provisto por los mismos profesores. Pardo señalaba que “las deficiencias eran suplidas por los estudios [...] Sus elementos eran la vocación por la carrera y la pasión por el estudio”. Si bien la Escuela de Medicina era “pobre en elementos”, a la vez, era “rica en resultados”.

Tras la caída del gobierno de Juan Manuel de Rosas, los estudios médicos avanzaron.

El Departamento de Medicina se convirtió en Facultad por iniciativa de los doctores Fernández y Montes de Oca. Se la dotó en ese momento con tres cátedras más a las ya existentes: Clínica Médica, Clínica Quirúrgica, Medicina Legal y Toxicología. Con el correr del tiempo, se fueron creando otras cátedras, como Farmacia, Oftalmología, Histología, Anatomía Patológica y Operaciones. Se fundaron laboratorios, gabinetes y se dividieron algunas materias como Anatomía y Fisiología; además, se separó la cátedra de Higiene de la de Terapéutica. Luego, por decreto del gobernador Valentín Alsina, fechado el 29 de octubre de 1852, el Tribunal de Medicina se desdobló en Academia de Medicina y Consejo de Higiene Pública. Así, la facultad formaría médicos, el consejo obraría de policía sanitaria y la academia fomentaría las ciencias médicas y dictaría formaciones de posgrados.<sup>11</sup> El primer decano que tuvo la facultad fue el doctor Juan Antonio Fernández.

### Los comienzos de Pedro Antonio Pardo

Pardo nació en Salta el 17 de diciembre de 1829, en momentos en que la provincia era gobernada por el canónigo Juan Ignacio de Gorriti. Era hijo de Camilo Pardo Fernández Cornejo y de María Josefa Saravia Tineo, dos familias de prestigio de la tradicional capital salteña. A los 11 años, fue enviado a Cuzco a realizar sus estudios. La separación de su madre, posiblemente ya viuda, fue muy difícil para él; conmueve leer las cartas que regularmente se intercambiaban. Esta correspondencia fue constante a través de los años. Cuatro años más tarde, tras concluir sus estudios secundarios, el joven Pedro regresó a Salta un 14 de noviembre de 1844. En 1849, con casi 19 años, viajó a Buenos Aires para realizar la ca-

rrera de Medicina en momentos políticamente complicados como lo fueron los de la última etapa del período rosista.

Buenos Aires lo sedujo desde el principio, “sus teatros, la Opera, sus suntuosos templos, sus bonitas y también soberbias casas, las que la arquitectura moderna nos muestra sus particularidades y belleza, el mármol que cincelado con gusto se ve en ellas, nada de esto es más hermoso que el Plata...”<sup>12</sup>, escribía asombrado a su madre el 25 de junio de 1849. Lo que ofrecía la ciudad a un joven habitante del interior no lo distrajo de abordar con tenacidad sus estudios. Así, en 1854, se graduó en Medicina y Cirugía en la Universidad de Buenos Aires. Según una nota encontrada en el Legajo 8 del Fondo Pardo, donde se detalla una lista año por año de las actividades que Pardo realizó a lo largo de su vida, encontramos una nota, posiblemente escrita por uno de sus hijos, que dice: “al parecer la matrícula y tesis del Dr. Pardo lleva el número 1 en la Facultad de Medicina”, hecho que no hemos podido comprobar pero, de ser así, lo marca como un médico más que merecedor de ser estudiado en la historia de los anales de la Medicina argentina.

La tesis con la que se graduó de médico fue: “Hipertrofia del corazón simple y acompañada de lesiones en las válvulas”, aunque luego no dedicaría sus esfuerzos a la cardiología. Sus prácticas de estudiante en el Hospital de Mujeres marcarían su inclinación: la Obstetricia. En una carta dirigida a su madre, contaba que, mientras trabajaba en la edición de su tesis, hacía sus primeros pasos en Obstetricia: “Me hallo actualmente muy ocupado reemplazando a un médico en el servicio del Hospital de Mujeres y en la Casa de Expósitos además de mis quehaceres en la imprenta...”<sup>13</sup>. La problemática de la salud femenina, en particular lo relacionado con la Obstetricia, sería objeto de su dedicación.

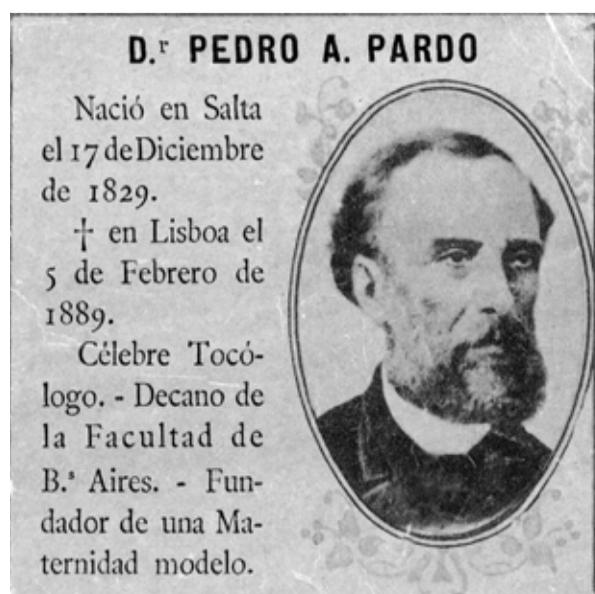


## La política y la salud

Pardo no solo ejerció su profesión de médico, sino que fue también muy activo en política. A lo largo de su vida, desempeñó diferentes cargos públicos. Este involucramiento en la política vino tras finalizar sus estudios. Entre 1855 y 1856, fue elegido diputado de la Legislatura de la provincia de Salta, mientras realizaba tareas de corredor, junto con el doctor José Evaristo Uriburu, de *El Comercio de Salta*, un periódico que aparecía dos veces por semana. Al año siguiente, fue designado diputado nacional por las provincias de Salta y de Santiago del Estero en el Congreso del Paraná, cargo que desempeñó hasta 1861. En este período, los gobiernos de Salta y de Santiago del Estero lo nombraron conjuntamente con el senador Borges y los doctores Saravia y Matienzo como representante de las provincias para tratar con el gobierno federal.

La política no impidió su desarrollo como médico, ni su abnegación ante desastres naturales y los producidos por el hombre. En 1861, en medio de la profunda crisis institucional en que estaba envuelto el país,<sup>14</sup> la provincia de Mendoza sufrió un devastador terremoto. Pardo fue nombrado presidente de la Comisión Médica creada por decreto de las autoridades de Buenos Aires el 31 de marzo para auxiliar a las víctimas de aquel terrible sismo que el 20 de marzo destruyó la capital mendocina y causó la muerte de más de 4200 personas. Este nombramiento fue refrendado por el gobierno de Mendoza el 11 de abril. Entró a la desolada ciudad un día antes de su nombramiento; apenas llegó, empezó a curar muchos enfermos y a organizar la asistencia médica. Su actividad fue incansable: atendió heridos, mantuvo reuniones con enviados chilenos, brindó charlas junto con el gobernador para informar al pue-

blo las medidas que seguirían, designó médicos para atender en las zonas más afectadas –por ejemplo, a los doctores González y Matienzo, los envió a San Vicente, mientras él y el doctor Soler asistían a los habitantes de Guaymallén—. Por esta labor nunca recibió pago alguno por parte del gobierno.<sup>15</sup> Tras esta tarea, ese mismo año, se desempeñó como cirujano de primera clase del Hospital Militar de Paraná, en momentos muy complicados como lo fueron la batalla de Pavón y las sangrientas expediciones posteriores entre el ejército de Buenos Aires y las fuerzas de la Confederación. Se encargó de este hospital de campaña hasta junio de 1862 y, en 1865, fue nombrado cirujano principal con el fin de establecer nuevamente en la ciudad de Paraná otro hospital militar destinado esta vez a los heridos en la cruenta guerra contra el Paraguay. Para este tiempo, Pardo había formado una familia,<sup>16</sup> que ya era numerosa, lo que implicaba alejarse de su esposa y de sus cinco hijos por períodos prolongados para poder cumplir con estas responsabilidades.



Recordatorio al Dr. Pedro Antonio Pardo.  
Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 122638.

## Pardo y la Obstetricia

Desde 1865, se estableció con su familia en la ciudad de Buenos Aires. Comenzó a trabajar en el Hospital de Mujeres, que ya dependía de la Sociedad de Beneficencia. La atención de parturientas estaba a cargo de mujeres sin preparación, por lo general, curanderas. Este trabajo iba de la mano de supersticiones y prácticas de curandería que, en muchos casos, derivaban en la muerte de la madre. Ni hablar de medidas higiénicas: estas sencillamente no existían. Pardo se propuso cambiar esto.

Si bien previamente a la instalación de la Facultad de Ciencias Médicas se habían brindado cursos de partos, podemos decir que estos comenzaron a organizarse recién a partir de 1822, cuando el doctor Jean André Cliarles (o Charles) Durand, quien era médico de la policía, dictó cursos regulares cumpliendo lo dispuesto por el decreto gubernamental del 9 de abril de 1822. Este decreto, en su artículo 70, establecía: “Todas las mujeres que ejerzan el arte de parrear en el territorio de la Provincia, quedan obligadas a asistir al curso que debe darse en el corriente año...”<sup>17</sup>. Muchos autores, como Llamas Massini, consideran que este decreto fue la cuna de la escuela de parteras, aunque sería más exacto decir que fue una de las primeras y oportunas medidas que se pusieron para erradicar las prácticas supersticiosas que ponían en peligro la vida de muchas mujeres.<sup>18</sup> Un avance, sí, pero los cursos distaban mucho de ser formadores de verdaderos profesionales en la atención del parto. La verdadera escuela de parteras tendría que esperar algunos años para concretarse.

Un paso importante en la senda de la profesionalización de las parteras fue la decisión

del gobierno, en 1824, de que las mujeres que realizaban este trabajo fueran examinadas por el Tribunal de Medicina antes de poder ejercerlo. En la ciudad de Buenos Aires, la primera partera de la que hay registro, que contaba con un título habilitante expedido en París, fue Verónica Pascal. El Tribunal de Medicina la habilitó para ejercer en 1827 y, un año después, la sometió a un juicio por mala praxis, el primero en la profesión. Una triste marca para la primera partera profesional de tuvo Buenos Aires.<sup>19</sup> La incidencia de muerte en el momento del parto era muy alta, tanto para la madre como para el niño. Lamentablemente, los cursos de partos fueron suspendidos durante la época de Rosas; la atención a parturientas seguía en manos de las comadronas que atendían en los hogares. Si bien en el Hospital de Mujeres había tres camas destinadas a las mujeres con trabajo de parto, fue recién meses después de la caída de Rosas, en noviembre de 1853, cuando se destinó una sala del hospital específicamente a partos. Se la llamó Sala San Ramón en honor de San Ramón Nonato<sup>20</sup>. Aunque no contaba con muchas camas, fue un comienzo.

En la Facultad de Medicina, comenzó a dictarse la cátedra de partos, enfermedades de niños y mujeres a cargo del doctor Francisco Javier Muñiz en 1853. Dicha cátedra, a partir de 1869, estuvo a cargo exclusivamente del doctor Pardo. Por cuatro años, entre 1867 y 1871, fue profesor interino y, en ese último año, logró obtener por concurso el cargo titular, que desempeñó hasta mayo de 1887, cuando renunció para aceptar un puesto diplomático en Europa. En 1871, además, la Sociedad de Beneficencia de Buenos

Aires lo nombró médico de la Sala San Ramón destinada a partos y de la Sala Santo Tomás destinada a enfermedades infantiles en el Hospital de Mujeres. Ese mismo año, Pardo consiguió que la Sociedad de Beneficencia lo autorizara para que los estudiantes pudieran realizar en el Hospital de Mujeres las necesarias prácticas de partos.

No solo se limitó a la atención de enfermas y a la formación de estudiantes, sino que también realizó importantes transformaciones en el Hospital de Mujeres, como la de convertir la Sala Santo Tomás en sala de mujeres. Asimismo, se convirtió en el presidente de la comisión constructora del nuevo Hospital. En tal carácter, aceptó los planos y dirigió las obras en un terreno adquirido en 1876 con subsidio del Estado y aportes privados. El nuevo edificio, que fue llamado Hospital Rivadavia, se levantó entre la calle Sánchez de Bustamante y la avenida General Las Heras. Se inauguró el 27 de abril de 1887.<sup>21</sup>

En el Hospital de Mujeres, Pardo comenzó a aplicar cloroformo en los partos. Según las estadísticas que él mismo realizaba, la cantidad de muertes de mujeres en el parto bajaba considerablemente con su uso. Era realmente un pionero pues, pocos años antes, en 1847, un médico de Edimburgo, James Young Simpson, utilizó por primera vez el éter en Obstetricia y luego el cloroformo. Esta práctica se afianzó en Europa recién en 1853, cuando la soberana del Reino Unido, Victoria, dio a luz al príncipe Leopoldo bajo los efectos del cloroformo atendida por el doctor John Snow. Pardo nunca dudó en aplicarlo.

Su trabajo con el uso del cloroformo empezaba a despertar curiosidad entre los profesionales médicos. Así, el 16 de febrero de

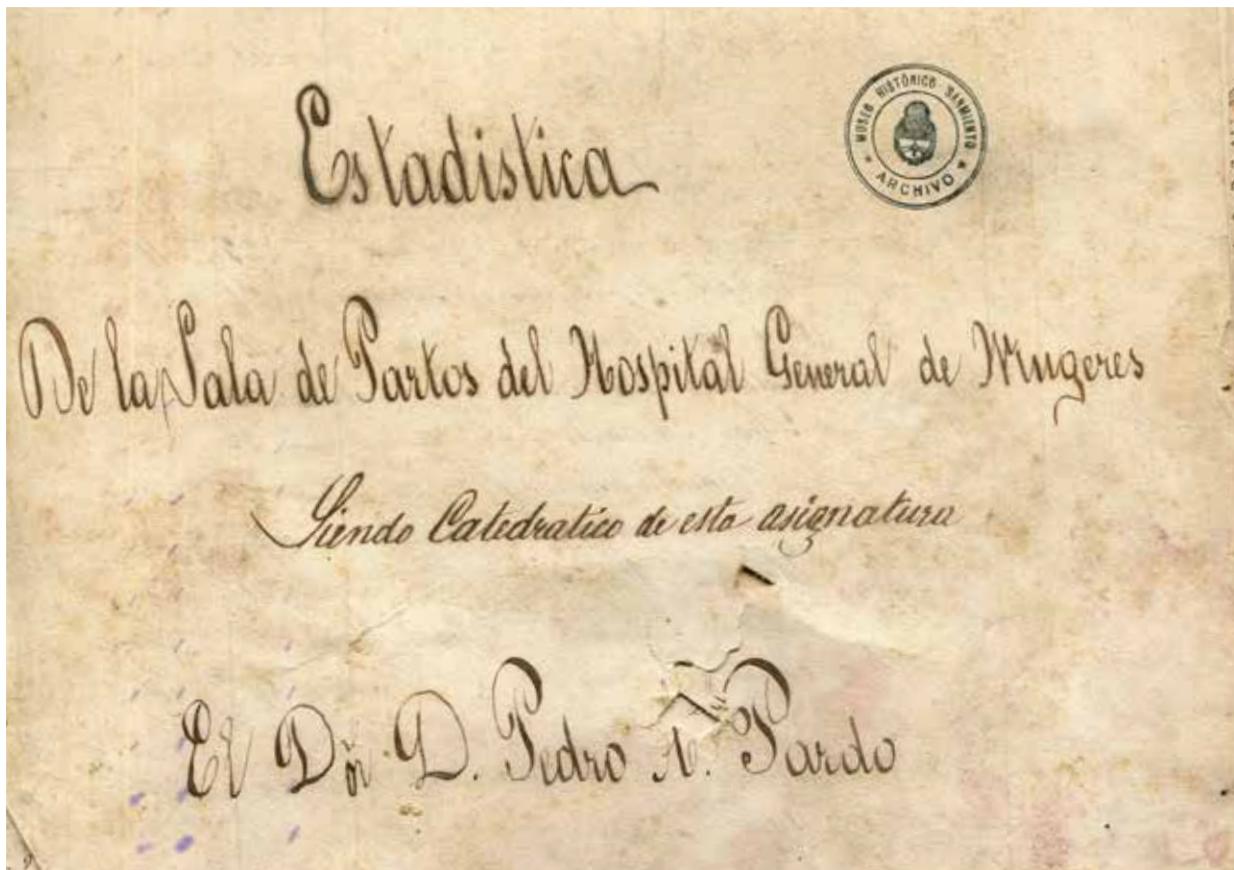
1868, la tesis que realizó Ricardo Gutiérrez para doctorarse en Medicina fue justamente: “Supresión de los dolores del parto por medio del cloroformo”. En la página 10 de su tesis, escribe:

Durante mi servicio interno en el Hospital de Mujeres he asistido sesenta y cinco partos. De estos partos veintiuno solamente fueron puestos bajo el favor del cloroformo porque recién entonces el ingreso del Dr. Pardo a la Sala de Maternidad, dando un valiente impulso de adelanto a la enseñanza, autorizó la práctica de toda experimentación que por mi parte podía afrontar desde luego, hallándome robustecido con los conocimientos de obstetricia que debo a mi maestro y a mis libros.<sup>22</sup>

Cuando Gutiérrez, previamente a la presentación de su tesis, se la hizo llegar a Pardo, para conocer su opinión, este le respondió:

Mi estimado amigo: le devuelvo a Ud. el manuscrito de su tesis inaugural que he leído dos veces con el interés que despierta la importancia de la materia en ella tratada y el atractivo de su estilo.

Puedo decirle sin temor que mi juicio de su contradicho que va Ud. a presentar a la facultad un trabajo de mérito y con el especialísimo de que aún cuando se haya escrito bastante sobre la aplicación del cloroformo a la práctica de los partos, en su tesis puede llamarse un trabajo original por cuanto la experimentación ha precedido al estudio teórico...



Fecha del parto	Hora	Principio del parto	Nombre de la madre.	Color	Patria	Edad	Posición del
ago 21	5 a. m.	14	Esteban Diaz	rojo	Montevideo	11 años	1°
ago 3	4 . . .	2 . . .	Francisco Villamayor	blanco	B. Aires	22 . . .	1°
4	3/2 . . .	2 . . .	Maria Vinas	rojo	Montevideo	16 . . .	1°
13	4 . . .	12 . . .	Carolina Quiñones	"	B. Aires	20 . . .	1°
14	5 1/2 . . .	15 . . .	Gregoria Cordoba	"	"	17 . . .	1°
18	10 1/2 . . .	17 . . .	Manuela Sayme	blanca	"	20 . . .	1°
19	5 . . .	19 . . .	Tomasa Gonzalez	"	"	15 . . .	1°
20	3 . . .	20 . . .	Francisca Chirinda	negro	"	11 . . .	1°
21	10 . . .	10 1/2 . . .	Julia Madariaga	rojo	"	17 . . .	1°
20	12 . . .	12 1/2 . . .	Tomasa Puma	blanca	"	18 . . .	1°
21	11 . . .	20 . . .	Mariam Vierastegia	"	Francia	24 . . .	1°
23	7 1/2 . . .	9 . . .	Ana Lombardi	"	Italia	35 . . .	3°
26	11 . . .	25 . . .	Virginia Fernandez	"	Montevideo	29 . . .	1°

Arriba: Portada del cuaderno de estadísticas de la sala de partos del Hospital General de Mujeres, 1865.  
 Abajo: Listado que contiene los datos de las madres, interior del cuaderno.  
 Departamento Documentos Escritos. Fondo Pedro Antonio Pardo Saravia. Museo Histórico Sarmiento, legajo 1-8.

A pesar de los límites que usted la ha ceñido no me equivocaré al anunciarle que está destinada a despertar la atención de los médicos del Plata acerca de la materia de que se ocupa.

Como le dije de palabra solo le encuentro un defecto y es que el entusiasmo tan vivo, tan apasionado con que usted se ha apoderado del cloroformo pero lo que es un defecto hablando absolutamente en estos momentos puede que sea otro de sus méritos porque a veces las buenas ideas necesitan para difundirse del entusiasmo del apóstol inspirado por la fe y estoy por añadir de la belleza del habla que Dios ha deparado a los poetas. Su sagacidad ha comprendido esto, la medicina del Plata tiene que agradecersele y yo al terminar esta carta me retracto de haber dicho que su tesis tenía un defecto. Soy de Ud. con toda consideración su afectuoso amigo.

[Firma] Pedro Pardo<sup>23</sup>

Pardo fue un tenaz defensor de la asepsia en la atención a los enfermos. Grabó en sus alumnos lo necesario que era la práctica del lavado de manos con una solución de cloruro de calcio antes de la atención de las parturientas y la limpieza posterior al parto tanto de la paciente, como del recién nacido y de los elementos utilizados. Esto quizás resulte obvio para nosotros hoy pero, en ese tiempo, no lo era. La simple práctica higiénica hizo decrecer de manera importante la mortalidad por fiebre puerperal.<sup>24</sup> Uno de sus discípulos, Juan Ramón Fernández, se doctoró en 1882 precisamente con una tesis sobre este tema:

“Contribución al estudio del tratamiento antiséptico en la fiebre puerperal”, siendo su presidente de tesis el mismo doctor Pardo. La fiebre puerperal causaba en las maternidades, según palabras del propio Fernández, “mortalidad tan grande que sus efectos han sido comparados con las calamidades de la guerra”<sup>25</sup>. De hecho, entre 1872 y 1874, esta infección hizo estragos en el Hospital de Mujeres,<sup>26</sup> se había convertido en una verdadera epidemia. El doctor Fernández señalaba, en diferentes puntos de su tesis, las experiencias en la Maternidad bajo la dirección de Pardo, en la que el número de muertes disminuyó significativamente con las prácticas de asepsia: “... para nosotros, alejados como estamos de los recursos de la experimentación, la admisión de esta teoría reposa en el éxito de la medicación antiséptica puesta en práctica en la Maternidad de Buenos Aires por nuestro distinguido maestro el Dr. Pardo”<sup>27</sup>.

La atención de los niños en la Casa de Expósitos<sup>28</sup> también estaba bajo la responsabilidad del doctor Pardo. En esta institución, se recibían niños abandonados por sus padres o huérfanos desde su nacimiento hasta aproximadamente cinco años. Las enfermedades eran moneda corriente en ella. Como médico, Pardo también difundió allí la importancia de las prácticas de higiene. Según informes en una de sus periódicas visitas, la realizada el 20 de diciembre de 1883, se encontró solo con tres casos de niños enfermos que estaban debidamente aislados del resto:

... existe una prudente y científica separación de los útiles de todo género destinado para cada enfermo especialmente de aquellos que puedan efectuar el transporte del germen,

tales como los útiles de curación que se encuentran en un estante con su número de orden correspondiente al del enfermo de manera que no existe entre un enfermo y otros más vínculo material que la mano del médico, pero el médico tiene otros recursos para evitar el transporte del germen por su intermedio, tiene el lavado de sus manos con los desinfectantes y la limpieza con que debe ejecutar esas pequeñas operaciones [...] De manera que para el higienista teniendo la Casa de Expósitos malas condiciones higiénicas el hecho de que no existen sino 8 casos de oftalmia purulenta (conjuntivitis) sobre una cifra de cerca de 1000 niños.<sup>29</sup>

Esto era un logro. Pardo ponía en evidencia, en este informe, la buena labor de los médicos de la institución y la importancia de la asepsia para la prevención de enfermedades.

Asimismo, dio los pasos necesarios para profesionalizar a las parteras. Dentro de la cátedra de Obstetricia anexó la carrera de partera. El propósito era formar “una escuela de partos destinada a suministrar la instrucción necesaria a las señoras que se dedican al arte de partos”<sup>30</sup>. La ordenanza ideada por Pardo para la Escuela de Parteras, que data del 8 de noviembre de 1881, establecía condiciones de ingreso a la carrera –entre ellas, que las aspirantes debían ser sanas, sin defectos físicos que las imposibilitaran para el ejercicio del arte, debían ser mayores de 18 años y menores de 36, y contar con un certificado de vacuna contra viruela–. También, debían rendir un examen de ingreso, salvo las que contaran con título de maestra normal.<sup>31</sup> Además, se especificaban las

materias que se tratarían y que se dictarían en adición a las clases teóricas y a las clases prácticas en el Hospital. El curso teórico era de dos años y dieciocho meses de práctica hospitalaria, que comenzaba a partir del segundo semestre del teórico y era paralelo a este. En 1883, fue nombrado profesor suplente de la cátedra de partos el doctor Juan Ramón Fernández, discípulo destacado de Pardo. Este último, sin dejar la docencia, en 1884, fue nombrado decano de la Facultad de Ciencias Médicas. El antiguo Hospital de Hombres había sido cerrado y reemplazado por uno nuevo en 1879, llamado Hospital de Buenos Aires y ubicado en la manzana comprendida entre Córdoba, Junín, Paraguay y Andes (actualmente, Uriburu). Todas las escuelas de prácticas de la Facultad de Medicina se trasladaron a este nuevo hospital, que tras la federalización de la ciudad de Buenos Aires se convirtió en nacional. El 30 de junio de 1883, el gobierno determinó que pasara a depender de la Facultad de Medicina. En ese momento, tomó el nombre de Hospital de Clínicas, tal como lo conocemos hoy.

Durante el decanato de Pardo, la Facultad adquirió la media manzana frente al Hospital de Clínicas para instalar allí la Facultad y, de esta manera, por su cercanía, facilitar a los estudiantes las necesarias prácticas médicas. Las clases se venían dictando en la calle Comercio 300 (actualmente, Humberto Primo), muy alejadas del hospital, lo cual no era cómodo para el estudiantado.<sup>32</sup> De este modo, Pardo decidió destinar a Casa de Estudios la porción del terreno que daba a la calle Córdoba y a levantar una Maternidad la que daba a la calle Viamonte (número 2189), obra realizada por el arquitecto Tamburini<sup>33</sup>. La Maternidad se inauguró en 1886, antes que la Facultad.

Departamento Nacional  
de Higiene

Telegrama

No. 20/86

Subprefecto de  
Corrientes



~~Usted debe conocer~~ El medio de  
Sanidad de ese puerto y V. debe convenir  
las disposiciones sanitarias del país que  
se hallan consignadas en el Reglamen-  
to sanitario marítimo publicado en  
todas las ediciones del Digesto Marítimo  
y proceder de acuerdo con lo general de  
previsto. La existencia de casos  
de sospechosos primero y después cas-  
tos de cólera en la Boca, Rosario  
y rada del S. P. exigen sin duda  
la adopción de medidas precautio-  
narias que habrían sido muy tubiera  
su iniciativa en ese por parte de  
Vd. - Por lo demás, apruebo lo que  
consistirá en preparar una con-  
vención para la cuarentena.

Agenda  
Pedro A. Pardo  
J. Tomás Sere

Borrador de un telegrama del Dr. Pedro Pardo al subprefecto de Corrientes, acerca de las disposiciones sanitarias del país ante la evidencia de casos de cólera. Buenos Aires, 20 de noviembre de 1886.  
Departamento Documentos Escritos. Fondo Pedro Antonio Pardo Saravia. Museo Histórico Sarmiento, legajo 5.



Arriba: Sala de Mujeres del Hospital del Norte.

*Departamento Documentos Fotográficos. Fondo Sociedad Argentina de Fotógrafos Aficionados. Álbum 18. Inventario 213818.*

Abajo: Recorrida diaria por el Hospital Fernández. Sala de Maternidad, 1937.

*Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 350175.*

## Pardo y el Departamento de Higiene

Buenos Aires crecía a pasos agigantados, pero las medidas de saneamiento urbano no la acompañaban. Emilio Coni, en el folleto “El saneamiento de Buenos Aires”, describía a la ciudad de la siguiente manera:

Buenos Aires, la ciudad de los ‘buenos aires’ como la bautizaron sus fundadores se convirtió en un lugar malsano donde las enfermedades contagiosas habían adquirido derecho de ciudadanía [...] la ciudad ha estado desprovista hasta ahora de un sistema de evacuación de inmundicias y la distribución del agua ha sido absolutamente insuficiente a las necesidades de su población...”<sup>34</sup>

Condiciones como la insuficiente provisión de agua potable, el deplorable estado del Riachuelo con sus aguas contaminadas, la carencia de sistemas cloacales con la consecuencia de que los desechos humanos que contaminaban las napas, el hacinamiento en viviendas inadecuadas de grandes grupos humanos (especialmente, de inmigrantes), todo contribuía a que las enfermedades infectocontagiosas encontraran un lugar apto para su desarrollo.<sup>35</sup> En 1867, apareció el temido cólera. Pardo desempeñó una abnegada tarea en esta epidemia que duró hasta 1868. En ese tiempo, prestó servicio como médico en las parroquias de la Catedral y del Sud, por nombramiento del gobierno provincial y de las comisiones populares, atendiendo a cientos de enfermos. Tres años después, en 1871, Buenos Aires se enfrentaría a otro flagelo aún mayor: la epidemia de fiebre amarilla que, según cómputos, registró un total aproximado de catorce mil

víctimas –entre los cuales, doce médicos abnegados perdieron sus vidas<sup>36</sup>–. La enfermedad producida por el mosquito *Aedes aegypti* atacó a toda la población sin distinción de clase social. Pardo se desempeñó con heroísmo en esta terrible epidemia que vació la ciudad y, así como tantos otros profesionales médicos, no aceptó retribución alguna.

En 1852, cuando se estableció la Facultad de Ciencias Médicas en la Universidad de Buenos Aires, a su vez, se creó el Consejo de Higiene Pública, que tenía a su cargo todo lo relacionado con la salud pública. Este organismo funcionó hasta la federalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880, en cuyo momento se convirtió en el Departamento Nacional de Higiene. Luego, tres años después, compartiría sus responsabilidades con la Asistencia Pública Porteña. El Departamento Nacional de Higiene, oficialmente, tuvo su origen en el Decreto del 31 de diciembre de 1880 del presidente Julio A. Roca. Este organismo de amplias funciones tenía a su cargo tareas de asesoramiento en materia sanitaria tanto al Poder Ejecutivo como a otras dependencias nacionales; era el encargado del contralor de la sanidad en la Aduana tanto por vía marítima como terrestre y de los distintos hospitales y organismos a nivel nacional. El Departamento dependía de los ministerios de Guerra y Marina y del Interior, según tuviera que actuar en puertos o en diversas provincias del territorio. Contaba con la capacidad de crear subcomisiones de higiene en el interior del país según las necesidades. Desde el momento de su creación, el Departamento Nacional de Higiene estuvo a cargo del doctor Pardo aunque, oficialmente, se lo nombró por decreto del PEN el 8 de marzo de 1882.<sup>37</sup> Ejerció este cargo hasta 1887.

Pardo debió encargarse de la organización de este nuevo organismo que, al poco tiempo, le tocaría enfrentar la dura epidemia de cólera entre 1886 y 1887, en la cual resultaron afectados unos cinco mil habitantes de la ciudad de Buenos Aires, cifra enorme si pensamos que la población aproximada era de 180.000.<sup>38</sup> Desde 1883, Europa sufría el flagelo del cólera, presumiblemente importado de Oriente. Francia, Italia y España, hasta 1886, se vieron duramente afectadas. De esas regiones, principalmente de Italia y de España, arribaban en esos años innumerables cantidades de navíos cargados de inmigrantes. Los controles sanitarios eran ineficaces y, en algunos casos, nulos. La entrada al país del cólera por vía marítima era cuestión de tiempo. Para 1886, la enfermedad era un hecho.<sup>39</sup> El primer caso se detectó el 1 de octubre en la zona del Riachuelo. Si bien fue una epidemia más focalizada que la anterior, fue más extendida. La enfermedad entró por Buenos Aires y se propagó rápidamente al interior del país, donde fue más virulenta. En su diseminación, tuvo mucho que ver el ferrocarril. La rápida extensión de la enfermedad y la demora en el accionar del Departamento Nacional de Higiene hicieron recaer sobre el organismo una lluvia de críticas por parte de la prensa local.

El 15 de marzo de 1886, se realizó el Congreso Médico Argentino, presidido por el doctor Pardo. En esa oportunidad, se discutió el Código Sanitario Argentino, elaborado y presentado por él mismo. Posteriormente, se aprobó y se convirtió en el primer código sanitario que tuvo la nación. Lamentablemente la epidemia de cólera le había ganado de mano. Cinco años antes, Pardo había estado trabajando en la elaboración de un Código Sanitario para la Nación e insistiendo a las autoridades para que se implementara. En un Impreso de 1881, publicó el Proyecto de Código Sanitario llamado “Legis-

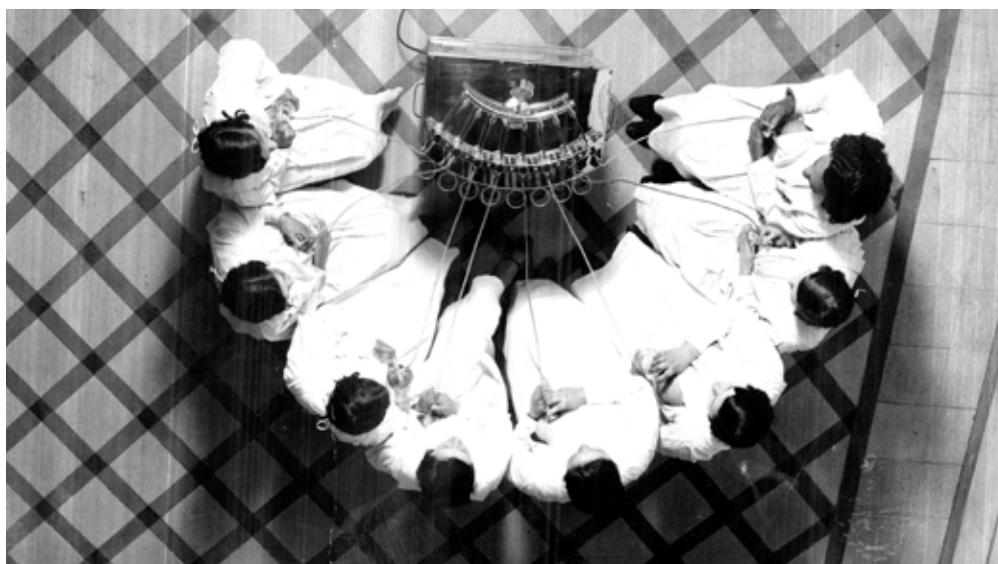
lación sobre medidas de policía sanitaria contra epidemias epizootias y epífitas que ofrezcan un peligro a la Nación”<sup>40</sup>. En este, Pardo mostraba la necesidad de que el Poder Ejecutivo tuviera un papel activo en la atención de la salud pública, que fuera el que decretara e hiciera cesar cuarentenas cuando esto fuera necesario. Dentro de las medidas por tomar, establecía que se debería prohibir introducción de animales de zonas donde hubiera epidemias o importar alimentos de esos lugares, que era prioritario reglamentar la higiene pública. Propuso la creación del Departamento General de Higiene, que dependería del Ministerio del Interior, compuesto de un presidente con grado de doctor en Medicina, cuatro profesores en Medicina, un químico farmacéutico, un jefe de laboratorio de investigación y un veterinario. Además de cirujanos, administradores de vacunas, ingenieros civiles y de obras de saneamiento, entre otros que colaborarían. También, establecía la implementación de una estricta política sanitaria para los barcos que ingresaran al puerto o salieran de este, siempre deberían hacerlo munidos de patentes de sanidad.

Este proyecto se presentó al Congreso Nacional el 9 de agosto de 1881. Los lentos tiempos políticos demoraron su elaboración. Recién en 1886, una comisión lo revisó y aprobó, aunque agregó algunos ítems como atribuciones del Ministerio de Interior en materia de higiene y la responsabilidad de las provincias. Pardo también integraba esta comisión revisora, que presentó su informe el 15 de abril de 1887, año en el que se aprobó. Al poco tiempo, dejó la presidencia del Consejo Nacional de Higiene y su decanato en la Facultad de Ciencias Médicas pues, el 14 de mayo de 1887, fue nombrado por el presidente embajador de la República Argentina ante el Imperio austro-húngaro. Años antes, ya había tenido cargos en el Ministerio de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Avellaneda.

En 1874, había actuado como ministro plenipotenciario de Argentina en Chile y, entre 1874 y 1875, como ministro-secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores de la República. Su cargo diplomático no le impidió seguir con su pasión por la Medicina. En 1887, pudo asistir como delegado del gobierno argentino al VI Congreso Internacional de Higiene y Demografía que se realizó en la ciudad de Viena.

El 1 de enero de 1888, fue nombrado embajador en Portugal por el presidente Juárez Celman, cargo que pudo ejercer solo durante un año pues, el 5 de febrero de 1889, falleció en Lisboa. Sin embargo, la obra de Pardo perduró. La Escuela de Parteras continuó su labor docente capacitando a cientos de alumnas. El doctor Juan Ramón Fernández la organizó y dirigió en sus primeros tiempos, contando con la colaboración del doctor Enrique Pardo, uno de sus hijos, que siguió el camino trazado por su padre en la Obstetricia. Asimismo, el 13 de diciembre de 1906, la Facultad de Medicina tomó la decisión de llamar a la Maternidad de la Facultad “Pedro A. Pardo”<sup>41</sup> en homenaje a este gran médico argentino.<sup>42</sup>

La lista de médicos que ejercieron entre el siglo XIX y principios del XX es muy extensa. Podemos mencionar a Cosme Argerich, Juan Madera, Salvio Gafarot, Juan José Montes de Oca, Juan A. Fernández, Ángel Golfarini, Tomás Liberato Perón Hughes, Francisco Javier Muñiz, Pedro Mallo, Luis Tamini, Leopoldo Montes de Oca, Guillermo Rawson, Eduardo Wilde, Santiago Larrosa, Roque Pérez, Manuel Argerich, Ventura Bosch, Juan José Naón, Eduardo Holmberg, Eufemio Uballes, Eduardo Ovejero, Luis Vila, Julián Aguilar, Enrique del Arca, Manuel Podestá, Pedro Arata, Luis Güemes, Pedro Lagleyze, Enrique Bazterrica, Julio Méndez Balamero Sommer, Telémaco Susini, Antonio F. Piñero, Juan Bautista Señorans, José María Ramos Mejía, Emilio Coni, José Penna, entre otros, que se destacaron en la docencia y en la práctica médica. Es esta una lista muy incompleta, por cierto. Detrás de cada uno de estos nombres, es posible hallar una historia de coraje y dedicación. Muchos de ellos ofrendaron su vida en la atención a enfermos, como los profesionales que perdieron la vida durante la terrible epidemia de fiebre amarilla de 1871.<sup>43</sup> Cada uno de ellos, merecería un trabajo especial sobre su obra. ~~~



Lactario de la sala de niños, Hospital de Clínicas.  
*Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 11431.*

## NOTAS

1. El Protomedicato fue creado en Buenos Aires por el virrey Vértiz el 17 de agosto de 1780 con el fin de regular las prácticas médicas a semejanza del organismo existente en la Península Ibérica desde el siglo xvi.
2. CAZAUX, Diana (2010): *Historia de la divulgación científica en la Argentina*, Buenos Aires: Teseo, p. 95.
3. El 2 de enero de 1823, por decreto del gobernador Martín Rodríguez, y por iniciativa de su ministro de Gobierno Bernardino Rivadavia, se creó la Sociedad de Beneficencia, cuya dirección fue entregada a un grupo de damas de la sociedad porteña. Comenzó a funcionar administrando las instituciones de caridad creadas por la Hermandad de la Santa Caridad, como el Colegio de Huérfanas y el Hospital de Mujeres. La Casa de Expósitos –que también administraba la Hermandad (aunque no la había creado)– también pasó al control de la Sociedad de Beneficencia. Para un estudio más detallado de esta labor de la Hermandad, véase: FUSTER, María Teresa (2012): “La Hermandad de la Santa Caridad: Los orígenes de la beneficencia en la ciudad de Buenos Aires”, en *Bibliographica Americana. Revista Interdisciplinaria de estudios coloniales*, Buenos Aires: número 8, diciembre.
4. Archivo General de la Nación (AGN): Sala IX, 9-7-6, Padrón de la ciudad de Buenos Aires, 1778. Cabe aclarar que el censo de 1810 fue realizado con fines netamente militares; por lo tanto, solo los hombres fueron censados y no la totalidad de ellos dado que faltó incluir unos seis cuarteles de la ciudad. Este padrón incompleto arrojaba una población de 28.258. César García Belsunce realizó un estudio exhaustivo de este padrón, en el que concluyó que, si se incluía a mujeres, transeúntes, esclavos y población marginal, llegaría a una población estimada de 40.000 a 45.000 habitantes. Para más detalles, véase: GARCÍA BELSUNCE, César (1976): *Buenos Aires y su gente 1800-1830*, Buenos Aires: Emecé; y WAINES, Luis E. (2010): “La ciudad de Buenos Aires en los censos de 1778 y 1810”, en *Población de Buenos Aires*, Buenos Aires: año 7, número 11, pp. 75-85.
5. Para más detalles, véase: BESIO MORENO, Nicolás (1939): *Buenos Aires Puerto del Río de la Plata Capital de la Argentina 1536-1936*, Buenos Aires: Talleres Gráficos Tuduri.
6. AGN: Censos Nacionales de Población 1869 y 1895, ciudad de Buenos Aires.
7. Precedieron al doctor Pardo, en el decanato de la Facultad de Ciencias Médicas, Juan Antonio Fernández, Javier Muñiz, Juan José Montes de Oca y Manuel Porcel de Peralta.
8. AGN: Sala VII, Museo Histórico Sarmiento, Fondo Pedro A. Pardo, Legajo 7- Impreso.
9. El texto transcrito respeta la grafía original.
10. Juan Antonio Fernández tuvo que emigrar a Montevideo en 1835, cuando el gobernador Rosas le retiró los cargos que detentaba en la universidad y en el Hospital de Mujeres por pertenecer al partido unitario. Regresó al país en 1852, cuando el gobierno de Rosas cayó. Con relación a Montes de Oca, sucedió algo similar, aunque él no tenía orientación política; sin embargo, como sus amistades simpatizaban con los unitarios, también fue alejado de todos sus cargos académicos en 1835 y hasta fue encarcelado en 1839, tras lo cual se exilió en Montevideo. Regresó a Buenos Aires también tras la caída de Rosas.
11. Para más detalles, véase: VERONELLI, Juan Carlos y VERONELLI CORRECH, Magali (2004): *Los orígenes institucionales de la Salud en la Argentina (tomo 1)*, Buenos Aires: Oficina Panamericana de la Salud, p. 133.
12. AGN: Sala VII, Fondo Museo Histórico Sarmiento, Archivo Pedro A. Pardo, Legajo 1.
13. *Ibidem*.
14. Recordemos que, para principios de 1861, el país seguía dividido entre la denominada Confederación Argentina y el Estado de Buenos Aires, que terminaron enfrentándose en la batalla de Pavón el 18 de septiembre de ese mismo año.
15. AGN: Sala VII, Fondo Museo Histórico Nacional, Archivo Pedro A. Pardo, Legajo 2.
16. Pedro Antonio Pardo se casó en 1856 con Encarnación Ormaechea en la ciudad de Salta. Con ella, tuvo en total trece hijos (Sala VII, Fondo Museo Histórico Nacional, Archivo Pedro A. Pardo, Legajo 1).
17. Citado en: LLAMES MASSINI, Juan Carlos (1915): “La partera de Buenos Aires y la escuela de parteras”, Buenos Aires: Imprenta Flaiban y Camilloni, pp. 36-37. Para más detalles, véase: COWEN, Miguel Pablo (2008): “El caso Verónica Pascal: Medicina y mala praxis en la Buenos Aires rivadaviana”, V Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata: 10, 11 y 12 de diciembre.

18. SÁNCHEZ, Norma (2012): “Docencia y obstetricia en Buenos Aires”, en *Médicos & Medicinas en la Historia*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, número 31, p. 8.
19. LLAMES MASSINI, Juan Carlos (1915): *op. cit.*, pp. 47-52.
20. San Ramón Nonato es el patrono de las mujeres embarazadas y de los niños.
21. Para más detalles, véase: CRESPI, Liliana (1999): *Instituciones de la Sociedad de Beneficencia y asistencia social (1823-1952) (tomo 1)*, Buenos Aires: Archivo General de la Nación, p. 69.
22. La tesis doctoral de Ricardo Gutiérrez “Supresión de los dolores del parto por medio del cloroformo” de 1868 se encuentra disponible en línea: <https://bit.ly/2AFz2te>
23. AGN: Sala VII, Museo Histórico Sarmiento, Archivo Pedro A. Pardo, Legajo 7-Borrador de carta del 16 de febrero de 1868.
24. En Viena, el húngaro Ignaz Philipp Semmelweis (1818-1865) llamó la atención sobre los beneficios que derivan del lavado de las manos con cloruro de calcio antes de atender a las mujeres en trabajo de parto, con lo que bajó asombrosamente la cantidad de muertes. A partir de ese momento, nace la antisepsia.
25. FERNÁNDEZ, Juan Ramón (1882): “Contribución al estudio del tratamiento antiséptico en la fiebre puerperal”, Buenos Aires: Imprenta de La Nación, p. 10. Disponible en línea: <https://bit.ly/2MfEp3C>. La transcripción respeta la ortografía original.
26. LLAMES MASSINI, Juan Carlos (1915): *op. cit.*, pp. 130-136.
27. FERNÁNDEZ, Juan Ramón (1882): *op. cit.*, p. 24.
28. La Casa de Niños Expósitos fue fundada por el virrey Vértiz en 1779 con el fin de evitar el abandono en las calles de niños que, generalmente, terminaba con la muerte de los infantes. Ante los problemas económicos que enfrentaba la Casa, en 1784, el virrey decidió que pasara a depender de la Hermandad de la Santa Caridad. En 1823, cuando se fundó la Sociedad de Beneficencia, el gobierno determinó el pase de la Casa a esta sociedad.
29. AGN: Sala VII, Fondo Museo Histórico Nacional, Archivo Pedro A. Pardo, Legajo 5.
30. ESCUELA DE OBSTETRICIA (1882): “Acta 209 de la Facultad de Medicina (art. 1), Ordenanza del 1 de enero. Para más detalles, véase: LLAMES MASSINI (1915): *op. cit.*, pp. 176-178.
31. AGN: Sala VII, Fondo Museo Histórico Nacional, Archivo Pedro A. Pardo, Legajo 5.
32. En el Hospital de Clínicas, se hacían las siguientes prácticas: clínica médica, quirúrgica, oftalmológica, de mujeres, de niños, y se dictaban clases de anatomía. Este primer edificio fue demolido en 1975.
33. Francesco Tamburini (1846-1891) fue un arquitecto de origen italiano, quien finalizó la construcción de la Casa Rosada y realizó el proyecto original del Teatro Colón, aquel que concluiría Jules Dormal.
34. Coni, Emilio (1895): *El saneamiento de Buenos Aires. Memoria descriptiva del servicio de aguas y de cloacas*, Paris: Bureau du Génie Sanitaire, p. 3.
35. Véase, Pérgola, Federico (2004) *Historia de la Salud Social en la Argentina*, Buenos Aires, pp. 36-37.
36. Véase López Mato, Omar (2010) *La patria enferma. Males de héroes, próceres y de quienes no lo fueron tanto*. Buenos Aires, Sudamericana p.197
37. Para más detalles, véase: VERONELLI, Juan Carlos y VERONELLI CORRECH, Magali (2004): *op. cit.*, pp. 230-233.
38. ÁLVAREZ CARDOSO, Adriana (2012): “La aparición del cólera en Buenos Aires (1865-1996)”, en *Historiolo. Revista de historia regional y local*, Buenos Aires: vol. 4, número 8, pp. 177-178.
39. Para un análisis detallado de esta epidemia, véase: FUSTER, María Teresa (2016): “El Perseo, el barco maldito: La epidemia de cólera en 1886”, en *Legado. Revista del Archivo General de la Nación*, número 3, agosto, pp. 81-97.
40. AGN: Sala VII, Fondo Museo Histórico Nacional, Archivo Pedro A. Pardo, Legajo 8-Impreso: año 1881.
41. En 1968, se cerró la Escuela de Parteras y se abrió la Licenciatura en Obstetricia en la Universidad de Buenos Aires, una carrera de grado de cinco años de duración.
42. LLAMES MASSINI (1915): *op. cit.*, p. 259.
43. Para un análisis más detallado de la epidemia de fiebre amarilla de 1871, véase: COUTO, Cristóbal y LÓPEZ MATO, Omar (2015): *Fiebre Amarilla*, Buenos Aires: Olmo Ediciones.

1817. - Marzo 22

17



S. Fern.<sup>do</sup> Marzo 22

S. D. Juan Greg.<sup>o</sup> de las Heras

Mi amado amigo: la experiencia me ha hecho ver q. en este pueblo se consuma la dispersión absolutam.<sup>te</sup>, por eso convendrá q. D. V. p.<sup>a</sup> preservar a ese ejército se acampe (sin entrar en la Villa) en los cerritos de Gálvez, o González. Allí le tengo a V. preparados víveres, y mañana tendré el gusto de abrazarlo su amigo ap<sup>re</sup>ciado

J. M. Martín

Las Heras estaba en Chimbarongo, etc

Retirada de Cancha Rayada. Carta de San Martín a Las Heras, 22 de marzo de 1817.

Transcripción: San Fernando, Marzo 22

S. D Juan Gregorio de las Heras

Mi amado amigo: la experiencia me a echo ver que en este pueblo se consuma la dispersión absolutamente, por eso convendrá que usted para preservar a ese ejército se acampe (sin entrar en la Villa) en los cerrito de Gálvez, o González. Allí le tengo a Usted preparados víveres, y mañana tendré el gusto de abrazarlo su amigo apreciado. San Martín.

Departamento Documentos Escritos, Sala VII, Legajo 1, Pieza 17.

# Bicentenario de la batalla de Cancha Rayada

por Carlos Ávila\*

Cancha Rayada fue un imprevisto y desafortunado suceso para las armas patriotas, resultado de un oportuno ataque nocturno del ejército realista. Sin embargo, de ninguna manera, compartimos denominación de “desastre” ni “derrota”, como sostienen algunos autores, sino que consideramos que fue un grave contraste operacional que podría haber tenido importantes consecuencias estratégicas, pero no las tuvo. Todo ello, muy propio de las peripecias e imponderables, muy común en las operaciones militares. De todos modos, la inicial euforia que tuvo el mando español ante este éxito no tuvo más que una fugaz proyección que solo duró esos muy escasos diecisiete días transcurridos entre este hecho de armas y la aplastante derrota española en la batalla de Maipú, ocurrida unas semanas después, el 5 de abril de 1818, resultado de la inmovible certeza patriota del triunfo final de su causa y de su genial conductor, el general San Martín.

Para comprender plenamente los acontecimientos funestos de esa infeliz jornada debemos conocer ciertos importantes antecedentes. La evidente intención del general San Martín era obligar a los realistas a dar batalla. Como ya eran pasadas las cuatro de la tarde de ese 19 de marzo de 1818, al creer muy avanzada la hora para comprometer una batalla formal con tan estrecho mar-

gen de luz (a las seis de la tarde comenzaba el crepúsculo vespertino), y al notar además el cansancio de su tropa después de dos días de marchas forzadas, dispuso San Martín la reconcentración de todas sus fuerzas en un campo llamado Cancha Rayada. Este era una extensa planicie denominada así por estar el campo surcado por numerosas zanjas, ubicado a cuatro mil metros de la ciudad de Talca. A espaldas de esta zona estaba el caudaloso y torrentoso río Maule.

Desde los campanarios de la ciudad, pudieron los realistas corroborar las fuerzas superiores del ejército unido y, en consecuencia, asumieron que se hallaban ellos en una posición desesperada. Acordado el plan de asalto al campamento enemigo, revisaba el brigadier José Ordoñez la columna expedicionaria, la proclamaba y le infundía su heroico espíritu.

Sin perder tiempo, a partir de las siete de la tarde, las tropas destinadas a ejecutar este osado golpe de mano, formaron silenciosamente en tres columnas de aproximadamente cuatro mil hombres. La primera estaba al mando del jefe de Estado Mayor, coronel Primo de Rivera; la segunda, al mando directo del brigadier Ordóñez, y la tercera, al mando del teniente coronel Bernardo de la Torre.

A su vez, el ejército unido estaba dispuesto en tres líneas paralelas, que constaba de

\* Es Docente y miembro titular de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza (filial Maipú).

6600 soldados de línea, entre los cuales 1600 eran de caballería. La primera, ubicada al frente, era la división comandada por el coronel Hilarión de la Quintana con el coronel Juan Gregorio de Las Heras; la segunda línea, situada a unos quinientos metros detrás, estaba bajo el mando del general Bernardo O'Higgins, y la última línea, en la que se ubicaba la reserva, situada al pie de los cerrillos de Baeza.

El general San Martín, que tenía la evidente intención de iniciar una batalla al día siguiente, durante la noche, recibió el aviso de que los realistas pensaban atacar por sorpresa. Ordenó entonces un cambio de posiciones a manera de una contraemboscada. Esto resultaba lógico teniendo en cuenta que los realistas, atentos y conscientes de su inferioridad, bien podrían intentar atacar su campamento en horas de la noche. Atento a ello, concibió un plan para desbaratarlo, que consistió en cambiar la posición de las divisiones de su ejército. Es decir, reubicarlo del noroeste al norte de la ciudad de Talca. Una vez adoptada la nueva disposición, quedarían las tropas formando un ángulo de unos cien grados respecto de la anterior. La idea operativa era que los realistas encontrarán solo un espacio vacío, y que el ejército patriota quedara ubicado sobre el flanco izquierdo de las posibles columnas enemigas de ataque.

Fue evidente que la correcta planificación patriota para rechazar a los españoles se basó en que el enemigo español atacaría más tarde. La información de que ya las tropas de asalto españolas estaban en marcha, indudablemente, fue el factor de sorpresa. De esta manera, en pleno desarrollo de los preparativos del cambio de posición, recibió San Martín el sorpresivo informe de que los españoles ya estaban saliendo de Talca

para atacar a los patriotas. A partir de ese momento, comenzaron las confusiones. Sin tiempo para adoptar nuevas posiciones defensivas, se produjo el ataque español e introdujo desconcierto, pánico y desorganización en las fuerzas patriotas.

Sin embargo, hubo hechos que pusieron a salvo la absoluta destrucción de los patriotas. La importante y poderosa división de la derecha del coronel Hilarión de la Quintana (de la cual formaba parte el Batallón N.º 11), compuesta por unos tres mil soldados aproximadamente, que componían la primera línea patriota, logró completar el desplazamiento ordenado y mantenerse intacto. La ausencia del coronel de la Quintana, que por desorientación probablemente se había apartado para recibir órdenes en pleno combate, hizo que el coronel Las Heras lograra preservar tan importante fuerza de desbande generalizado. Pudo escapar de la zona de la acción, a menos de doscientos metros de la retaguardia española, iniciando inmediatamente una disciplinada y bien organizada retirada rumbo al Norte. De esta manera, este gran patriota argentino preservó más de 3500 hombres, animales, artillería y municiones. La división que salvó Las Heras marchó consecutivamente desde el 15 hasta el 28 de marzo. Fueron catorce días recorriendo entre San Fernando y Talca-Santiago, unos cuatrocientos kilómetros, a razón de veintiocho kilómetros diarios, de los cuales ciento cincuenta fueron cubiertos a marcha forzada y sin tener un día de descanso.

Desde aquel día del 18 de marzo, durante dos días enteros, estos infatigables hombres solo probaron una ración de carne asada que, según consta en los documentos, no excedió los cincuenta gramos, y habían marchado unos ciento veinte kilómetros sin racionar.



Plano topográfico de la Batalla de Cancha Rayada.  
Departamento Documentos Escritos, Mapoteca I-240.

Los españoles se dirigieron hacia allí con lentitud y no llegaron a alcanzar a los patriotas. Retrocedieron durante la noche del 19 sin haber adelantado más de entre uno y tres kilómetros, se ocuparon de saquear el bagaje que encontraron en la posición que tenían los patriotas y enseguida regresaron a Talca. Este precioso intervalo lo aprovecharon activamente el director supremo O'Higgins y el general San Martín, reuniendo a los fugitivos y reorganizando al ejército, que acampó a diez kilómetros de Santiago a la espera del enemigo, con fe inquebrantable en el triunfo final.

San Martín previó el posible accionar enemigo. Por ello, en el momento en que se inició el combate, la división de O'Higgins, se encontraba en movimiento para modificar su posición. La "sorpresa", en este caso, fue parcial. El mayor efecto fue dado porque las tropas se estaban desplazando de noche y, en consecuencia, la confusión se incrementó. Más aún si sumamos a esto que O'Higgins fue herido y uno de los ayudantes chilenos, el joven Juan de Dios Larraín Aguirre (emparentado con la que después fuera esposa de Las Heras), murió cerca de San Martín. Tal fue el caos que incluso se temió por la vida del general. ~~~

## BIBLIOGRAFÍA

MARTÍNEZ BAEZA, S. (2009): *Vida del general Juan Gregorio de Las Heras (1780-1866)*, Buenos Aires: Academia Nacional de Historia.

NELLAR FUED, Gabriel (1965): *Juan Gregorio de Las Heras. Su vida, su gloria*, Buenos Aires: Círculo Militar.

**PROCLAMAS**  
DEL  
*Supremo Director de Chile,*  
Y DEL  
**GENERAL SAN MARTIN.**

---

CHILENOS:—

UNA porcion de soldados de la Patria persuadidos en la batalla de Talca, con la confusion de la noche, que todos los Cuerpos habian sufrido una derrota, ha transitado los pueblos y campos esparciendo ideas melancolicas, que tambien han exágerado unos tantos cobardes, que nunca faltan. Pero ya el desengaño habrá reanimado á los unos, y confundido la vileza de los otros. Cerca de quatro mil veteranos existen todavia en campaña, y se han burlado del enemigo, que por mil circunstancias favorables ha sufrido una perdida, que no le permite avanzar un paso.

El orden, la subordinacion y la confianza serán la base fundamental de nuestras operaciones interiores. Con estas virtudes toda dificultad será vencida, y la Patria salva. Ciudadanos, firmeza, feè ¿Vosotros os espantais de fantasmas? A las armas bravos soldados, y ahoguemos ese puñado de bandalos que viene á profanar nuestro Suelo.

*O Higgins.*

YA estareis persuadidos, que el contraste del ejército de la PATRIA en la noche del 19 es una sombra del horrible aparato con que algunos cobardes consternaron los Pueblos. Es verdad, que por un accidente imposible de prevenir, el resultado no fué afortunado; pero la dispersion de las tropas, principal desgracia de aquella jornada, está en gran parte remediada. Cerca de quatro mil hombres se repliegan á la margen derecha del Maypù, y otros cuerpos de linea y milicias se preparan para incorporarseles. La Capital de Santiago será fortificada para hacer la última resistencia; pero el ejército de mi mando dará otra batalla antes de volver á sus lineas. Yo ós veo interesados en vuestra suerte, y no hay peligro para la PATRIA, si os consagrais de buena fé á defenderla. Corramos á las armas, que yo os aseguro de la resolucion de mis soldados. Escarmentemos á los tiranos, y la vida sea sacrificada, si fuere necesario, por la libertad de la PATRIA.

*José de San Martín.*

UNA de aquellas casualidades, que no es dado al hombre evitar, hizo sufrir en nuestro ejército un contraste. Era natural que un golpe que jamas esperabais, y la incertidumbre os hiciese vacilar. Pero ya es tiempo de que volvais sobre vosotros mismos, y observeis que el ejército de la PATRIA se sostiene con gloria al frente del enemigo: que vuestros compañeros de armas se reunen apresuradamente; y que son inagotables los recursos de vuestro patriotismo. Al mismo tiempo que los tiranos no han avazado un punto de sus atrincheramientos, yo dexo en nuestro quartel general una fuerza de mas de quatro mil hombres sin contar con las milicias. Me presento á aseguraros del estado ventajoso de vuestra suerte; y regresando muy en breve á nuestro quartel general tendré la felicidad de concurrir á dar un dia de gloria á la América del Sud.

*José de San Martín.*

# De Cancha Rayada a Maipú, visto por sus contemporáneos

por Roberto L Elissalde\*

Promediaba la tarde del 5 de abril de 1818, cuando San Martín –con el mismo laconismo con que redactó su testamento, el parte de su vida– le dictó a su ayudante, el coronel Diego Paroissien, el primer parte de la batalla de Maipú: “Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño resto huye; nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. La Patria es libre”<sup>1</sup>. Algún contemporáneo dijo que era “el parte de un borracho”, pero el historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna lo vengó con mordacidad: “¡Imbéciles! Estaba borracho de gloria”. Ese papel quedó manchado por la sangre de las manos del cirujano que estaba amputando heridos y cumpliendo la cruda orden del general: “No se recogerá ningún herido durante el fuego, se necesitan cuatro hombres por cada herido, se debilitaría la línea en cualquier momento”<sup>2</sup>.

Tremendas aclamaciones se escucharon en ese momento. Don Bernardo O’Higgins, traspasado de dolores con el brazo en cabestrillo y devorado por la fiebre, se dirigió a caballo al campo de batalla escoltado por la escasa guarnición militar de Santiago.

Llegó cuando San Martín ordenaba el ataque final. Colgándosele del cuello, le gritó: “Gloria al salvador de Chile”, con impotencia en su alma por no haber participado de esta acción decisiva para liberar a su tierra. Cubierto de polvo, San Martín se acercó y le dijo: “¡General, Chile no olvidará jamás al ilustre inválido que, en el día de hoy, se presenta en el campo de batalla en este estado!”<sup>3</sup>. Eran las cinco de la tarde. Magnífica escena, obra del pincel del chileno don Pedro Subercaseaux, que nos ha quedado grabada desde la primera infancia y preside el salón de actos de nuestro Museo Histórico Nacional, símbolo inequívoco más allá de las rencillas propias entre hermanos de la confraternidad y amistad argentino-chilena.

Pero volvamos en el tiempo, a la noche del 19 de marzo de 1818. La derrota o sorpresa de Cancha Rayada –o “el desastre”, como fue presentado por algunos en Santiago– hizo temer lo peor y el pueblo chileno pensó con justa razón que podía volverse a los tristes días posteriores a la batalla de Rancagua en octubre de 1814, si el ejército realista se hacía fuerte. Bien lo explicó Vicente Pérez Rosales:

\* Es historiador. Miembro de número del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, del Instituto de Investigaciones Históricas de la Manzana de las Luces, de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina. Académico correspondiente de la Academia Paraguaya de la Historia, del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay y miembro de la San Martín Society de Washington.

El efecto de la noticia de esta catástrofe produjo en la capital, tanto más sorprendida cuanto menos preparada para recibirla, no es para describirlo. Cuando la derrota de Rancagua, no todos los santiagueños adictos a la causa de la emancipación creyeron necesario trasponer los Andes para salvarse del rencor realista, porque si bien es cierto que eran patriotas de corazón, sus hechos no los calificaban aún de incorregibles insurgentes; al paso que a muy pocos santiagueños en el año 18 les tomó Cancha Rayada con la careta que antes los encubría por haberla arrojado con sumo desembarazo después de la gloriosa jornada de Chacabuco. Se enseñoreó pues, del infeliz Santiago el pánico más desatinado, y aguijoneado por instantes el instinto de salvación por las atropelladas noticias que traían los prófugos del campo de batalla, solo pensó en buscar refugio del otro lado de los Andes.<sup>4</sup>

El general John Miller en sus *Memorias* apuntó:

El ataque fue inesperado; pero los patriotas no dejaban de estar preparados para recibirlo, y pudieron fácilmente haberlo rechazado [pero agrega el nudo de la cuestión] el efecto que produce un ataque en la oscuridad de la noche en el ánimo de las tropas bisoñas, es bastante por sí sólo para originar una derrota completa, sin que

sea necesario inculpar a los generales que las mandaban. Ni tampoco les era posible contener los efectos del terror pánico que apoderándose de algunos en el primer momento, corrió velozmente por las filas, el cual aumentaba la oscuridad, que hacía ineficaces todas las medidas de los jefes.<sup>5</sup>

Destacó al general Las Heras, cuya “presencia de espíritu y bizarría alcanzó mantener los dos tercios de su gente reunida [...] al valor de este jefe y a su prudente conducta debe Chile estarle eternamente agradecida”.<sup>6</sup>

Partícipe de la acción, con modestia, Miller solo se adjudicó, “por la buena fortuna y ánimo bastante”, el haber salvado dos piezas de artillería de Buenos Aires. Elogió al alférez Moreno, joven de 16 años que permaneció con él:

... se condujo con un heroísmo ejemplar, animando y estimulando a los artilleros, y manteniendo reunidos a los soldados de infantería, hasta que habiendo sido gravemente herido, tuvo Miller que mandarle a retaguardia con unos de los cañones que no podían ya servir, por haber muerto o estar heridos la mayor parte de los artilleros [así como el caso del joven teniente chileno, Juan de Larraín] apreciable y de muchas esperanzas de edad de 19 años, fue atravesado de un balazo por el corazón, cuando estaba reuniendo un batallón dispuesto al lado de San Martín, de quien era ayudante de campo.<sup>7</sup>

El general Hilarión de la Quintana, hizo un pormenorizado relato de la acción, esa tarde lo había encontrado

al general San Martín, reclinado en un matorral y cubierto con una manta, por los ardores del sol. Observé que la caballería, al mando del general Balcarce, había echado pie a tierra. Insté al general que diese la orden de marchar para alcanzar y concluir al enemigo; le hice presente ser el día de su cumpleaños<sup>8</sup>, circunstancia favorable para que los soldados obrasen con entusiasmo; pero él me señaló el estado de la caballería. Sin contestarle, me dirigí al general de esta arma y éste me dijo que esperaba a que acabase de pasar la infantería... no dudaba yo que el enemigo en esa noche intentaría una sorpresa.<sup>9</sup>

Dispersado el ejército en la noche del 20, San Martín y O'Higgins –herido por una bala en un brazo– alcanzaron la villa de San Fernando, donde los encontró el capitán Benjamín Viel, joven oficial francés que había militado en la guardia de Napoleón en Waterloo. Encontró al primero “con rostro imponente pero deshecho, dejando a un lado un lebrillo de agua con que se preparaba para humedecer su frente enrojecida por la fiebre y el insomnio. El joven oficial le dijo en mal español que Las Heras había salvado el ala derecha de todo el ejército”, noticia que alegró profundamente a ambos generales.<sup>10</sup> Allí, el Libertador le comentó a de la Quintana su desazón con Brayer, “oficial francés, que había hecho de mayor general, y a quien, no sé si con razón o sin ella, se atribuía el no haber colocado bien las centinelas avanzadas en la noche de la sorpresa, me encomendó aquel cargo”<sup>11</sup>.

San Martín le escribió al director supremo Juan Martín de Pueyrredón:

Acampado mi ejército en Talca, fue batido por el enemigo, y sufrió una dispersión casi general, que me obligó a retirarme. Me hallo reuniendo la tropa con feliz resultado, pues cuento ya con 4.000 hombres desde Caricó a Pelequén. Espero muy luego juntar toda la fuerza y seguir mi retirada hasta Rancagua. Perdimos la artillería de los Andes, pero conservamos la de Chile.<sup>12</sup>

A estas dignas palabras reconociendo la derrota, se nos impone transcribir las de Pueyrredón:

Nada de lo sucedido en la poco afortunada noche del 19 vale un bledo, si apretamos los puños para reparar los quebrantos. Nunca es el hombre público más digno de admiración y respeto, que cuando sabe hacerse superior a la desgracia, conservar su serenidad y sacar todo el partido que quede al arbitrio de la diligencia. Una dispersión es un suceso muy común, y la que hemos padecido cerca de Talca, será reparada en muy poco tiempo.<sup>13</sup>

El agente diplomático de Estados Unidos en Chile, el señor W. D. Worthington, definió el parte del derrotado con estas líneas: “Me parece que es una muestra de sinceridad, no diferente al reconocimiento que hizo Napoleón de su desastre en la Campaña de Rusia”<sup>14</sup>.

La situación no podía ser más desgraciada, don José Zapiola en sus *Recuerdos* afirmó que la noticia de la derrota corrió desde las primeras horas del 20 como reguero de pólvora.

Don Bernardo de Monteagudo, auditor del ejército, había llegado refri-

do el mismo suceso, con pormenores aún más alarmantes que los que ellos sabían. Ya no era posible la duda y sólo se trató de ocultar la catástrofe al público. Todas las precauciones, sin embargo, fueron inútiles, pues el 21, Sábado Santo, a la diez de la mañana, las noticias de nuestro ejército estaban en boca de todo el mundo, con dolorosos pormenores. La noche de ese día y la del domingo inmediato fueron aterradoras. Algunas tiendas de comercio fueron saqueadas, teniendo esta preferencia las de algunos entusiastas patriotas. Pero nada más siniestro que ese mismo domingo. Al mediodía empezó a levantarse una nube de polvo por el lado del Sur, próximo a la ciudad, que por momentos se hacía más densa, aumentando el espanto de los habitantes de Santiago... Esa polvareda la ventaba la multitud de gente de a caballo y de a pie de los pueblos del sur, que buscaba un asilo en la capital.<sup>15</sup>

Tomás Guido dejó el relato de la actitud del general don Luis de la Cruz, director interino de la República de Chile, quien

se lanzó a emplear todo medio eficaz para levantar los ánimos consternados y prepararse a la defensa [...] desplegó la actividad reclamada por las exigencias del momento; exaltó con su ejemplo y su palabra el entusiasmo nacional, y secundado eficazmente y con extraordinaria actividad por

el animoso coronel don Manuel Rodríguez, adoptó sin vacilación resoluciones vigorosas.<sup>16</sup>

El general Miller recordó que algunos fugitivos

anduvieron ochenta leguas en veintiséis horas, esparcieron la noticia de la derrota en Santiago en la mañana del 21. En tales casos los hechos se desfiguran y el terror los aumenta; así pues creyeron en la capital que no habían quedado reunidos cincuenta patriotas, y que debían esperar en ella a Osorio, de un momento a otro... las gentes despavoridas corrían a esconder en los conventos, lo que tenían de más precioso; otros cargados de efectos iban a depositarlos a las casas de sus amigos, que tenían.<sup>17</sup>

Guido aclaró quién fue uno de los responsables del caos, “el general conde Brayer, veterano del Imperio francés, que viniendo del campo de batalla, fue también mensajero del terrible fracaso”. El general Cruz reunió a un grupo de oficiales y destacados ciudadanos, entre los que se encontraba el francés,

quien acababa de desempeñar en nuestro ejército las funciones de jefe de Estado Mayor, y que había presenciado el contraste de la noche del 19. Considerándolo el Director Cruz de los más competentes por su experiencia militar y gloriosa carrera en el Imperio, se dirigió a él de los primeros, para que, como actor de la guerra, expusiera francamente si le parecía remediable nuestra desgracia, adelantándose el enemigo a marchas forza-

das hacia la capital, en persecución de nuestra tropa desbandada.

Brayer respondió sin titubear, con la autoridad de un militar experto, que “dudaba mucho pudiésemos rehacernos de la derrota sufrida, y que, por el contrario, la completa desmoralización del ejército y el estrago causado en sus filas, disipaban, según él, toda esperanza de reparar el golpe”. Inmediatamente, Guido y los demás se dieron cuenta de que la opinión “de un jefe tan competente, era menester combatirla en precaución del desaliento que debía producir”<sup>18</sup>. Ya veremos quién era el competente oficial más adelante. Asimismo, el entonces coronel Tomás Guido creyó en su deber “contestarle de manera de desvanecer apreciaciones desalentadoras, precisamente en el trance que era necesaria una resistencia obstinada”. Le replicó de este modo:

V.S. no puede juzgar del estado del ejército en retirada, después de la sorpresa que lo fraccionó, por haber dejado el campo bajo la impresión de un irreparable desastre. ¿Ignora V.S. que aún existe nuestro impertérrito jefe? Pues bien, yo puedo asegurar a esta asamblea con irrefragables testimonios que poseo, que el general San Martín, aunque obligado a replegarse a San Fernando después de Cancha Rayada, dicta las más premiosas órdenes para la reconcentración de las tropas y reunión de las milicias. Además, viene en marcha una división del ejército, que quedó entera en el asalto de las tropas realistas, tomándose al mismo tiempo con partidas distribuidas por el Directorio, todas las avenidas de la cordillera, por donde pudieran

evadirse los soldados dispersos, No hay, pues, señor general, razón para temer que no veamos pronto nuestro ejército en estado de combatir y de conquistar la victoria con el apoyo y energía del país, decidido a todo sacrificio para mantenerse independiente.<sup>19</sup>

Estas palabras “fortificaron la confianza en los ánimos”. Por otro lado, don Vicente Pérez Rosales describió:

... el gentío de a pie y de a caballo que seguía, llevándose todo por delante, el conocido camino de la cuesta de Chacabuco en demanda del de los Andes; y en el corazón de la sierra, aquí y allí sembrados, no se veía otra cosa que grupos de hombres y de mujeres, llevando unos a sus hijos por la mano, otros sentados para cobrar aliento, y los más solicitando de la gente que huía, alimentos con que sustentarse para seguir huyendo. Para que se deduzca cuanto debieron sufrir las familias menos acomodadas que la mía en la inmigración, básteme referir que por sólo nueve mulas de silla que nos franqueó por especial favor el conocido Loyola, empresario de carretas en el camino de Valparaíso, pagó mi padre catorce mil pesos. Nada, pues, pudimos llevar, todo quedó en la casa a cargo de un antiguo y buen sirviente, como si debiéramos volver a ella el mismo día. Recuerdo que mientras ensillaban las cabalgaduras y se echaban colchones hasta sobre los caballos regalones de Solar, el resto de la familia se ocupaba de enterrar, bajo los ladrillos de las piezas interiores, las alhajas y la plata

labrada que aún nos quedaban y que muchos talegos de a mil pesos cada uno se arrojaron, a hurto de los sirvientes en el pozo del último patio. Hecho esto y con poco más que lo encapillado, emprendimos la huida para Mendoza a las 3 de la tarde del día 23.<sup>20</sup>

A su vez, don José Zapiola recordó que

entre esa multitud de familias, pobres casi en su totalidad venían gran parte de soldados y no pocos oficiales del ejército más brillante que hasta entonces había tenido Chile. Lo que más desconsuelo causaba era ver ese sinnúmero de militares avergonzados y abatidos, sin formación alguna, y la mayor parte desarmados, y que en lugar de tomar cuarteles en Santiago pasaban de largo, en dirección al Norte, es decir, a Mendoza, que miraban como el único punto de seguridad. El 23, día lunes, puede decirse que todo el mundo se disponía a emigrar en esa dirección. El que estas líneas escribe tuvo un buen empeño para incorporarse en el equipaje [se refiere a la documentación oficial y comprometedora que se enviaba a buen recaudo tras la cordillera] del general O'Higgins, que marchó en dirección a Mendoza a cargo del padre Jara, religioso dominico.<sup>21</sup>

[...] Compramos en doce reales una yegua, o más una armazón de yegua, que con gran trabajo nos condujo hasta inmediaciones de

Santa Rosa de los Andes, de donde regresamos al saber el triunfo de Maipo. En nuestra compañía, iba un cadete, más tarde general, que después vimos condecorado con la medalla que se concedió a los vencedores de los vencedores de Bailén.

[...] Así se dan premios, y no será este el único caso de ese género...<sup>22</sup>

El viaje de los emigrados no fue fácil. Vicente Pérez Rosales recordó que su abuelo (Rosales) había sido confinado a la isla de Juan Fernández, adonde fue en compañía de su hija Rosario. El triunfo de Chacabuco lo había reintegrado al seno de la sociedad santiaguina, cuando disfrutaban esa feliz circunstancia apuntó que “nos vimos precisados a proveer de nuevo y de un modo más eficaz, a la salvación de aquel venerado tronco de nuestra familia”, recordando que la llegada de los fugitivos chilenos a Mendoza llenó ese pueblo del más acerbo espanto”<sup>23</sup>.

El viajero Samuel Haig todas las tardes hacía el camino de Santiago hasta el campamento militar

para visitar a nuestros amigos del ejército [...] también había varios oficiales de mérito, venidos de Europa para servir la causa de la libertad, entre ellos Beauchef, D'Albe, Viel, Brandsen, franceses y O'Brien, Lowe y Lebas, británicos. El general Brayer había sido oficial distinguido del ejército francés y premiado por Bonaparte con la Legión de Honor, había tenido hasta entonces el mando de la caballería patriota; pero a raíz de una discusión con el comandante en jefe, pidió permiso para retirarse del ejército. Como

este pedido, en vísperas de la batalla, se consideraba más bien inoportuno, San Martín, en términos descomedidos, le expresó su sorpresa y después de decirle que se fuese adonde quisiera, concluyó por agregar: ¡Señor general, Ud. es un carajo!<sup>24</sup>

Enterado Tomás Guido de que el general se encaminaba rumbo a Santiago, decidió salir a buscarlo.

... en la noche que atravesaba el extenso llano de Maipú, logré juntarme con él a eso de las ocho. Apenas recibió mi saludo, acercó su caballo al mío, me echó sus brazos y dominado por un pesar profundo me dijo con voz conmovida: ¡mis amigos me han abandonado, correspondiendo así a mis afanes! —No general —le respondí interrumpiéndole, bajo la penosísima impresión de que me sentí poseído al escucharlo— rechace Ud. con su genial coraje todo pensamiento que le apesadumbre. Se bien lo que ha pasado; y si algunos hay que sobrecogidos después de la sorpresa le hubieren vuelto la espalda, muy pronto estarán a su lado. A Ud. se lo aguarda en Santiago como a su anhelado salvador. Rebosa en el pueblo la alegría y el entusiasmo al saber la aproximación de Ud. El general Cruz excita con celo infatigable el espíritu nacional. Rodríguez no sosiega. Por mi honor, que no exagere; los jefes reunidos le esperan como a su Mesías y será Ud. recibido con palmas. He venido ex profeso a avisárselo a Ud. y a pedirle sus órdenes. El general me escuchó con bon-

dad, y dándomelas muy decisivas, me previno partiese en el acto a ejecutarlas y le esperase en su alojamiento en Santiago. Pero al separarme me dijo serenado: —Vaya Ud. satisfecho, mi amigo y le prometo, recobramos lo perdido y arrojaremos del país a los chapetones.<sup>25</sup>

La acción de Cancha Rayada dio motivo a rumores sobre algunos sujetos tanto en Buenos Aires como en Santiago. Por aquí, corrió el rumor, según Beruti, de que

el que vendió el santo fue un oficial nuestro llamado don Antonio Arcos, de nación gallego, que estaba a nuestro servicio, cuyo infame español no pareció, y según se dice se pasaría al enemigo, que se veía apurado y al parecer por estar sitiado por nuestro ejército —en el pueblo de Talca, en donde estaba el enemigo atrinchado— pero todo esto no tiene certidumbre sino vaga...<sup>26</sup>

Se trató sin duda de un infundio porque, el 3 de junio de 1818, la *Gazeta de Buenos Ayres*, publicó una desmentida que había enviado el 27 de mayo el general San Martín:

El sargento mayor que fue del Ejército de los Andes D. Antonio Arcos me dice haber visto en Chile una carta escrita desde esta capital en que sin rodeos se asegura que el suceso desgraciado de Cancha Rayada se atribuía a estar dicho Arcos de inteligencia con el enemigo, y aún de haberle comunicado el santo de aquella noche: en honor de la justicia estoy obligado a

poner a cubierto el de este sujeto, protestando como lo hago no tener el menor antecedente de tal infame imputación. Ruego a Ud. tenga la bondad de insertar en la gaceta esta sencilla y verídica expresión.<sup>27</sup>

En otro episodio, en sus *Recuerdos*, el chileno José Zapiola lo dio a conocer:

A pesar del entusiasmo que la presencia del Supremo Director y del general San Martín había inspirado en muchos, la emigración iba en aumento, y el camino de Aconcagua no era más que una fila interminable de gente que abandonaba la capital en dirección a la otra banda. Entre esa multitud vimos con extrañeza a un valiente jefe argentino, don Mariano Necochea, que seis años más tarde se cubrió de gloria en Junín, acompañado del célebre médico español Grajales. Una herida casual en una mano, fuera del campo de batalla, era el motivo...<sup>28</sup>

Sobre esta curiosa actitud de Necochea, ofreció una explicación su biógrafo, el general Gustavo Martínez Zuviría. Se trató de un episodio galante de nuestro oficial, mientras se encontraba al frente de su escuadrón persiguiendo a los derrotados en Chacabuco. Un grupo de salteadores rodeaba un carruaje empantanado, al que seguramente había intentado defender un soldado de Dragones del Rey, que estaba herido e intentaban ultimar. Necochea y sus granaderos lograron poner en fuga a los bandidos y un soldado auxilió al oficial, al tiempo que le

advirtieron a él que en el carruaje se encontraba una señora, una hermosa mujer, y su doncella. Necochea le pidió desechara todo temor y se ofreció a servirla. Ella, por otro lado, le pidió que no martirizaran al soldado quien, por defenderla, había sido herido, cumpliendo el encargo que le había dado su esposo, el coronel Antonio Morgado. Este era un oficial realista aborrecido por su crueldad, pero Necochea se olvidó de esto y le extendió un salvoconducto para que llegaran a Valparaíso sin problema, a la vez que ordenaba entregarle un caballo al oficial. Fue el comienzo de una amistad. Lo cierto es que Morgado quería reunirse con su esposa en Talcahuano y ella se negaba a cumplir su voluntad. Disfrazado, logró llegar a Santiago refugiándose en un convento, dispuesto a asesinar a su esposa. Esta novedad llegó a conocimiento de O'Higgins, quien ordenó que lo encarcelaran y, so pretexto de fuga, que lo matara la patrulla encargada de conducirlo. Pero Necochea liberó al marido una hora antes de que el complot se consumara. Por intermedio de Guido, nuestro granadero le comunicó al director O'Higgins que se había salvado con esa actitud su nombre y el de la dama, porque habrían sido sindicados como los asesinos. "La herida que impidió a Necochea asistir a la batalla de Maipú [según la tradición] fue recibida en una emboscada que el día de la batalla le preparó Morgado, para asesinarlo, y de la cual se salvó providencialmente. Por motivos fáciles de conjeturar ocultó el suceso y dio otro origen a la herida..."<sup>29</sup>.

Sobre la disciplina que impuso San Martín a su ejército y mucho más después de Cancha Rayada, vale un párrafo de la carta de Pueyrredón fechada en Buenos Aires el 9 de abril de 1818, enterado del resultado de aquella acción y de lo que se vivía en Santiago, en la que avala el máximo rigor:

Con fecha del 27 me dice Guido, que estuvo Ud. en Santiago, dio sus disposiciones y volvió a partir para el ejército; Dios le dé a Ud. la salud y fortaleza que necesita. Mucho me agrada que Ud. meta en el campo de instrucción a todo el ejército, para restablecer el espíritu de las tropas. Se dice que muchos oficiales han faltado a su honor: sea Ud. inexorable con los cobardes: un ejemplar de un oficial produciría efectos admirables en todo el ejército.<sup>30</sup>

San Martín entró a Santiago el 25 de marzo, según el coronel Olazábal:

No había pasado media hora de la llegada del general San Martín a la capital, cuando, sabido por el pueblo, se agolpó a su palacio y a la plaza, de una manera tal, que bien habría cuatro mil personas, entre las que se contaban lo más selecto por su posición social. La gritería era inmensa, pidiendo que saliese a la plaza el general para verlo. Al fin fue necesario que se presentase bajo los portales del palacio, y el pueblo, prorrumpió en vivas entusiasmadas, faltando poco para sofocarlo con tanto abrazo. San Martín entonces, levantado en alto la mano derecha, pidió silencio, con el temple de aquella voz con que sabía conducir a la victoria, restablecido éste, dijo: “¡Chilenos! El contraste con que en la oscuridad de la noche acaba de sufrir el ejército unido, nada importa si, como lo espero, debo contar con el patriotismo y abnegación de este gran pueblo. Yo os empeño mi palabra de honor que primero pasará el enemigo sobre mi ca-

dáver, y los de mis valientes soldados que entrar a la capital”. El entusiasmo y aclamaciones, entonces, no tuvieron proporciones.<sup>31</sup>

El coronel Melián, protagonista de esas jornadas, en sus recuerdos, escribió que

el 22 de marzo, en la noche principiaron a entrar en la capital algunos de los cuerpos de caballería de los dispersados la noche del 19 y sucesivamente siguieron el 23, 24 y 25 hasta el 28, en que llegó al campo de Maipú el coronel Las Heras con la división de la derecha y doble número de los dispersos que se le reunieron en retirada.<sup>32</sup>

Resulta interesante otro testimonio que el señor W. D. Worthington envió a su ministro en Washington:

Poco antes de iniciarse la batalla de Maipú, lo visité en su tienda. Estaba muy ocupado, pero le presenté dos oficiales que me acompañaban, uno suizo y otro americano. Recordando que en Cancha Rayada le habían tomado por sorpresa, me aventuré a decirle: —Parece, General, que Osorio avanza con mucha precaución... Por el énfasis con que me contestó, comprendí que había comprendido mi intención. —Nous le verrons... fue toda su respuesta y no en tono de duda, antes bien como si tuviera puestos los ojos sobre el enemigo. Me acompañó hasta fuera de la tienda y me agradeció —dijo— el honor de mi visita. Al estrechar su mano y en momentos en que el choque de los ejércitos parecía

inminente, le dije: —De esta batalla, Señor General, depende, no solamente la libertad de Chile, sino acaso toda la América Española. No sólo Buenos Aires, Chile y Perú tienen los ojos puestos en Ud. sino todo el mundo civilizado. Dije esto sin presunción y con cierta tímida solemnidad, como lo sentía, y como lo sintió él, por la forma en que escuchó mis palabras, luego se inclinó y volvió a su tienda.<sup>33</sup>

Samuel Haig, un comerciante inglés que había llegado en agosto de 1817 a Chile con un importante cargamento de mercaderías, especialmente de armas —sin consignar para qué bando, aunque todo hace suponer que eran para el ejército de los insurrectos de Buenos Aires y de Santiago—, fue un calificado testigo de la actividad comercial británica en Valparaíso hasta 1825 y de la batalla de Maipú. Su cercanía a los generales San Martín y O’Higgins y la confianza con el primero no nos hace dudar de quiénes eran los individuos con los que comercializaba dichos pertrechos. Según contó en sus bosquejos, ya el 1 de abril el ejército patriota había sido reorganizado, “recientemente uniformado, las tropas tenían un lindo aspecto marcial”. La artillería perdida en Cancha Rayada, había sido “reemplazada, pues tenían dos inmensos cañones tirados por bueyes a más de un hermoso parque de artillería”. Por la tarde, Haig acostumbraba ir a caballo hasta el campamento, donde lo impresionaba “la silenciosa y sombría fiereza de los soldados, especialmente de los negros”.<sup>34</sup>

El 4 de abril, además de algunas escaramuzas, como a las nueve de la noche, se

corrió el rumor —confirmado después por el mayor D’Albe— de que una división enemiga se acercaba a Santiago por el camino de Valparaíso y que se encontraba a hora y media de camino. Se cavaron trincheras en las bocacalles, se doblaron las patrullas. Allí, Haig pudo comprobar la sangre fría de O’Higgins, que no solo arbitró las medidas mencionadas, sino que “cuando se instó al director a que buscara refugio en el ejército patriota; respondió: ‘No, moriré aquí, y si me encuentran, será en mi puesto’”<sup>35</sup>. El informe de D’Albe era exacto, pero se extravió y no siguió avanzando, esperando el alba para unirse al grueso del ejército.<sup>36</sup>

A la mañana siguiente, el Libertador observó el movimiento de los españoles: “Qué brutos son estos godos. Osorio es más torpe de lo que yo pensaba —le dijo a sus acompañantes O’Brien y el ingeniero D’Albe—. El triunfo de este día es nuestro. ¡El sol por testigo!”. Mitre, que tuvo la oportunidad de conocer a muchos de los protagonistas de aquellos sucesos, en 1849, en Valparaíso, conversó con el general O’Brien, ayudante de San Martín y su hombre de extrema confianza. Recordaba este que “a pesar de su larga residencia en América nunca pudo hablar correctamente el español, decía 30 años después, relatándonos esta escena histórica, que San Martín había exclamado: ‘Qué bruta esta goda Osorio. Triunfo nuestro. Sol testigo’”. Esta escena la oyeron de labios de O’Brien los historiadores chilenos Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna.<sup>37</sup>

Con pluma ágil, Haig describió ese amanecer del domingo 5 de abril, “las campanas llamaban a misa y un sentimiento religioso se deslizaba en los sentidos al unísono con la santidad del día; parecía sacrilegio que tan santa quietud se interrumpiese con estrépito de batalla”<sup>38</sup>. Con una muda de ropa, una frazada

doblada en la capa, armado con un par de pistolas y un sable, Haig montó a caballo con sus compatriotas Barnard y Begg, con quienes rumbo al campo de batalla abandonó Santiago de Chile, “muchos de cuyos habitantes estaban medio locos [...] a una legua de la ciudad oímos los primeros cañonazos, a largos intervalos, pero llegando a la posición patriota, encontramos los dos ejércitos empeñados encarnizadamente y el fuego era un sólo rugido prolongado”. La descripción de la acción, sin duda, es de máxima meticulosidad. Por razones de extensión, omitimos su lectura, pero valgan estos párrafos sobre el ataque del regimiento de Burgos:

El choque fue tremendo, cesando el fuego casi de golpe y ambos bandos cruzaron bayonetas. Los gritos repetidos de “¡Viva el Rey!”, “¡Viva la Patria!”, demostraban que cada pulgada de terreno era disputada desesperadamente; pero, a causa del polvo y humo, difícilmente podíamos saber de qué lado se inclinaba la victoria. Finalmente el grito realista enmudeció, y el avance de los patriotas, con grandes vítores de “Viva la Libertad” proclamaban que la victoria era suya. Cuando Burgos se apercebíó que sus filas estaban rotas, abandonaron toda idea de resistencia ulterior y huyeron en todas direcciones, aunque principalmente hacia el Molino de Espejo, Fueron perseguidos por la caballería y despedazados sin piedad. En efecto, esta virtud había sido muy desterrada de los pechos en ambos bandos. La carnicería fue muy grande y me decían algunos oficiales que habían servido en Europa, que nunca presenciaron

nada más sangriento que lo ocurrido en esta parte del campo de batalla.<sup>39</sup>

En el momento en que el capitán O’Brien llegaba con el anuncio de la victoria, Haig, con su amigo Barnard, se encontraba junto al Libertador, quien les pidió ubicaran al cirujano mayor el coronel Paroissien, “a quien deseaba ver inmediatamente”. Lo encontraron en el Molino, lugar que

se había convertido en hospital de sangre durante la acción y el patio del frente estaba lleno de heridos, principalmente negros, que habían sido recogidos del campo de batalla. El cirujano principal estaba amputando la pierna de un oficial que había sido destrozada por una bala de mosquete y tenía sus manos cubiertas de sangre.

Apenas finalizó esa tarea, en un papel, escribió un despacho a O’Higgins, solicitándole “carros y carretas para llevar heridos a los hospitales de la ciudad”<sup>40</sup>.

Narró Haig que la ciudad estaba casi des poblada de habitantes, los que se habían retirado a los suburbios,

al entrar en la Cañada anuncié la victoria gritando con todas mis fuerzas ¡Viva la Patria! y mostré el papel ensangrentado que llevaba para el director. Apenas hube proferido estas palabras cuando en respuesta se alzó una gritería de la multitud que hizo retumbar el firmamento entero, y el tropel de gente me envolvió. Luego de desprenderme de este grupo pasé por la Cañada; las campanas repicaban y resonaban el aire con exclamaciones de

¡Viva la Patria! ¡Viva San Martín!  
¡Viva la Libertad!, pero a medida  
que me aproximaba a la ciudad, la  
multitud se hacía más densa, y me  
precipité por una calle excusada  
en las orillas de la ciudad después  
de evitar una trinchera ancha y re-  
cién cavada, haciendo un rodeo,  
galopé a Palacio. Encontré las en-  
tradas atestadas de populacho del  
que formaba parte mi sirviente, a  
quien dejé el caballo y, a empello-  
nes, me abrí paso con dificultad  
hasta la sala de audiencia.

Cuando llegó ya el director, O'Higgins ha-  
bía partido al campo de batalla:

Fue tan gravemente herido la  
noche del 19, que los médicos  
habían opinado que le sería  
fatal afrontar la fatiga del ser-  
vicio. En consecuencia perman-  
eció en la ciudad con unos  
pocos milicianos, relativamente  
tranquilo, durante las primeras  
horas de la mañana; pero así  
que llegó a sus oídos el caño-  
neo lejano, su valor impetuoso  
venció toda otra consideración  
y, poniéndose a la cabeza de  
su gente, salió a la carrera de  
la ciudad para tomar parte de  
la refriega. Encontré al coronel  
Fontecilla<sup>41</sup> haciendo sus veces,  
a quien entregué el despacho,  
y le trasmití el mensaje que me  
habían encomendado.<sup>42</sup>

En seguida me fui a casa para  
cerciorarme de la situación de  
aquel barrio. Mi dependiente,

español, estaba en la mesa comien-  
do con varios amigos; habían oído  
un relato diferente de la batalla y  
parecían completamente satisfechos  
del resultado. Primero apoyé la idea  
y les dije que sus compatriotas ha-  
bían triunfado y se exaltaron de  
placer; luego agregué que sus com-  
patriotas habían perdido y la tran-  
sición fue como de la luz del sol a  
un chaparrón. Después de comer,  
apresuradamente monté un caballo  
de refresco, para regresar al campo  
de batalla. Todas las campanas de  
las iglesias repicaban y los sacer-  
dotes encendían fuegos artificiales  
desde las torres. Esta costumbre  
sudamericana en los días festivos y  
el renglón correspondiente a la pól-  
vora no es el mínimo en la lista de  
los gastos eclesiásticos.

[En el trayecto] alcancé mucha  
gente que se dirigía al teatro de la  
acción, algunos para buscar a sus  
amigos y parientes, otros por cu-  
riosidad y otros que quizás no ha-  
brían deseado hacer públicos sus  
propósitos. Había varios sacerdotes  
a caballo. Un rollizo fraile domini-  
cano, con hábito, rosario, cuentas,  
sombbrero de teja y toga de bombasí  
arremangada hasta las caderas iba  
al galope. Al preguntarle lo que po-  
día decidir un hombre de su humil-  
de profesión para visitar una escena  
de carnicería, me dijo que era tan  
óptimo patriota como buen cristia-  
no, y que iba a felicitar a los genera-  
les y confesar a los heridos de muer-  
te. Lo dejé en el terreno para poner  
en práctica esta piadosa intención.

También, sin tapujos, Haig describió esta triste escena:

Aunque escasamente transcurridas dos horas después de la pelea, los huasos del campo (que todo el tiempo se habían mantenido a caballo rondando apenas fuera de tiro) se ocuparon de desnudar a los moribundos y a los muertos; en efecto, muchos de los últimos estaban ya desnudos, y los nativos se alejaban con los despojos. Vi un hombre retirarse con pillaje cuantioso, entre otras cosas, una docena de mosquetes cruzados en la cabezada del recado; y tengo razones para saber que muchos pobres heridos infelices, especialmente españoles, no obtuvieron juego limpio durante este pillaje impío; mataron a muchos que habrían sobrevivido bastante bien si se les hubiera dejado al tiempo y costumbre.

Después fui al Callejón de Espejo donde, en la hondonada de una colina, estaban reunidos San Martín y sus jefes. En este momento llegó O'Higgins y su encuentro con San Martín fue interesantísimo. Ambos generales se abrazaron a caballo y mutuamente se felicitaron por el éxito de la jornada. Los soldados estaban trayendo los oficiales españoles que habían caído prisioneros; entre los primeros se hallaban los generales Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado, etc. Nada podía exceder el furor salvaje de los negros del ejército patriota; les deleitaba la idea de fusilar a los prisioneros. Vi un negro viejo realmente llorando de rabia cuando se apercibió de que los oficiales protegían de su furor a los prisioneros.

Al testimonio de Haig, se agregó su participación en esas circunstancias:

Se formaron dos líneas de jinetes y entre ellas marcharon los prisioneros. Los servicios de mis amigos, Begg y Barnard, y los míos, fueron requeridos en esta ocasión. Nuestra misión era mantener apartados a los soldados e impedirles sacrificar sus cautivos, Adelantaba al paso de mi caballo, y un oficial español que iba a mi lado, estaba tan cansado que apenas podía caminar y me pidió lo subiera en ancas, y ya iba a acceder cuando se opuso el coronel Paroissien, diciendo que solamente expondría la vida de los dos, pues seguramente los negros le harían fuego. Marchamos hasta llegar cerca del molino donde una guardia se hizo cargo de los prisioneros, y regresamos a Santiago mucho después de puesto el sol.

Además de los oficiales nativos que han sido ya mencionados en mi relato de la batalla, varios oficiales extranjeros se distinguieron altamente; entre ellos se cuentan O'Brien, Sowersky, Viel, Beauchef, D'Albe, Low y Lebas. El general Osorio, general en jefe del ejército realista, huyó del campo de batalla como a la una de la tarde escoltado por unos cien hombres; tomó el camino de Valparaíso y pasó por la Cuesta del Prado como a las tres. El activo capitán O'Brien eligió treinta Granaderos a Caballo y se puso a perseguirlo de cerca; informado que los fugitivos habían tomado la ruta del puerto,

creyó probable que hubieran ido a San Antonio, con el propósito de embarcarse en un buque que cruzaba frente a aquel punto; en consecuencia el capitán tomó un atajo por la Cuesta Vieja, y se situó en dirección de Valparaíso. Osorio, después de franquear la Cuesta Nueva, se había efectivamente detenido en las chozas al pie del cerro, mucho tiempo, para descansar; luego se lanzó a los desfiladeros de las montañas, dirigiéndose al Maule que alcanzó cerca de sus nacientes. El tercer día después de la batalla, propuso a los que lo seguían, en atención a haber disminuido el ardor de la persecución, hacer alto para reposar ellos y los caballos; así se hizo y, mientras sus compañeros dormían, el general eligió diez o doce de sus guardias y, escogiendo los caballos mejores, pasaron el río a nado y furtivamente desaparecieron, dejando a los demás compañeros librados a su suerte. Al descubrir el procedimiento traidor de su jefe, el oficial que seguía en graduación se entregó a la fuerza patriota más próxima, y él y sus compañeros fueron enviados a Talca como prisioneros de guerra. Se ha afirmado que, de los seis mil hombres que, formando parte del lindo ejército español, combatieron en Maipú, no pasaron de dos mil los que volvieron a Talcahuano; los demás fueron muertos o prisioneros; por consiguiente, era imposible una victoria más completa.

En su *Historia*, Vicente Fidel López relató esta anécdota que Mitre escuchó en 1850 en Santiago de Chile de boca del general Las Heras. Cuando San Martín le leía el parte detallado de la batalla de Maipú, este le observó: “General, esto que Ud. dice aquí, que nuestra línea se inclinaba sobre la derecha del enemigo, representando un orden oblicuo sobre ese flanco, fue, como Ud. sabe, todo el mérito de la victoria; y puesto así como Ud. lo pone nadie lo va a entender”. San Martín se sonrió y le dijo: “Con eso basta y sobra. Si digo algo más han de gritar por ahí que quiero compararme con Epaminondas o con Bonaparte. Al grano, Las Heras, ¡al grano! ¡Hemos amolado a los godos y vamos al Perú! ¿El orden oblicuo nos salió bien? Pues adelante, aunque nadie sepa lo que fue”. Y restregándose las manos, agregaba: “Mejor que no lo sepan, pues aun así mismo habrá muchos que no nos perdonarán haber vencido”.<sup>43</sup>

San Martín evitaba una comparación con los grandes estrategas de dos tiempos distintos. Hace medio siglo, cuando se celebraba el sesquicentenario de la batalla de Maipú, el doctor Miguel Ángel Cárcano recordó:

Cuando residía en Londres, hace muchos años, me visitaba con frecuencia Sir Alexander Godley, general que conocía Argentina y había prestado importantes servicios a su país. Admirador de San Martín, lo recordaba con respeto. Publicó un folleto titulado “British Military History in South America”, con un estudio comparativo del pasaje de los Andes y de los Alpes por Aníbal, Napoleón, Bolívar y San Martín, donde destacaba las virtudes de la expedición argentina. Me decía que el coronel Henderson en su

libro *Science of war*, atribuía el éxito de Wellington al profundo cálculo y vigor en la conducción de la campaña libertadora, calidades que tenía la estrategia de San Martín, en la difícil tarea de organizar un ejército capaz de realizar su programa, burlar al adversario, cruzar los Andes, mantener sus comunicaciones, vencer al enemigo en tierra y en el mar, hasta llevar sus armas victoriosas al Perú a cientos de millas de distancia de su país.<sup>44</sup>

Quizás, para medir la magnitud de la acción de Maipú, bien vale el cumplido elogio que hizo de las tropas realistas el coronel Olazábal:

No hay temor de exagerar. Jamás las armas españolas en América fueron sostenidas con tanto valor y consumada ciencia de la guerra como en aquel día de inmarcesible timbre para argentinos y chilenos, pudiendo decir con orgullo, cada uno de los soldados del Rey que allí se hallaron.<sup>45</sup>

Por otro lado, Haig afirmó:

Así terminó la siempre memorable batalla de Maipú que, por la magnitud del número e importancia de sus resultados, excedió en mucho a cualquier batalla librada en el lado occidental de los Andes. La carnicería, considerando el número de combatientes, fue inmensa; de doce mil hombres tres mil quinientos quedaron fuera de combate. Con esta victoria la causa independiente se consolidó de modo tan firme que subsiguientemente llegó a aplastar el poder español en

Sud América; pues si la acción hubiera favorecido a los realistas, es dudoso si tanto Perú como Chile se hubieran mantenido hasta el presente bajo la corona española.<sup>46</sup>

Volviendo al testimonio del estadounidense Worthington, este apuntó: “Vi a San Martín después de la batalla de Maipú, porque estuve por la noche a congratular al Director. San Martín estaba sentado a su derecha. Me pareció despreocupado y tranquilo. Vestía un sencillo levitón azul, sonriendo con modestia me contestó: —Es la suerte de la guerra, nada más”<sup>47</sup>.

Hilarión de la Quintana que, además de oficial del ejército, estaba emparentado con la mujer San Martín, escribió:

Después de la jornada de Maipú, volvió el general a emprender viaje para Buenos Aires: le dije entonces que creía justo se hiciese una promoción en el ejército: moviéndome a esta insinuación tratar de evitar los malos resultados que podría causar el descontento que por falta de igual premio en Chacabuco, había notado en el ejército; y la acordó con la condición que yo extendiese los despachos con calidad de provisionales, ínterin él en Buenos Aires obtenía del gobierno que fuesen los grados en propiedad; pero me previno que hiciese excepción de algunos oficiales, extensiva hasta uno de sus ayudantes en atención al comportamiento que habían tenido: me nombró los exceptuados, y me acuerdo que uno de ellos, teniente entonces, había fugado en Cancha Rayada cerca de Talca, y al día siguiente a la acción de Maipú, pasando revista por los

cuerpos el general conmigo, lo encontramos sentado y con las piernas cruzadas, y preguntando la causa de esto, contestó el jefe del cuerpo que aquel oficial se había desaparecido desde antes de la acción y se había presentado después de ella. Este oficial, por su constancia en desacreditar a sus jefes, se encuentra hoy en la clase de teniente coronel. Felizmente no es americano.<sup>48</sup>

Asimismo, Haig recordó que “el coronel Manuel Escalada fue despachado a Buenos Aires la noche de la batalla con noticias de la victoria, e hizo la jornada por la cordillera y las pampas en diez días. También enviamos un chasque para hacer volver a nuestros amigos ingleses de la cumbre de los Andes donde habían vivaqueado más de una semana”<sup>49</sup>. Por otro lado, los hermanos John y Williams Parish Robertson, testigos del combate de San Lorenzo, estaban en Buenos Aires el 17 de abril, cuando el coronel Manuel Escalada llegó con el parte del triunfo:

Nos sorprendió el estruendo de un cañonazo en el Fuerte, y antes de que sonara otro, echaron a repicar las campanas alegremente. Salimos a la calle y pudimos de inmediato comprobar que las noticias eran ciertas. La batalla de Maipú había consumado la independencia de Chile. El entusiasmo del pueblo no conoció límites; corrían todos por las calles e iban de casa en casa congratulándose y abrazándose unos a otros. Los “vivas” y los “hurra” llenaban el aire, la población entera se gallaba embriagada

de alegría y de orgullo patriótico. Nos dirigimos en grupo al Fuerte y llegamos en el preciso momento en que nuestro amigo Escalada salía por la primera puerta, entre las aclamaciones de la multitud. Agitaba en la mano una bandera española capturada en el campo de batalla y se encaminaba a la casa de su padre, adonde no había podido llegar todavía. Como de costumbre, fui por la noche a la tertulia de Escalada; no es posible imaginar una escena más alegre, animada y jubilosa que la que allí encontré. La casa estuvo repleta toda la noche por la sociedad más respetable de la ciudad. El joven coronel, que era uno de los edecanes de San Martín, le dio tanto trabajo a sus manos aquella noche (para recibir plácemes) como el que le diera el día de la batalla. El trabajo sería de calidad diferente, es verdad, pero no menos fatigoso.<sup>50</sup>

Juan Manuel Beruti recordó la llegada de San Martín a Buenos Aires:

El 12 de mayo de 1818, entró en esta capital de incógnito, como a las cuatro de la mañana, el invicto general defensor de Chile el excelentísimo señor don José de San Martín; dejando burladas todas las prevenciones que estaban hechas, en la calle principal de la Victoria, de varios arcos triunfales, jardines, colgaduras, etc., que con anticipación se habían puesto, tanto por el Supremo Gobierno como por el Excelentísimo Cabildo y vecindario, que lo querían recibir y que su entrada fuera en triunfo, pues todo lo merecía

la heroicidad de sus acciones militares. Su venida la ignoramos, pero creemos será para acordar algunas cosas que resalten y aumenten las glorias de la Patria.<sup>51</sup>

Cinco días después, se reunió el Congreso en una sesión especial para darle las gracias “por haber salvado la patria del furor de los enemigos”, adonde llegó acompañado por el director supremo Pueyrredón, y respondió el discurso del presidente con “la sumisión y términos que correspondía”. Imponente debió ser el acto según el relato de Beruti:

... todas las tropas de la guarnición se formaron en la calle, desde la fortaleza hasta la casa del Congreso, con sus banderas, y músicas; la carrera se colgó toda por el vecindario primorosamente y en la calle principal por donde debía pasar se colocó un magnífico arco triunfal; bajo del cual, al pasar San Martín cuatro famas ricamente vestidas, le colocaron en la cabeza una corona de flores, en señal del triunfo con que era recibido, la que incontinentemente se la quitaron y siguió andando. El estado mayor general con las demás corporaciones fueron a su casa, lo sacaron, llevándolo en medio hasta el palacio directorial; cuyo jefe supremo salió a recibirlo, y en su compañía con el excelentísimo Cabildo e ilustre acompañamiento e inmenso pueblo que lo rodeaba lo condujo hasta la magnífica sala del soberano Congreso, a donde lo presentó al augusto cuerpo nacional, en donde fue recibido.... lo que concluido en los mismos términos siguieron al Fuerte donde dejaron al

supremo director, y con la misma comitiva fue acompañado a su casa.

Según Beruti, tan importante fue la visita de San Martín ese domingo 17 de mayo que la función de la Santísima Trinidad, titular de la ciudad a la que concurrían las corporaciones, se realizó al día siguiente, por estar comprometido el Cabildo y el Consulado, organizadores de la celebración, con los homenajes al Libertador.<sup>52</sup>

Robertson nos da una idea de las celebraciones familiares:

La victoria de Maipú fue celebrada con fiestas, tertulias y bailes. Entre éstos últimos fue muy notable el que dieron los residentes ingleses cuando San Martín llegó a Buenos Aires, desde Chile. Tuvo por lugar en la casa de Sarratea, ocupada entonces por Mister Brittain, la cual se arregló hermosamente para el acontecimiento. El héroe de Maipú se manifestó altamente reconocido ante aquel homenaje de respeto que le fue ofrecido por sus amigos ingleses. El baile fue de un brillo inusitado, y concurrieron a él, en gran proporción, las bellezas y todo lo más distinguido de Buenos Aires, bailándose hasta las siete de la mañana. La fiesta se desarrolló en orden, aunque los patios se vieron llenos de tapadas durante la noche. Es costumbre del país admitir –en ocasión de grandes tertulias y bailes– a damas que concurren embozadas, y van a mirar el baile desde los patios de la casa. Se les permite estacionarse en las puertas y en las ventanas, hasta en los zaguanes y puertas interiores, pero no deben, en ningún caso, entrar en

los salones. Son muchas las damas que se reúnen así, para ver la fiesta y el baile, y muchas también las que prefieren asistir más a un baile como tapadas, que ser invitadas a él. Las familias que están de luto y que no podrían aceptar una invitación es seguro que concurren a las fiestas entre las tapadas.<sup>53</sup>

El chileno José Zapiola, que narró el episodio de Necochea, puso una nota de color con un joven oficial chileno, el teniente Egaña, a quien le tocó la guardia del cuartel de San Pablo en vísperas de Maipú. Su familia estaba alojada cerca de la cordillera y él, que no se creía menos comprometido, abandonó la guardia con ese destino. Su padre lo reconvino duramente por haber abandonado el regimiento. Enterado del resultado de las armas patriotas, el joven le contó la verdad completa, lo que le valió una nueva reprimenda, ya más dura. Vuelto a Santiago, en medio de la fiesta llegó un soldado con una orden del coronel para que el teniente se presentara cuanto antes en el cuartel. El padre supuso que el castigo por desertar era la muerte y que quizás se lo conmutarían por un largo encierro. Pero, a las dos horas, volvió a su casa explicando que, apenas lo vio el coronel, le pidió “una razón circunstanciada del comportamiento del regimiento en la batalla, y te he llamado para que la escribas”. Luego le dictó el parte, añadiendo al final una recomendación nominal de todos los oficiales. Cuando vio que Egaña no figuraba, le preguntó por qué se omitía y le dijo que se agregara: “El teniente don J. M. Egaña no se condujo con menos valor y entusiasmo que los otros oficiales”.<sup>54</sup>

Muchos de estos comentarios, Zapiola los publicaba en un periódico llamado *La Estrella de Chile*, con el título de “Virutas Históricas”, las que merecieron estas acotaciones del general Gerónimo Espejo: “Su contenido es de una irreprochable verdad, y me consta toda su narración, porque de alguna parte he sido testigo, y del resto, su notoriedad es su mejor justificación”<sup>55</sup>.

El estadounidense Worthington lo encontró después de su vuelta de Buenos Aires

... en casa del Director y demostró particular alegría en saludarme. Como yo sabía que estaba afectado de una hemorragia de los pulmones o del estómago, le expuse mi satisfacción, por cuanto había llegado bien. Sí señor, gracias a Dios, me contestó. Según mis noticias, su salud mejora siempre en el clima despejado y seco de Chile.<sup>56</sup>

Asimismo, fue testigo un año más tarde de la

colocación de la piedra fundamental de una iglesia o capilla en los llanos de Maipú. El acto tuvo gran solemnidad. Formaron las tropas con cañones y músicas; asistieron el Obispo y el clero; el Director, el general San Martín y casi todos los habitantes de la capital. Yo llegué al campo mientras el Director, el general San Martín y oficiales estaban en un almuerzo campestre, dentro de un edificio arreglado al efecto. Entré poco después y los encontré comiendo, sin platos, y casi todos con una pierna de pavo en una mano y con un trozo de pan en la otra. En seguida me invitaron a participar de la comida. San Martín, levantándose, me ofreció un trozo de

pan y otro de pavo, que tenía ante él. Brindé con el Director, bebiendo hasta la última gota de un vaso de vino Carlón, a la usanza soldadesca. Estaban los oficiales vestidos de gala, con insignias y medallas.<sup>57</sup>

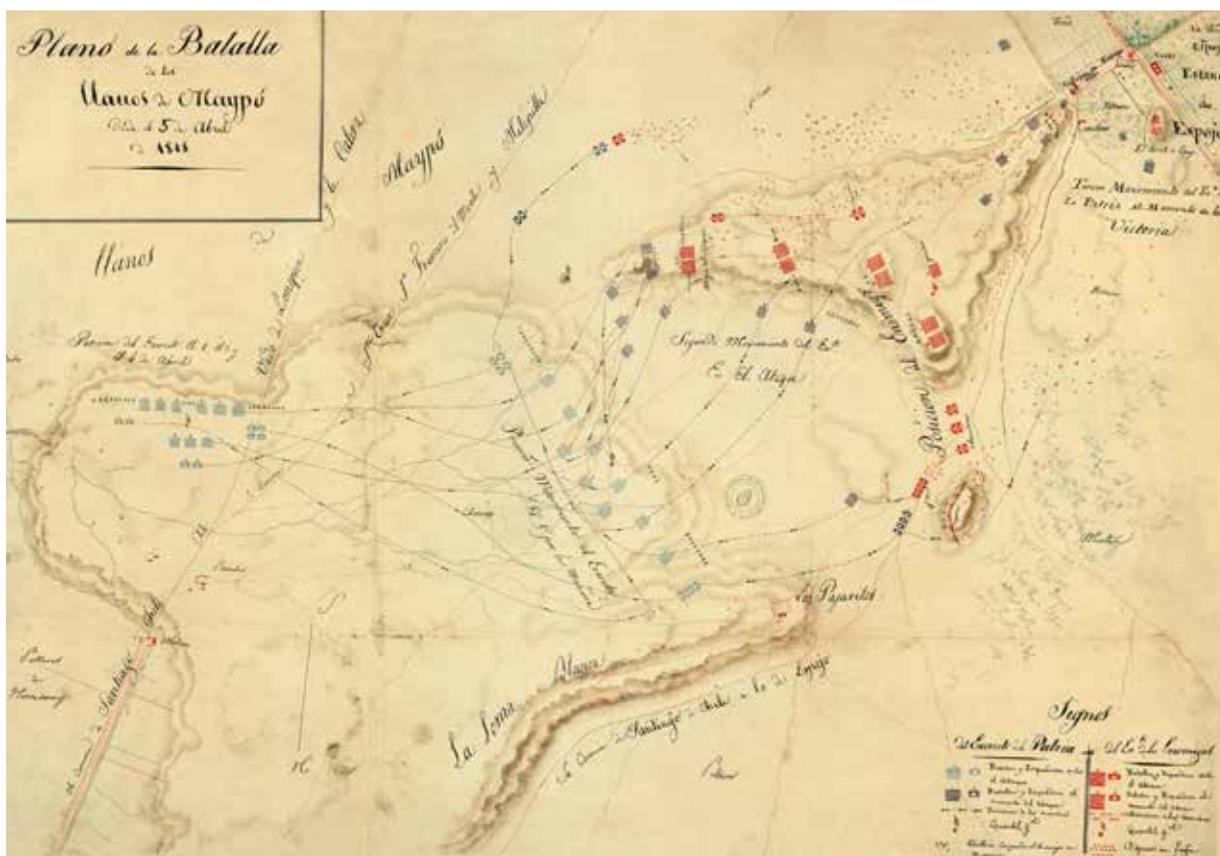
Proféticamente, le escribió a su ministro:

Con lo que dejo escrito estará Ud. en condiciones de formar una opinión sobre el Héroe de los Andes, a quien considero el hombre más grande de los que he visto en la América del Sur; creo que, de haber nacido entre nosotros, se hubiera distinguido entre los republicanos; creo también que, si dirige al Perú, habrá de emanciparlo y que será el Jefe de la Gran Confederación.<sup>58</sup>

En todo estuvo en lo cierto, salvo en lo último, porque no conoció a fondo como ninguno de sus contemporáneos el grado del renunciamiento sanmartiniano ante las pretensiones de Bolívar.

A dos siglos de distancia, sirva el recuerdo de esta batalla para unir más a nuestros pueblos, recordando las palabras que pronunciara hace medio siglo, en el Museo Mitre, en un acto semejante, el entonces embajador de Chile, don Hernán Videla Lira:

... es tan estrecha nuestra amistad que hasta podrían juntarse los himnos, porque algún día podríamos decir:  
Ha nacido a la faz de la tierra  
Una nueva y gloriosa nación  
Que la tumba será de los libres  
O el asilo contra la opresión.<sup>59</sup> ~~~



Plano de la batalla de los llanos de Maipú, 5 de abril de 1818. Departamento Documentos Escritos, Mapoteca IV-123.

## NOTAS

1. MITRE, Bartolomé (1940): *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana (tomo II)*, Buenos Aires: Biblioteca del Suboficial, p. 177.
2. MITRE, Bartolomé (1940): *op. cit.*, p. 169.
3. MITRE, Bartolomé (1940): *op. cit.*, p. 178.
4. PÉREZ ROSALES, Vicente (1980): *Recuerdos del Pasado*, Santiago de Chile: Andrés Bello, p. 54.
5. MILLER, John (1997): *Memorias del general Miller*, Buenos Aires: Emecé, p. 189.
6. *Ibidem.*
7. MILLER, John (1997): *op. cit.*, p. 190.
8. En realidad, era el día de su santo.
9. DE LA QUINTANA, Hilarión (1960): “Relación de sus campañas y acciones de guerra”, en *Biblioteca de Mayo*, Buenos Aires: Senado de la Nación, tomo III, pp. 1372-1373.
10. ORNSTEIN, Leopoldo R. (1958): *Las campañas libertadoras del general San Martín*, Buenos Aires: Agepe, p. 249.
11. DE LA QUINTANA, Hilarión (1960): *op. cit.*, pp. 1372-1373.
12. MITRE, Bartolomé (1940): *op. cit.*, p. 177.
13. MUSEO HISTÓRICO NACIONAL (1955): *Documentos para la historia del libertador general San Martín (tomo VII)*, Buenos Aires: Instituto Nacional Sanmartiniano, p. 169.
14. BUSANICHE, José Luis (1942): *San Martín visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires: Ediciones Solar, p. 108.
15. ZAPIOLA, José (1974): *Recuerdos de treinta años (1810-1840)*, Buenos Aires: Francisco de Aguirre, p. 188.
16. GUIDO, Tomás (1945): *San Martín y la gran epopeya*, Buenos Aires: W. M. Jackson, p. 50.
17. MILLER, John (1997): *op. cit.*, p. 190.
18. GUIDO, Tomás (1945): *op. cit.*, p. 52.
19. GUIDO, Tomás (1945): *op. cit.*, p. 53.
20. PÉREZ ROSALES, Vicente (1980): *op. cit.*, p. 55.
21. ZAPIOLA, José (1974): *op. cit.*, p. 189.
22. *Ibidem.*
23. PÉREZ ROSALES, Vicente (1980): *op. cit.*, p. 56.
24. HAIG, Samuel (1987): *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*, Buenos Aires: Hispamérica, p. 108.
25. GUIDO, Tomás (1945): *op. cit.*, p. 55.
26. BERUTI, Juan Manuel (2001): *Memorias Curiosas*, Buenos Aires: Emecé, p. 288.
27. JUNTA DE HISTORIA Y NUMISMÁTICA AMERICANA (1914): *Gazeta de Buenos Aires, 1817 a 1819 (tomo V)*, Buenos Aires, s/e, p. 401.
28. ZAPIOLA, José (1974): *op. cit.*, p. 189.
29. MARTÍNEZ ZUVIRÍA, Gustavo (1969): *Los tiempos de Mariano Necochea*, Buenos Aires: Eudeba, pp. 87-89.
30. MUSEO HISTÓRICO NACIONAL (1955): *op. cit.*, p. 169.
31. DE OLAZÁBAL, Manuel (1968): *Episodios de la Guerra de la Independencia*, Buenos Aires: Instituto Nacional Sanmartiniano, p. 25.
32. MELIÁN, José (1960): “Apuntes Históricas”, en *Biblioteca de Mayo*, Buenos Aires: Senado de la Nación, tomo III, pp. 1372-1373.
33. BUSANICHE, José Luis (1942): *op. cit.*, pp. 107-108.
34. HAIG, Samuel (1987): *op. cit.*, p. 107.
35. HAIG, Samuel (1987): *op. cit.*, p. 109.
36. HAIG, Samuel (1987): *op. cit.*, p. 110.
37. MITRE, Bartolomé (1940): *op. cit.*, p. 165.
38. HAIG, Samuel (1987): *op. cit.*, p. 109.
39. HAIG, Samuel (1987): *op. cit.*, p. 111.
40. HAIG, Samuel (1987): *op. cit.*, p. 113.
41. El coronel Francisco de Borja Fontecilla Palacios (1765-1837) había sido nombrado director supremo en marzo de 1818 en subrogancia de don Bernardo O’Higgins.
42. HAIG, Samuel (1987): *op. cit.*, p. 114.
43. MITRE, Bartolomé (1940): *op. cit.*, p. 169.
44. CÁRCANO, Miguel Ángel (1968): “Discurso en el sesquicentenario de la batalla de Maipú”, en *Boletín*, Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, tomo XLI, p. 127.
45. DE OLAZÁBAL, Manuel (1968): *op. cit.*, p. 33.
46. HAIG, Samuel (1987): *op. cit.*, p. 117.
47. BUSANICHE, José Luis (1942): *op. cit.*, p. 108.
48. DE LA QUINTANA, Hilarión (1960): *op. cit.*, p. 1377.
49. HAIG, Samuel (1987): *op. cit.*, p. 116.
50. HAIG, Samuel (1987): *op. cit.*, p. 53.
51. BERUTI, Juan Manuel (2001): *op. cit.*, p. 290.
52. BERUTI, Juan Manuel (2001): *op. cit.*, p. 53.
53. BUSANICHE, José Luis (1942): *op. cit.*, pp. 107-108.
54. ZAPIOLA, José (1974): *op. cit.*, p. 189.
55. ZAPIOLA, José (1974): *op. cit.*, p. 203.
56. BUSANICHE, José Luis (1942): *op. cit.*, p. 109.
57. *Ibidem.*
58. *Ibidem.*
59. VIDELA LIRA, Hernán (1968): “Discurso en el sesquicentenario de la batalla de Maipú”, en *Boletín*, Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, tomo XLI, p. 132.

## Homenaje a Manuel Belgrano

El 13 de junio, en el auditorio del Archivo General de la Nación, se llevó a cabo la segunda edición del ciclo “Pensar la historia”. En esta ocasión, se refirió a la figura del general Manuel Belgrano.

En primer lugar, Claudio Morales Gorleri, doctor en Historia, disertó sobre el ideario del prócer. Luego, el licenciado Carlos María Marturet expuso sobre sus campañas militares.

Antes de la creación de la bandera, Manuel Belgrano fue distinguido como patriota revolucionario, diplomático y militar. Con respecto a su accionar, im-

pulsó la educación pública como base para la riqueza de la Nación, integró la Primera Junta de Gobierno y comandó el Ejército del Norte durante las primeras guerras de la Independencia.

Se trata de uno de los hombres más completos de su tiempo, cuyo legado alumbra el futuro. Es por eso que realizamos esta jornada con el fin de que la sociedad pueda disfrutar de las disertaciones de dos integrantes del Instituto Nacional Belgraniano para que, desde sus conocimientos, nos ayuden a profundizar sobre la ideología, política y acciones militares del prócer.



De izquierda a derecha: Carlos María Marturet y Claudio Morales Gorleri, ambos miembros del Instituto Nacional Belgraniano.

## Fronzizi y las Relaciones Exteriores durante la Guerra Fría



Fronzizi junto al vicepresidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, 1958. *Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 260545.*

Asimismo, también en el marco de este ciclo de conferencias, el martes 24 de julio por la tarde, se llevó a cabo la disertación “Fronzizi y las relaciones exteriores durante la Guerra Fría” a cargo de Raúl José Romero. El director de la institución, Emilio Perina, también profundizó sobre este personaje de la historia argentina. Este último comentó que la elección de la fecha no fue casual ya que, el 24 de julio de 1958, Fronzizi brindó al país un discurso emblemático, donde explicó los problemas y las consecuencias de seguir importando petróleo. “Fronzizi fue tal vez el primer presidente viajero de la historia argentina y, en ejercicio de la presidencia, visitó una cantidad importante de países. Buscó conectar a nuestro país con los centros de producción mundial y recuperar lo que había sido una suerte de política de aislamiento”, señaló Perina.

Contamos, además, con la grata presencia de la sobrina de Fronzizi, Elena Faggionato, quien expresó: “Me encuentro feliz de estar en este encuentro donde se puede reivindicar la

figura de mi tío, Arturo Fronzizi, una persona humana, austera, solidaria. Era un hombre integracionista, conocía de todo”.

En esta ocasión, se reflexionó sobre el gobierno del doctor Arturo Fronzizi entre 1958 y 1962, desde el análisis de las relaciones diplomáticas entre nuestro país y Estados Unidos, por un lado, y la Rusia soviética y Cuba, por otro, en pleno desarrollo de la Guerra Fría, y del delicado equilibrio que tuvo que mantener en esos años cruciales en los que el mundo estuvo a punto de verse inmerso en un nuevo conflicto global.

Romero es doctor en Relaciones Internacionales (Universidad del Salvador) y doctor y especialista en Ciencias Políticas (Universidad Argentina John Kennedy): “Hay pocos presidentes que hayan dejado testimonios más claros que el presidente Fronzizi. Él, como un agudo estudioso de la política internacional, vio cómo eran los cambios que se iban produciendo e iba adaptando la política exterior de Argentina a esos cambios que se iban dando en el mundo”, sostuvo Romero. ~~~



Arriba: De izquierda a derecha: el orador Raúl José Romero y el director del AGN, Emilio Perina.  
Abajo y página siguiente: público que asistió a la conferencia en el auditorio del Archivo.



## Patrimonio cultural en riesgo

Marcelo El Haibe y Teresa Fuster reflexionan sobre el negocio negro de bienes culturales

El tráfico ilícito de bienes culturales no es un fenómeno reciente, es una problemática que tiene siglos de antigüedad y que tiene una fuerte presencia en estos tiempos. La problemática es alarmante a nivel mundial, el comercio ilícito de bienes culturales lidera el tercer puesto entre los delitos más lucrativos en el mundo, junto con el tráfico de personas, luego del de drogas y de armas, según un estudio de la UNESCO, realizado a través de la Comisión de Delitos y de Organización Criminal de las Naciones Unidas. A pesar de ser patrimonio del Estado, los objetos y documentos traficados no tienen un valor real; sin embargo, se estima que en el mercado negro se manejan entre tres mil cuatrocientos y seis mil trescientos millones de dólares a nivel mundial, según datos de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito.

“El ánimo de emporio y hurto de bienes culturales comenzó con los romanos que secuestraban obras de arte de otras ciudades no solo para engalanarse sino como trofeo de guerra, esto empezó así y se fue repitiendo en la historia”, indica Teresa Fuster, historiadora, personal del Archivo General de la Nación Argentina e integrante del Comité Argentino de Lucha contra el Tráfico Ilícito de Bienes Culturales.

“Con el caballo de Troya, pasó algo similar —plantea Marcelo El Haibe, comisario inspector, jefe del Departamento Protección del Patrimonio Cultural (interpol), también integrante del Comité—: los griegos saquearon todo lo que pudieron y destruyeron lo que no se pudieron llevar. Los romanos con las guerras púnicas, destrozaron Túnez y después sembraron el campo con sal para que no creciera nada. Maldad que hoy la sociología nos permite mirar desde otro lugar y entender cómo la destrucción de los objetos de cohesión de una sociedad permiten someterla a la esclavitud de manera permanente. Si a un grupo humano se le priva de su ideología, del pensamiento o de los objetos que lo definen como sociedad es más fácil dominarlo”. El Haibe asegura que esa es la función principal del tráfico de bienes culturales: que los habitantes no se reconozcan como pertenecientes a una nación.

“Es una cuestión de ideología, la manera de dirigir a un pueblo es aculturarlo, quitarle la cultura, esa es la manera más fácil. Los países colonizadores lo demostraron, lo primero que hicieron fue destruir las tradiciones”, reafirma Fuster.

La convención de la UNESCO de 1970, en su artículo 10, estipula que los comerciantes de bienes culturales deben estar inscriptos en un registro especial, tener sus libros con los

nombres de los vendedores, compradores, con todos los datos inventariados: “Esto no se da así. La falta de inventarios de los bienes culturales supone una ventaja para los delincuentes y los traficantes, por eso es urgente cumplirlo”, sostiene El Haibe.

En el Senado fue presentado el año pasado un proyecto por la senadora nacional Marta Varela (PRO) que ya tiene media sanción y está esperando ser tratado en la Cámara de Diputados. “Esto es una cuestión de Estado, no es una cuestión de partidos políticos, no es una cuestión ideológica, es defender el patrimonio”, señala El Haibe.

### **El negocio negro de bienes culturales**

“Una obra de arte, una escultura o un documento tienen una importancia enorme para la cultura e historia de un país, por lo que el valor intrínseco del objeto es superado ampliamente por el valor científico. Por eso, no podemos hablar de números cerrados, sino de presunciones —explica El Haibe, y agrega—: El mercado negro se maneja por la oferta y la demanda, es decir, depende de lo que quiere pagar el comprador. Lo que hoy puede valer diez mil, mañana o la semana próxima podría subir a quince mil, veinte mil o más. Claramente, no es un mercado seguro”.

La situación es inquietante. En nuestro país, en 2003, se creó el Comité Argentino de Lucha contra el Tráfico Ilícito de Bienes Culturales en defensa de la cultura, que funciona en el ámbito del Ministerio de Cultura, bajo la Dirección Nacional de Bienes y Sitios Culturales, con los objetivos de establecer los procedimientos ade-

cuados para prevenir y abordar la problemática, promover campañas de sensibilización y capacitaciones a la población en general y al personal implicado en los diversos operativos de control y prevención.

El Comité trabaja de manera interministerial y multidisciplinaria para poder abordar la lucha contra el tráfico de bienes culturales. Sus integrantes analizan de manera muy positiva los avances que han podido lograr desde su creación respecto a controles y prevención: “La posibilidad de una comunicación rápida y eficaz resulta una herramienta poderosa a la hora del trabajo del Comité, ya que permite que los objetos hurtados puedan ser denunciados y puestos en el listado de objetos robados casi al instante. Al mismo tiempo, cualquier persona que tenga alguna duda o consulta sobre algún bien cultural puede consultar la base nacional de datos sobre bienes culturales sustraídos o bien comunicarse con sus pares para consultar y lograr así el correcto control y prevención del tráfico ilícito”, detalla El Haibe.

“Uno de los aspectos menos protegidos a nivel mundial es el de los archivos y la documentación histórica. Recién ahora se está tomando conciencia, capacitando a las fuerzas de seguridad sobre la importancia que tienen. Hay que tener en cuenta que no hay especialistas dentro de las fuerzas de seguridad, por lo que es fundamental la instrucción que realizamos —señala Fuster, y ejemplifica—: Muchas veces, por falta de conocimiento, se le da la misma importancia a un estereo robado que a un documento de archivo. Estamos hablando, por un lado, de un objeto fabricado en serie y, por el otro, de un documento único e irremplazable que hace a la historia de un país”.

## Custodiando la identidad del país

El Archivo General de la Nación es el mayor repositorio documental del país. Desde hace unos años, además de cumplir su función primaria de reunir, conservar y difundir la documentación que custodia, presta apoyo y colaboración activa con el Departamento de INTERPOL de Protección de Bienes Culturales. Asimismo, pone a disposición personal capacitado para realizar tareas de peritaje, asesorando en materia archivística a personal de fuerzas de seguridad y sobre la guarda apropiada de la documentación secuestrada remitida por los juzgados.

Nuestro pasado es parte de nuestra identidad, y esa identidad se construye a partir de nuestra historia. Los bienes culturales hacen al sentido de pertenencia

y de cohesión. Por eso, no es posible valorar monetariamente un bien que de por sí resulta invaluable: su valor trasciende ampliamente lo monetario.

Por este medio, es decir, mediante nuestra publicación institucional, *Legado*, el Archivo aborda de forma bimestral la temática. Tanto en esta sección llamada “Policiales”, donde damos a conocer experiencias del Departamento de INTERPOL en la recuperación de bienes culturales, como en otra sección llamada “Alerta”, en la que difundimos a la comunidad las comunicaciones que recibe del Comité Argentino de Lucha contra el Tráfico Ilícito de Bienes Culturales sobre piezas hurtadas o robadas. De esta manera, busca llegar a la población y concientizarla. ~~~



Cofre que custodia la copia del Himno Nacional Argentino. Se halla en la antesala de la Dirección del Archivo General de la Nación.

## Robo de bienes culturales en Cusco

El 11 de marzo del 2018 se sustrajeron dos bienes histórico-artísticos del distrito de Wanchaq en Cusco, Perú. Se trata de dos obras pictóricas, propiedad del señor Carlos Miguel Alfaro Ochoa.

La primera es una pintura sobre tela de autor anónimo, datado en el siglo XIX, con la representación de Santiago Matamoros, quien viste una túnica, una capa al viento, un sombrero y un par de botas. El jinete va sobre un caballo blanco rampante y sostiene una espada en lo alto. En el suelo, cubierto de algunas flores de colores, hay una figura masculina recostada con un turbante, una túnica y botas. Esta última lleva un escudo con el que se protege el rostro. En el fondo se observa un paisaje.

La segunda es una pintura sobre madera de autor anónimo, datado en el siglo XVII, con la representación de San Vicente Ferrer de pie, quien viste un hábito domínico, una trompeta en la mano izquierda y el dedo izquierdo alzado hacia el cielo. Además, presenta un par de alas desplegadas. En la parte baja, dos ángeles, uno sostiene un sombrero cardenalicio y el otro una mitra. El fondo es un cielo con nubes. Posee un marco de madera de pan de oro.



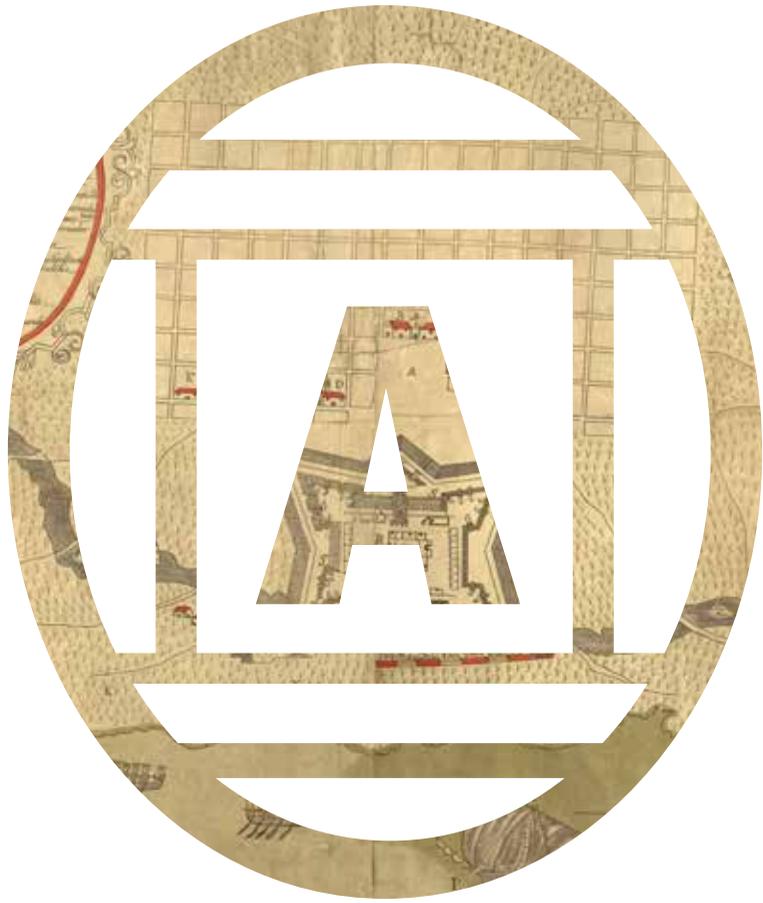
Medida: 50 cm de alto x 40 cm de ancho.



Medida: 40 cm de alto x 30 cm de ancho.

*Fotografías difundidas por la Dirección de Recuperaciones de la Dirección General de Defensa del Patrimonio Cultural del Ministerio de Cultura de Perú.*

Por cualquier información que pueda brindarse, contactarse con: [recuperaciones@cultura.gob.pe](mailto:recuperaciones@cultura.gob.pe)





**Archivo General  
de la Nación**  
República Argentina



**Ministerio del Interior,  
Obras Públicas y Vivienda  
Presidencia de la Nación**